



MAR VAQUERIZO

MIL LUCIÉRNAGAS  
EN EL JARDÍN

zafiro<sup>♥</sup>

Nora lleva cinco años sumida en una profunda depresión. Las fechas señaladas son las peores, y con la llegada de la Navidad, su vida vuelve a ser un infierno. Los recuerdos la atormentan y solo desea encerrarse en sí misma.

En esta ocasión, sin embargo, su plan de esconderse del mundo se verá truncado por Jaime, su sobrino de cuatro años, cuando le pide que pase la Nochevieja con la familia.

Incapaz de defraudar al pequeño, Nora acepta ir a la fiesta, donde se encuentra con Luis, el hombre al que no ha podido olvidar a pesar del caos anímico en el que se encuentra.

¿Cómo reaccionarán al verse de nuevo? ¿Qué implicará ese reencuentro inesperado? ¿Conseguirá Nora luchar contra la enfermedad para recuperar su vida?

Título original: *Mil luciérnagas en el jardín*  
Mar Vaquerizo, 2016

Editor digital: Pesas5802  
ePub base r1.2

*A veces, por infinitos motivos y de forma inesperada, nos envuelve la oscuridad y nos dejamos llevar por ella, incapaces de ver la titilante luz de las luciérnagas que nos rodean.*

*Es fácil entrar y, por desgracia, muy difícil salir...*

*Esta novela está dedicada a todas las personas que, como a Nora, les cuesta ver la luz.*

*Está ahí, os lo aseguro.*

*Buscadla con fuerza.*

*Nadie puede volver atrás y empezar de nuevo, pero cualquiera  
puede empezar hoy y crear un nuevo final.*

MARY ROBINSON, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias  
Sociales 2006

*En las grandes adversidades, toda alma noble aprende a conocerse  
mejor.*

FRIEDRICH VON SCHILLER, Poeta, dramaturgo, filósofo e  
historiador. Alemania (1759-1805).

# PRÓLOGO

*Verano de 2009*

Media hora. Ese era el tiempo que Luis llevaba esperando a Nora.

Dentro del coche, estacionado frente a la tienda donde ella compraba algo misterioso para más tarde, pensaba en lo paciente que era sin ser consciente de ello. ¿Cómo había sucedido?

Lo tenía encandilado desde que la conoció en una fiesta de la universidad un par de años atrás.

En aquel tiempo, su mejor amigo, Diego, había empezado a salir con Sara, y Nora era su hermana pequeña.

Nunca pensó que tendría una pareja como ella. Espontánea, divertida, romántica, enigmática... A veces lo sacaba de quicio con sus locuras, pero en el fondo le gustaba.

La amaba.

Podía verla a través del escaparate de la tienda de delicatessen esperando a que avanzara la larga cola frente al mostrador. Era sábado por la noche y solo unas pocas tiendas permanecían abiertas a esas horas.

Se habían fugado del banquete de bodas de Sara y Diego. Era julio y hacía un calor de mil demonios... No entendía qué hacían allí. Tenían poco tiempo.

De vez en cuando lo miraba haciendo gestos para que mantuviera la calma y no se impacientara; le había prometido que merecería la pena, pero empezaba a dudar.

Se aflojó el nudo de la corbata, después se empezó a arremangar la

camisa.

Ella lo observaba desde dentro.

Frunció el ceño mientras negaba con la cabeza. Le gustaba así. Impecable.

Luis asintió repetidas veces anunciando que no iba a parar de acomodarse. Si tenía que estar allí encerrado y solo, al menos lo haría a su gusto.

Conectó el equipo de sonido y, tras escuchar la melodía, siguió el ritmo de la música con la cabeza. El CD lo había grabado ella.

*I found my smile again*,<sup>[1]</sup> de D'Angelo, lo envolvió. A Nora le volvía loca aquella canción y a él le encantaba ver su efecto en ella.

Comenzó a tararear la letra que tanto significaba, mientras la miraba intensamente con una mano apoyada en el volante, dando golpes secos con el pulgar al son de la música.

Ella le leía los labios desde donde estaba y supo con exactitud qué estaba cantando.

Sonrió, puesto que era la última de la fila para pagar, y continuó observándolo, siguiendo mentalmente el ritmo de la música. A los pocos segundos estaba acompañándolo, moviendo sus labios sin emitir sonido.

Luis se incorporó en el asiento para ver bien el espectáculo.

Estaba preciosa con aquel vestido de fiesta color rosa. Parecía un algodón de azúcar, era verdad, y a ella no le gustaba, pero su hermana le había pedido que lo llevara y no había sido capaz de negarse. Era corto, a medio muslo, con una falda de plumas muy original, y la parte del corpiño, muy elegante, definía su bonita figura y le resaltaba el busto.

Con un movimiento sensual de sus hombros al compás de la melodía, los finos tirantes se deslizaron con suavidad por la piel tersa y dorada por el sol.

Él tragó su deseo y su semblante cambió al ver la tela caer. Ella seguía cantando en silencio y moviendo su cuerpo con discreta sensualidad.

Guiñándole un ojo, se giró para pedir en cuanto le tocó el turno. Luis, que no necesitaba mucho para que lo excitara, aguantó paciente a que le sirvieran una caja de poliespan de color blanco que no le daba ninguna pista de qué podía contener.

Nora pagó y salió caminando con pasos seguros y sexis.

Abrió la puerta del coche, pulsó un botón del equipo de música y la canción volvió a sonar desde el principio.

Con cuidado, depositó la bolsa con la caja en el suelo, cerró la puerta del vehículo y, sin decir nada, se acercó a él para dejar un sensual beso en sus labios.

—Siento la espera —se disculpó tras un minuto en el que le regaló su boca.

—Perdonada —susurró en sus labios—, pero solo porque el espectáculo ha estado interesante.

Nora sonrió con picardía.

—Aún no has visto nada —lo alentó.

El hombre tiró de su cuello con dulzura, esbozó media sonrisa y la besó más profundamente.

Ella gimió al sentir la fuerza de ese beso. Él se apartó entonces.

—Tú tampoco —retó.

Arrancó el coche mirándola divertido.

Nora arrugó el ceño sin entender. Se suponía que la sorpresa la daba ella, no él...

Luis volvió a poner la canción desde el principio y la cantó en alto sin decir nada más.

Después de más de un cuarto de hora conduciendo, llegaron a la antigua casa de Diego. Un pequeño chalet pareado en un barrio de la periferia de Madrid.

La chica lo miró de nuevo buscando una respuesta, pero él guardó silencio, accionó la apertura de la puerta del garaje e introdujo el coche dentro.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó ella sin entender.

Luis apagó el motor, se movió en el asiento ligeramente para mirarla y sonrió.

—Tú no eres la única que sabe dar sorpresas —dijo por respuesta esperando su reacción.

Nora miró alrededor.

—La mía era mejor —declaró subiendo y bajando los hombros.

—Puede, pero conducía yo.

—Puede...

Incapaz de quedarse con la duda ante la insistencia, Luis preguntó.

—¿Dónde querías que fuésemos?

Nora se lamió los labios mientras se quitaba los zapatos de tacón, esperando unos segundos para provocar la tensión que sabía que le excitaba, antes de darle la respuesta.

—Hay un lugar a las afueras de Madrid en una pequeña colina, desde donde se ve toda la ciudad. Es un sitio muy especial, pero...

Él negó con la cabeza. Se lo estaba inventando para hacerse la interesante.

—No mientas.

—No miento. Dicen que es muy bonito y... bueno... había pensado que sería un sitio que recordar...

Luis sonrió. No estaba seguro de si lo que decía existía, pero, de que recordaría aquella noche, no tenía duda.

—Yo tengo un sitio mejor. —Nora lo miró perezosa. No podía haber un sitio mejor, a no ser que se pagaran un buen hotel o alguien les prestara una casa en condiciones.

—El garaje de Diego. Ya lo veo —puntualizó señalando su alrededor.

El joven se aproximó a ella molesto por la apreciación.

Nora no se movió ni un milímetro. Dejó que la cogiera de la cintura con una mano y acariciara su rostro con la otra mientras *Seduction*,<sup>[2]</sup> de Usher, una canción muy sensual, comenzaba a sonar como si supiera que era el momento adecuado.

—Querías hacerlo en el coche, ¿no? Pues así será —prometió dejando un suave beso en sus labios.

—Menos mal que he comprado el ingrediente especial —susurró entre besos agarrándose a su cuello.

—Me tienes intrigado —confesó tirando de ella para colocarla a horcajadas sobre él.

Cuando estuvo encima, Luis se agachó y alcanzó la caja, la puso en el asiento del copiloto y la abrió. Era una nevera portátil y dentro había una simple tarrina de helado de menta con trocitos de chocolate negro.

La boca se le hizo agua, en parte por el helado, el postre favorito de ambos, en parte por ella.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Nora en tono sensual, recuperando su atención.

—A las doce es la fiesta con el DJ. —Miró el reloj. Eran las once menos cuarto—. Si no estamos allí cuando llegue, tu hermana nos matará. ¿Te has tomado la píldora, verdad?

Nora asintió sonriendo a ambas cosas, cogiéndole del pelo antes de besarlo.

Lo amaba por encima de todas las cosas. Nunca creyó sentir algo parecido a lo que su hermana le contaba que sentía por Diego, pero allí estaba, amor y pasión sin límites.

—Es cierto que tengo un sitio mejor —susurró Luis besando su cuello mientras desabrochaba la cremallera del vestido para quitárselo, tras algunos besos y caricias de precalentamiento. Debía permanecer impecable hasta que acabara la boda.

—Más te vale —lo amenazó divertida.

Sabía que nunca nadie, ni él mismo, superaría lo que iba a decir. Guardó silencio unos segundos y se preparó para ver el espectáculo.

—¿Qué te parece Nueva York?

Nora paró en seco de acariciarlo y lo miró incrédula.

—¿Hablas en serio? —preguntó casi sin voz por la emoción.

Luis disfrutó de aquel rostro lleno de ilusión que lo miraba esperando la respuesta que deseaba.

Nunca le ocultó la posibilidad de que tuviera que marcharse al extranjero para desarrollar su carrera de arquitectura si quería tener una buena proyección laboral; desde el principio de su relación, la atracción fue tan brutal que supo que tenía que contárselo todo o no funcionaría.

Pensó que, a pesar de lo que sentían, se negaría a ir con él. Estaba muy unida a su familia y era un gran cambio, pero, al contrario de lo esperado, aceptó al instante. Cuando llegó el momento de plantear el tema de verdad, se mostró dispuesta a acompañarlo en esa etapa, ilusionada igual que él de empezar una nueva vida juntos.

Saber que una de las posibilidades era Nueva York, su ciudad por excelencia y a la que quería viajar en cuanto tuviera ocasión, había sido estimulante. Ahora era su destino definitivo y la guinda del pastel.

Aquel rostro emocionado no tenía precio y la confirmación que venía a continuación iba a ser muy importante en su vida.

—Sí. Tú, yo y Nueva York en junio del año que viene. ¿Qué te parece?

Nora se movió sobre su cuerpo sabiendo lo que provocaría. Su erección creció como estaba previsto y ella gimió al sentirla.

—Excitante —contestó apretándose contra él, haciéndole hasta dudar acerca de si había aceptado o no. Luis aguantó su ardor para ir despacio como a ella le gustaba.

—¿Eso es un sí? —preguntó bajando la mano a la palanca que manipulaba el asiento; tras accionarla, este se venció hacia atrás, haciendo que ella se moviera hacia delante y cayese sobre él.

Nora lo miró unos segundos antes de contestar un «por supuesto» que le provocó un vuelco al corazón.

Si aquello salía bien, regresarían con un currículum excepcional siendo una pareja más consolidada.

Ya no entendía la rutina sin Nora. No sabía cómo había sobrevivido sin ella hasta encontrarla y esperaba que su relación llegase muy lejos. Era el contrapunto que le faltaba para tener una vida perfecta y equilibrada.

La apretó contra su erección mientras se comía su boca. Estaba eufórico y su deseo había crecido aún más con aquella respuesta.

No podía ser más feliz.

—Te quiero —susurró en su boca— y te prometo que será una época muy feliz.

—Lo sé, mi amor. Yo también te quiero... siempre... para siempre... — declaró Nora sosteniéndose agarrada a su cuello, aguantando su intensa mirada, sintiendo cómo, tras apartar su ropa interior, entraba dentro de ella lentamente dejándola sin respiración.

# CAPÍTULO 1

*Navidades del año 2014*

Navidad, Navidad, dulce Navidad...

Esa era la frase que repicaba como si fueran campanas en la cabeza de Nora, mientras conducía muy enfadada, o más bien esquivaba el tráfico del centro de Madrid.

Todo el mundo a su alrededor estaba pletórico con un montón de bolsas doradas y plateadas entre sus manos, caminando de tienda en tienda como si regalaran los productos, excepto ella.

Día 30 de diciembre, víspera de Fin de Año.

Al día siguiente se derrocharían champán y uvas para celebrar tan señalado día.

Según las noticias, casi tres cuartas partes del consumo anual nacional de esos artículos tendría lugar esa noche. Pero ella no contribuía al cupo. No desde hacía cinco años.

Resopló al intentar girar por cuarta vez en Plaza de España con dirección a la M-30 sin conseguirlo.

—¿Por qué no cogéis el metro?! —gritó al denso tráfico en el centro neurálgico de las celebraciones navideñas de la capital, por encima de la música que llevaba en el coche.

No eran villancicos, ni baladas de Mariah Carey ni ninguna de esas cursiladas habituales en esas fechas tan señaladas. Todo lo contrario, *Fuel*,<sup>[3]</sup> de Metallica, a toda tralla. Vamos, que si el coche estuviese parado más tiempo sin ella dentro pisando el freno, andaría solo.

Consiguió girar mientras tarareaba el estribillo, con lo que se podía calificar como maniobra suicida. La hizo sonreír y cantar alto, muy alto, cambiando un poco su humor, bastante negro en esa época.

Al contrario que el resto del mundo mundial, expresión que copaba su vocabulario últimamente por culpa de cierto hombrecito de cuatro años, no llevaba ni una sola bolsa en el coche. Nada de regalos para nadie, ni vestidos de fiesta para estrenar la noche siguiente. Nada.

Un portátil, su bolso y ella.

El móvil sonó cortando la música. Miró el identificador de llamadas de su Opel Mokka.

Cogió aire, lo expulsó con fuerza y lo ignoró. Era lo mejor.

De repente la música sonó de nuevo. Respirando, continuó cantando.

A los tres segundos exactos, lo que tarda una rellamada automática, los rockeros ritmos enmudecieron.

Nora maldijo en voz alta y, sin otro remedio, descolgó.

—Me has cortado el rollo —bufó.

—¿Te pillo con alguien? —preguntaron irónicamente al otro lado.

Puso los ojos en blanco, se le pasó una idea por la cabeza y sonrió.

—Sí, con el diablo. Lo tengo justo debajo de mí. ¿Quieres que te cuente qué me está haciendo?

La sonrisa pícaro que llevaba impresa su rostro se tornó maléfica. A su hermana, santa Sara, no le iba a hacer ninguna gracia el comentario.

—¡Por el amor de Dios, Nora! —gritaron por los altavoces estéreo.

La conocía perfectamente y no solía equivocarse con ella. Fue inevitable emitir una sonora carcajada al escucharla.

—A ver, ¿qué pasa ahora? —preguntó sofocando la risa, antes de que la mujer se enfadase de verdad.

El suspiro del otro lado de la línea hizo que entrara en razón por unos segundos.

Miró a la derecha, vio un sitio libre donde aparcar y estacionó el vehículo. Sara seguía sin contestar.

—Soy toda oídos. He parado el coche —declaró para que su hermana arrancara de una vez.

Después de unos segundos de silencio, oyó su voz temblorosa.

—Quiero que vengas mañana.

Escuchar la propuesta fue como un jarro de agua helada contra su cara. Cerró los ojos y apretó los labios intentando no decir las palabras que luchaban por salir. Por algo su instinto había evitado que cogiera la llamada a la primera...

—Antes de que digas nada, quiero que sepas que no es por mí... es por Jaime —explicó acelerada. Sabía de sobra lo que estaría pasando en este momento por su cabeza. No era la primera vez que estaban en una situación similar. Aunque nunca había sido tan importante—. Tu sobrino dice que va a ser genial comerse las uvas con la tita Nora y no sé de dónde se saca algo así... —explicó apurada—. Nunca habéis estado juntos en Fin de Año...

Nora seguía cerrando los ojos con fuerza y la mandíbula le iba a reventar por la tensión.

Se negaba a celebrar Fin de Año bajo ningún concepto desde hacía cinco años, pero ese principio no incluía a Jaime. Era su ahijado, su único sobrino, y ya tenía conciencia de los acontecimientos de su alrededor.

La cosa se ponía muy fea.

—Sara... —se obligó a pronunciar arrastrando cada sílaba, solo para que supiera que seguía allí.

—No quiero que me contestes ahora, ¿vale? Aún tienes un día para pensarlo. A las nueve empezaremos a cenar. No hace falta que vengas antes, ni que traigas nada. Solo ven... —soltó de carrerilla sin respirar por si no tenía otra oportunidad.

—No... —susurró en un tono demasiado bajo como para que pudiera escucharla.

—Hasta mañana —se despidió la mujer sin dejar más opciones. Era lo mejor.

Metallica atronó de nuevo en el coche, pero Nora ignoró la música.

A sus treinta años, la Navidad ya no significaba nada. Sus padres habían perdido la vida la noche del 31 de diciembre mientras acudían a la cena a casa de su tía Julia.

Un conductor borracho por las copas de la tarde con los amigotes se los llevó por delante, atropellándolos al saltarse un semáforo cuando estaban llegando a la reunión.

Ese año no hubo uvas, ni Reyes, ni nada parecido a la Navidad. No había vuelto a celebrar esas fiestas, ni siquiera por Jaime, que nació cuatro meses después del accidente... Le hacía regalos, claro que sí, todo el tiempo menos en Navidad.

Esa época era terreno prohibido y vedado por un cabrón conductor borracho que les había destrozado la vida... Sobre todo la suya...

Apretó el volante incapaz de hacer nada más.

—Mierda... mierda, mierda, ¡mierda! —rugió furiosa con el mundo.

Tenía que retomar el control para, al menos, poder regresar a casa...

## CAPÍTULO 2

La mañana del día 31 fue un infierno.

No quería pensar. Por experiencia sabía que era lo mejor, pero una noche sin dormir, como la que había pasado, no era suficiente para atontar todas sus neuronas.

Se puso a trabajar totalmente sumergida en el diseño del escaparate de la última firma que la había contratado, una tienda de decoración para el hogar de nueva implantación en España.

El trabajo había salvado muchos días como aquel en el pasado... ¿por qué no iba a hacerlo en esta ocasión?

Estuvo todo el día con ello sin descanso, ni siquiera para comer.

Una de las veces que se levantó para ir al cuarto de baño porque era algo inevitable, miró el reloj. Las siete y media de la tarde.

Durante unos minutos permaneció congelada en el sitio, solo contemplando las agujas que marcaban el pasar del tiempo, las mismas que hacía años parecían no avanzar cuando esperaban que los médicos les dijeran si alguno de sus progenitores sobreviviría al accidente, mientras en todo el mundo la gente reía, brindaba, bailaba y se besaba...

Gruñó mientras se secaba las lágrimas de tristeza, rabia e impotencia de las mejillas.

Llevaba años sumergida en la pena por aquello. Le marcó para siempre de tal forma que era poco probable que tuviera solución. La aguda depresión que padecía desde entonces había hecho de ella una mujer desdibujada que nada tenía que ver con la Nora de antaño.

A veces, con mucho esfuerzo, era capaz de reaccionar y salir de su zona de seguridad donde lo tenía todo controlado, incluidos los sentimientos que le

depararía aquello que fuera a hacer. Era la única forma de llevar una vida algo parecida a la normalidad. Siempre lo intentaba si era algo que tuviera que ver con su sobrino, pero la prueba de hoy era muy difícil de superar.

Fue a su armario y se quedó mirando fijamente la ropa.

El destello de un vestido negro cubierto de lentejuelas y cristales resplandecientes fue como un cartel de neón con sus luces intermitentes incluidas.

Cerró los ojos y el armario con un portazo.

Aguardó unos segundos, abrió la puerta otra vez y... el vestido seguía en la misma posición.

—No me lo puedo creer —susurró en un hilo de voz.

Cogió la prenda de un tirón y lo lanzó sobre la cama.

La cara de su sobrino sonriendo al verla con eso puesto era suficiente como para al menos intentarlo. Él no tenía la culpa de que su cabeza y su corazón no procesaran la ausencia como debían. No se merecía menos.

Entró en la ducha antes de arrepentirse.

La Nochebuena había sido muy tranquila, solitaria en casa, con un sándwich frío de cena y más trabajo. Deseaba una Nochevieja exactamente igual, pero al parecer su pequeño hombrecito se había confabulado con el más allá para aguarle la fiesta.

Se miró en el espejo con aquel anuncio de champán en su cuerpo.

Era un vestido precioso que llevaba en su armario muchos años sin ser estrenado. Se lo regaló el hombre más importante de su vida, el que la había acompañado en el tramo más amargo y al que echó de su lado poco después...

Un arrebató de furia casi consiguió que se lo arrancase a tirones. Tampoco quería recordarlo a él. Dolía demasiado echar de menos a tantas personas al mismo tiempo...

Con mucha fuerza de voluntad, al vislumbrar en su mente la cara iluminada de Jaime ante aquella pedrería, se apaciguó.

Por aquel ángel que había mantenido la cordura de su hermana —aunque en ese momento pensaba que era un ángel del infierno—, daría la vida. ¿Qué era una noche?

Pero no era cualquier noche...

Delante de la puerta del chalet de Sara, aún sin salir del coche, estuvo al menos veinte minutos pensándose. Ataque de pánico incluido.

La estabilidad emocional la mantenía a flote, por eso no se dejaba ver en Navidad en familia. Casi no salía y desde luego no participaba de ella. Era su forma de sobrevivir.

Con esfuerzo, consiguió bajarse del vehículo.

Llevaba un paquete entre las manos. Tenía guardado aquel regalo para dárselo al pequeñajo después de Reyes, pero, si había llegado hasta allí, ¿por qué no ahora? Sabía que le haría mucha ilusión. Eran todos los muñecos de *Big Hero 6*, para jugar a sus aventuras. Le había encantado la película cuando la vieron una de las noches en que hizo de niñera.

—¿Qué hago aquí? —susurró incapaz de llamar al timbre, con el brazo estirado en dirección al mecanismo y la mano a solo un milímetro de tocarlo.

Estaba a punto de salir corriendo de vuelta al coche, cuando la puerta se abrió.

Miró asustada al frente por la sorpresa, pero no había nadie.

Parpadeó un par de veces y, sin previo aviso, sintió un tirón en la parte baja de sus ropas.

Bajó la mirada y... allí estaba, sonriente, con los ojos muy abiertos y mordiéndose una uña.

Jaime.

—Sabía que vendrías.

Nora se acuclilló para estar a su altura, abrumada por la sabia inocencia de su pequeño diablillo.

—¿Y se puede saber desde cuándo eres tan listo? —le preguntó revolviéndole el pelo cuidadosamente peinado.

Su hermana era demasiado estricta, incluso con él. Lo había repeinado tanto que parecía que una vaca le hubiera lamido el pelo de tal forma que había conseguido hacerle una perfecta raya a un lado.

—Desde siempre —se defendió el pequeño con sonrisa traviesa.

Nora revolvió un poco más su pelo castaño sin que él se quejara. Soltó el regalo en el suelo con cuidado y le hizo una cresta en el centro de la cabeza.

—Mucho mejor —dijo guiñándole un ojo.

—Mamá se enfadará —murmuró el niño con la vista puesta en sus

zapatos y una repentina cara de santo espectacular.

—¿Y tú? —preguntó Nora dispuesta a repeinarlo otra vez si era lo que él quería.

Jaime levantó la vista a los ojos de su tía, la sostuvo unos segundos muy serio y finalmente sonrió pícaro.

—Me encanta —confesó con su vocecilla de «me he portado mal, pero os jorobáis porque me lo he pasado genial».

Levantó la manita para que ella la cogiera. Nora lo agarró, recogió el regalo del suelo, se levantó y cerró la puerta tras de sí.

Tiraba de ella con fuerza... bueno, la fuerza normal de su edad. Lo siguió sin rechistar, pero solo porque era él. Realmente deseaba dar media vuelta y correr lejos de allí.

Se oían voces en el salón. Demasiadas.

—Cariño —susurró al niño—, ¿quién más ha venido?

—Algunos amigos de papá y mamá —contestó sin darle importancia.

Nora tuvo ganas de gritar. Sara se había ocupado de no contarle esa parte. Al menos parecía que no había familia, solo eran amigos.

—¿Cuántos? —continuó con el interrogatorio.

—No lo sé seguro —contestó subiendo y bajando los hombros—. No los he contado.

«Genial», pensó Nora cerrando los ojos con un suspiro resignado en sus labios.

—Y antes de que sigas, no los conoces a todos —añadió dejándola sin palabras. ¡Cómo la conocía!

«Requetegenial», pensó imitando una de las palabras favoritas de su ahijado, frustrada por el hecho de que no podía evitarlo a esas alturas, pero contenta de tener un sobrino tan despierto. Era pequeño, no tonto. Él intuía que tenía alergia a estas fechas. Rezaba para que tuviera unos cuantos años más cuando supiera el porqué real.

El niño tiró más fuerte de ella hasta que llegaron al umbral de la puerta.

Aquel salón era una auténtica oda a la Navidad. El árbol, gigante, casi llegaba al techo si no fuera porque tenían que dejar hueco a la estrella que refulgía con las luces. Estaba lleno de adornos relucientes, cintas rojas, bolas de colores y campanas.

Los centros florales rojos y verdes estaban repartidos por los muebles. Velas rojas con cristales brillantes y diminutos se mezclaban con las plateadas y doradas. La mesa principal estaba adornada con un mantel rojo fuego y un camino de mesa en un brillante gris en el centro, atravesándola de punta a punta. Otro adorno floral ocupaba el centro, con velas que lo iluminaban.

Bien dispuestos, platos y vajilla blanca, copas de bohemia de todos los tamaños, cubertería de plata...

«Bienvenida al infierno», pensó Nora con la sangre zumbando en sus venas demasiado alterada.

—Os lo dije —anunció el niño su llegada a todos los presentes con una sonrisa triunfal.

Aquellas palabras eran lo más parecido a «hola, la tía Nora está aquí»... pero era Jaime, sangre de su sangre. Rebelde.

Montones de cabezas se volvieron hacia la puerta.

Todo el mundo tenía una copa de vino en las manos y parecían muy felices...

Todos menos ella.

No quería saber cómo se veía en ese momento. Era duro mantener la compostura ante una situación que no quería vivir, en un lugar en el que no deseaba estar en ese momento...

«Terror» era una buena palabra para definir lo que sentía, solo esperaba que no llegase a su rostro.

El silencio se instaló como una niebla envolvente a su alrededor. Era como si tuviese una flecha de fuego sobre la cabeza a punto de estallar y la palabra «renegada» justo encima.

Porque así era como, en resumen, la veían los demás. Lo sabía, había escuchado eso y mil cosas más, pero cada uno sobrelleva el dolor como puede.

Ella no estaba preparada para pasar por esto aún...

Se quedó clavada en el sitio sin saber qué decir ni qué hacer.

Estaba segura de que todos los presentes estarían al tanto de la situación familiar. Ni siquiera podría simular ser normal durante un rato.

Sara susurró una disculpa a alguien justo cuando el reloj de pared daba las

nueve. Salió de entre los invitados perfectamente ataviada para la celebración. Su vestido de raso color champán con escote drapeado, tirantes y largo hasta los pies, era espectacular. Se había recogido el pelo en un moño informal y caminaba como una modelo de alta costura. Siempre había sido perfecta.

Solo se oía el susurro de la ropa al deslizarse rozando sus piernas de camino a ella.

Nora tenía la sensación de que todo se había congelado menos Sara.

—Estás preciosa —murmuró llegando a su altura, para dejar dos besos de bienvenida en sus mejillas.

—Tú también —balbuceó Nora.

—Gracias —contestó a su oído la anfitriona solo para ellas dos. No se refería al piropo.

Asintió con la cabeza y fijó la vista en su sobrino, que las observaba sonriente.

Sara se volvió hacia él. Nora estaba segura de que iba a reprenderlo por abrir la puerta de la calle y la sonrisa del niño se borró de su cara. Estaba esperando a que lo regañaran no solo por eso, también por el cambio de *look*.

La mujer lo miró unos segundos mientras ella permanecía en la misma posición expectante. Su hermana estaba enfadada, Jaime lo sabía y, en un intento de huida, miró hacia atrás, a su padre.

Diego solo le sonrió. También era un poco rebelde y ese simple gesto hizo que el niño se envalentonara ante su madre.

Su postura se irguió y sostuvo la mirada a su madre con seguridad. Sara le escrutó en su cambio de actitud y poco a poco aflojó la tensión de su rostro.

—Bonita cresta —dijo finalmente.

Jaime abrió los ojos como platos, elevando la comisura de sus labios.

—Ha sido la tía —apostilló por si había dudas—. Ella las hace perfectas.

—Lo sé —resopló Sara resignada, girándose de nuevo para enfrentarse a su hermana.

Nora la miró cautelosa y descubrió con sorpresa que no había ni rastro de enfado. Seguramente le perdonaría cualquier cosa en ese momento con tal de que no saliera huyendo de la cena. Sabía que era muy vulnerable y que cualquier excusa serviría para salir corriendo.

Unos pasos resonaron por el pasillo rompiendo el silencio.

—Perdón —oyó Nora tras ella.

Giró lentamente sobre sus pies hacia aquella voz.

No podía creer que su hermana hubiese tenido la idea de invitarlo sin su permiso...

El corazón empezó a latirle muy fuerte, sintiendo cómo la boca se le secaba. Estaba igual a como lo recordaba... Igual de alto, igual de guapo, igual de *sexy*, igual de todo...

Con su uno noventa y cinco imponente, moreno, ojos verde oscuro mirando directamente a los suyos.

Intentó decir algo, pero se le quedó atascado en la garganta.

Como solo iba a poder mirar y nada más, lo repasó de arriba abajo. Era espectacular. Músculos bien formados, anchos hombros, cintura estrecha, fuertes brazos y piernas. Lo sabía muy bien... Demasiado bien...

Llevaba un traje negro que ella reconoció de la firma Tom Ford; eran sus favoritos y ahora seguro que se los podía permitir... Zapatos y cinturón de Hermès, camisa blanca con gemelos y corbata negra lisa... Siempre tan elegante fuera la prenda de la marca que fuese. Tenía una imponente percha y un gusto impecable.

De inmediato pensó en su vestido y se alegró de haberlo estrenado por fin. Ya no se acordaría de que se lo regaló y estaba a la altura de toda la gente que copaba aquella reunión. Incluido él.

Era muy guapo y atractivo... Al menos para ella lo era...

Cuando sonrió con galantería, ese atractivo pasó a ser *sexy*, igual que siempre...

Igual que siempre...

Hacía tiempo que no quería hombres porque no quería involucrarse con nadie sentimentalmente, ni siquiera con él... Ya tenía suficiente gente a la que echar de menos.

Tener pareja podía significar un compromiso a largo plazo y, a veces, la gente comprometida tiene la brillante idea de querer dejar su legado en el mundo en forma de pequeñas personitas que crecen, se hacen adultas y de las que te tienes que separar en algún momento de la vida porque irremediamente te mueres.

Todo podía ir bien y morir de viejo, dejándoles tristes, pero capaces de asumir todo lo que conlleva la pérdida. Aunque también podía dar la puñetera casualidad de que fuese por enfermedad o provocado por un accidente prematuro, como sucedió con sus padres. Eso la mataba por dentro y quería evitarlo a toda costa.

Sacudió ligeramente la cabeza apartando todo ese remolino de pensamientos y sensaciones que debía eludir en este momento, de recuerdos de ellos dos juntos, felices y enamorados... y porque alguien tiraba de nuevo de su vestido.

Bajó la mirada a Jaime sin preguntar, no hacía ninguna falta. Solo esperó.

El niño señalaba sus ropas con un dedito.

—Tu abrigo, tía.

Se despojó de él como si le quemara sobre la piel sin rechistar. No se había dado cuenta de que aún lo llevaba puesto, ni siquiera con el calor que había recorrido su cuerpo al ver a Luis.

Sara lo recogió rápidamente con una pícaro sonrisa y se alejó para dárselo a Amparo, la mujer de servicio de la casa.

De nuevo sintió otro tirón en la falda. Nora miró al pequeño con semblante cansado. El niño se dio perfecta cuenta, pero lo ignoró.

Ahora estaba señalando algo sobre su cabeza. Nora levantó la mirada resoplando desganada.

Nada menos que un precioso ramillete de muérdago colgaba del dintel de la puerta haciéndole burla. Bajó la mirada rápidamente al niño e intentó dar un paso al frente para alejarse de allí.

Una mano sujetó su cintura, tiró de ella sin dudar y le dio un beso en los labios sin pedir permiso.

Luis.

Solo fueron un par de segundos, tres como mucho, pero lo suficiente como para hacer que cada fibra del cuerpo de la mujer se estremeciera.

Después de apartarse educadamente, el hombre la observó tranquilo unos segundos antes de hablar.

—Lo siento. Es la tradición —se explicó con semblante sosegado.

Nora se quedó embobada pestañeando repetidamente como si no entendiera ni una palabra.

—El muérdago —susurró Jaime intentando que la aclaración solo fuera entre ellos dos, con cara de circunstancias pero nada arrepentido.

Nora lo miró y mantuvieron una de sus muchas conversaciones sin palabras. Algo así como «ya lo sé, listillo», «por si acaso, tía».

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Luis con toda la naturalidad que pudo, tratando de ocultar lo que sentía al volver a verla y... no nos engañemos, besarla.

Oírlo hizo que perdiera la conexión con el niño.

—Hola, estoy bien —contestó dubitativa mientras cambiaba la mirada del pequeño a él—. ¿Y tú?

Aquello era ridículo. Acababan de besarse delante de todo el mundo y a continuación pretendían mantener las distancias... De locos.

—Bien —se limitó a contestar.

Era mentira. Seguía siendo un infierno no poder estar con ella, pero no quería que lo supiera.

No quería rogar.

No lo haría nunca más.

Jaime, que había pasado de ser un ángel del infierno a uno caído del cielo, cogió a Nora de la mano y tiró de ella al rescate. De esa forma no dejó que pensara en profundidad en lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué es eso? —preguntó el niño, señalando el paquete que aún llevaba en la mano.

—Un regalo —explicó escuetamente con un «gracias» impreso en el rostro.

—¿Para mí?! —exclamó emocionado.

—Sí —contestó Nora entregandoselo más tranquila.

Jaime lo recogió entre sus manitas y allí mismo se arrodilló para quitar sin dificultad el papel que lo envolvía.

—¡¡¡Baymax!!! —gritó mientras se esforzaba en abrir la caja, que se le resistía.

Todos rieron al ver la felicidad que desprendía el pequeño. Nora pensó que, al menos por eso, había merecido la pena ir.

Bueno, por eso y por el beso del muérdago.

No creía que Luis regresara alguna vez a la ciudad y mucho menos que se

encontraran, pero allí estaba. Tan guapo y atento como siempre...

Su vida ya era demasiado complicada como para añadir más factores a la ecuación... Él estaba olvidado, era pasado... pero lo tenía justo enfrente...

## CAPÍTULO 3

La cena fue... una cena de celebración tradicional rozando la ostentación.

Nora hizo de tripas corazón. Rio por Jaime e intentó ser una acompañante digna. Sabía que su hermana no le perdonaría ningún desaire en la mesa.

Brindis de rigor, risas y la alegría general de un Fin de Año normal y corriente para casi todos...

El menú no tenía nada que envidiar al de un palacio. La mesa se llenó de comida en cuando se sentaron.

Canapés, ensaladas, entremeses fríos... Después la vaciaron y de nuevo se llenó de marisco, en tal cantidad que estaba convencida de que su cuñado había fletado un marisquero gallego solo para ellos.

Cuando llegó la carne asada, todos estaban a punto de reventar, pero aun así, y como si no fuesen a comer nunca más, terminaron con ello.

Nora probó escasamente un poco de aquellos manjares. El estado de nervios y ansiedad que le provocaba la situación no le permitió disfrutar de la cena, aunque no perdonó el tiramisú que sirvieron de postre. A Jaime y a ella les encantaba; era su postre favorito y la sonrisa del niño hacia su madre, en agradecimiento, iluminó todo el salón.

En aquella mesa solo había felicidad, como si nada hubiese ocurrido años atrás.

Nora tenía ganas de llorar, gritar y patalear.

No paraba de vigilar la puerta, como si de nuevo la policía fuese a entrar con malas noticias.

Llevaba dos años controlando bastante los sentimientos que la envolvían esa noche. Los anteriores, cuando nada tenía sentido tras el trágico accidente, era mejor no recordarlos.

Aquella velada hacía que se sintiera como entonces...

Además estaba Luis...

Todos los fantasmas habían regresado al mismo tiempo.

Sara era consciente de lo que su hermana estaba sufriendo y no le quitaba ojo de encima con todo el disimulo de que era capaz. Incluso Diego, de vez en cuando, rozaba la pierna de su mujer por debajo de la mesa para tranquilizarla.

Jaime era una magnífica medicina. Se había sentado a su lado y de forma inconsciente la sacaba de ese trance.

A Luis lo habían sentado junto a ella con la esperanza de que retomaran algo de lo que habían dejado, al menos la amistad, pero Nora no le daba oportunidad. Cada vez que sacaba un tema de conversación, le contestaba con respuestas cortas y educadas, pero nada más. El mero hecho de estar a su lado la estaba matando a recuerdos que, con mucho pesar, ya solo eran eso, recuerdos.

Después de cenar, la anfitriona los dirigió a la sala de estar, donde un gran sofá en forma de U, rodeando una mesa baja, estaba dispuesto frente a la televisión para ver las campanadas.

Jaime tomó la mano de su tía sin más y tiró de ella hacia los asientos. Nora tragó con fuerza intentando mantener los sentimientos a raya y el corazón en su lugar. La última vez que se había comido las doce uvas, su familia estaba completa y feliz. Ahora todo estaba mal, igual que un puzle al que le faltan piezas.

El servicio de la casa comenzó a desfilarse con bandejas de copas anchas y bajas de cóctel llenas de uvas. Una para cada invitado. Jaime aplaudió y, sin esperar a nadie, comenzó a contar las suyas compulsivamente, cerciorándose de que no faltara ninguna.

Nora simplemente miró la copa ante ella, incapaz siquiera de tocarla. Permaneció así durante unos minutos, escuchando ecos de las conversaciones a su alrededor y viendo por el rabillo del ojo cómo su sobrino contaba los granos por enésima vez.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Luis en un susurro para que el niño no lo oyera.

La mujer volvió el rostro en dirección a la voz sin saber qué contestar. Se

conocían a la perfección y negar su inquietud no serviría. Tampoco engañarse a sí misma intentando convencerse de que él ya no le provocaba mariposas en el estómago... Eso era imposible...

Tenía claro que no iba a contarle la verdad. Lo que le pasaba había hecho que tomase la peor decisión de su vida rompiendo su relación, haciendo que él se fuera y sus vidas cayeran en barrena... Al menos con la suya así había sido, pero era necesario.

No era el momento de confesar algo así... Tampoco estaba preparada para ello...

Ante la falta de respuesta, Luis miró a su alrededor, observó cómo todo el mundo charlaba, reía y sostenía sus copas entre las manos, pero solo ellos tres habían tomado asiento. Jaime parecía bastante entretenido y nadie los miraba.

Con un gesto rápido, tomó del brazo a Nora levantándose para que lo siguiera. Aún quedaba casi media hora para las campanadas y podían salir a tomar el aire un momento.

Había pensado muchas veces en cómo sería el instante en que se volvieran a ver. Desde luego nunca habría apostado por esa fecha. Esa noche se había borrado para ella o, mejor dicho, una sola Nochevieja existía y era la que dirigía su vida.

Nora lo siguió sin rechistar. Estaba deseando salir de allí y recobrar fuerzas. Lo peor estaba aún por llegar.

La sacó al porche cerrado de la parte trasera. Sara tenía un sistema de puertas acristaladas para poder utilizarlo en invierno como zona de juegos para Jaime y de reunión para ellos.

Era amplio, con el suelo de madera, grandes sillones blancos, muebles de madera oscura y plantas. Esa parte de la casa estaba casi sin decorar con motivos navideños. Casi, porque había velas rojas encendidas como única luz y un muñeco de nieve, hecho de mimbre e iluminado tenuemente en su interior, asomando en una esquina.

Tomaron asiento en uno de los sillones. Luis observó que ella lo hacía de forma automática, hasta empezó a dudar de si sabía con quién estaba o simplemente se había dejado llevar.

Fuera como fuese, allí aparentaba respirar con más normalidad y sus manos ya no estaban apretadas en puños mientras se abrazaba a sí misma,

gesto que hacía siempre que estaba nerviosa o tenía miedo. Parecía un poco más relajada. Aguardó en silencio junto a ella.

La mujer intentaba que las turbulencias de su mente se calmaran. Necesitaba estar bien para Jaime. El niño era lo único importante. Esperaba que esos momentos de relativa tranquilidad fueran suficientes para conseguirlo.

Después de muchos minutos tratando de controlar la respiración, se giró con lentitud para enfrentarse a Luis. Estaba sentado, esperando paciente, con dos copas de champán sobre la mesa.

Lo sabía todo sobre ella, absolutamente todo. ¿Cómo iba a esconderse? Era imposible. Cerró los ojos cogiendo aire. Tarde o temprano tendría que hablar.

—Gracias —dijo por fin.

Él solo inclinó la cabeza en señal de asentimiento y sonrió con calidez. Ella bajó la mirada a su regazo, avergonzada por la situación. Esperaba que su hermana se hubiese percatado de lo que estaba pasando, en lugar de él... o al menos su cuñado... pero ni en eso tenía suerte.

¿Qué esperaba? La conocía mejor que su propia hermana; solo él y su madre sabían qué decir o qué hacer en los peores momentos.

—¿Mejor? —preguntó Luis sin pedir explicaciones.

Nora se sorprendió, asintió y tomó una de las copas, bebiéndosela luego de un trago.

—¡Ey! Despacio, fiera, queda mucha noche —exclamó intentando parecer divertido cuando en realidad estaba preocupado. Nada había cambiado para su pesar.

—A mí, no —contestó dejando la copa vacía para coger la otra y repetir la operación. Iba a necesitar un montón como esas llenas hasta arriba para poder soportarlo.

Luis dejó que se la bebiera sin apartar la mirada de su rostro triste, vigilando las manos, que, aunque lo intentaba, no podían ocultar un sutil temblor. El silencio se instaló de nuevo entre ellos, pero no era incómodo, era... extrañamente relajante.

Nora ocultó la mirada escrutando su alrededor. Luis se estaba portando bien, muy bien en realidad. Era discreto y, fuera de todo pronóstico,

continuaba sentado junto a ella. Decidió que se merecía su atención aunque solo fuera por unos minutos.

—¿Quién te ha invitado? ¿Diego o Sara? —Necesitaba saberlo.

—Diego.

Debería haberlo imaginado. Su cuñado y él eran uña y carne desde el colegio. Todos los habían envidiado por ser amigos entre las parejas cuando las relaciones iban bien, y lo cierto era que los cuatro formaban un buen equipo y, aunque ella se hubiese alejado de su vida, Sara y Diego no tenían por qué hacerlo. De hecho, estaba comprobando que seguían en contacto.

—¿Cómo te va el trabajo? ¿Por dónde andas ahora? —preguntó intentando mantener una conversación normal, como dos amigos que hace tiempo que no se ven, ignorando todo lo demás.

Era increíble cómo sus ojos chispeaban bajo la poca luz de aquel porche. Nora siempre pensó que le daban un aire peligroso. Esa forma de mirar que tenía tan inquietante... Era muy sensual.

Un cosquilleo le recorrió la espalda cuando sus labios se elevaron en un lado de la boca con una sonrisa que parecía decir «por fin tengo tu atención».

—Bien. Construí un hotel en Dubái y otro en Abu Dabi. Acabo de llegar de Singapur, mi último destino.

Todos esos viajes podía haberlos hecho con él, podía haber visto en primera fila cómo de un papel en blanco creaba un boceto, después una maqueta a escala y luego llegar a ser un edificio real. Disfrutaba viendo cómo tomaban forma sus proyectos, cómo hablaban de ellos y se imaginaban en el ático vacío de alguno una vez acabada la construcción, mirando el paisaje nocturno o el atardecer de la ciudad del mundo donde estuvieran.

Apretó los labios tratando de no pensar más en todo eso. Ya lo había pensado suficiente, cuatro años y trescientos sesenta y tres días...

Después del entierro de sus padres, lo dejó.

Mejor así que perderlo para siempre en un accidente o cualquier otra situación dolorosa, después de que su vida girase sin vuelta atrás en torno a él y lo que le hacía sentir.

Volver a encontrarse hacía florecer sentimientos que le había costado mucho enterrar y, a pocos minutos de tener que enfrentarse al cambio de año, no era lo más adecuado.

—Creo que iré a la cocina a por más champán —dijo Nora sin mirarlo—. Falta poco para las campanadas.

Luis sabía muy bien por lo que había pasado la familia. La distancia no había supuesto ningún problema para mantener su amistad con Diego. Además, estaba al tanto de los problemas que arrastraba Sara con Nora. No había conseguido superar la pérdida y, viendo cómo actuaba, no creía que lo superase jamás, a no ser que algo extraordinario cambiase su vida...

Él lo había intentado después de aquel 2 de enero de casi cinco años atrás, pero no pudo conseguirlo. Acabó agotado, exhausto de intentarlo...

No entendía qué hacía allí. Era el peor día para ella.

—¿Por qué has venido? —preguntó antes de que se levantara del sillón. Necesitaba saberlo.

Nora se quedó sin aliento. Estaba convencida de que no querría escuchar nada más sobre ella, pero se había equivocado.

Se giró para enfrentarlo con rabia, deseando decirle que no le importaba una mierda por qué había ido, por qué se había bebido aquellas copas de un trago o por qué se fue en su momento. Una vez más no quería dar explicaciones...

—Jaime.

Se quedó helada al escucharse a sí misma. ¿Qué estaba pasando?

Luis asintió suspirando. Los niños lo cambian todo, lo ponen patas arriba y te hacen replantearte la vida entera.

Quizá esa era la solución para Nora, encontrar una pareja y tener un bebé o... simplemente tener un bebé. En la actualidad los hombres no eran algo indispensable para procrear, solo su semilla, algo que se podía conseguir acudiendo a una clínica y eligiendo en un catálogo de posibilidades.

Él ya no pintaba nada en su vida, aunque lo deseara cada día.

—Es un niño especial —apreció intentando animarla un poco hablando de él.

No sonrió como esperaba, sino que tensó los labios hasta dibujar una línea recta perfecta. La situación era más difícil de lo que se imaginaba.

—Tengo que irme —contestó levantándose para huir.

—Lo siento, no pretendía... —se excusó Luis incorporándose con rapidez para situarse frente a ella.

Nora paró en seco cuando la cogió de los brazos y bajó la cara a su altura para mirarla directamente a los ojos, como si quisiera asegurarse de que entendía lo que estaba diciendo.

Levantó la vista del suelo. Nunca hablaba con nadie del niño, ni de sus sentimientos reales desde hacía años; era la mejor forma de sobrellevarlo todo, pero con él lo había hecho sin poder evitarlo.

Luis lo había sido todo para ella y, aunque se obligara, no había conseguido borrarlo de su vida. El típex mental no existía.

—No importa. Gracias por lo de antes.

Intentó zafarse de la sujeción, pero él ejerció una suave presión sobre las muñecas obligándola a permanecer donde estaba.

Deseaba que fuera más fácil para ella. No tenía que ser un suplicio y, después de tanto tiempo, debería haberlo superado y disfrutar de lo que le quedaba de familia. Encerrarse en sí misma no la estaba ayudando.

Resopló sopesando si decirle lo que estaba pensando. Sacudió la cabeza para aclararse un poco.

—Nora, lo sé todo y... —dudó, la miró fijamente y se decidió—. ¿Te apetece que tomemos algo fuera de aquí después de las campanadas?

Eso sí era una sorpresa. No el hecho de que supiera de ella, pues Diego era su mejor amigo y estaba segura de que manejaba información de primera mano sobre la situación, era la propuesta. Hacía siglos que no salía de copas y menos con un hombre. ¿La verdad?, nada desde que le dejó.

La idea de salir de allí después de las uvas era estupenda, pero con él...

—Creo que Diego se enfadará si te marchas. Seguro que está deseando pasar tiempo contigo. Además... no soy buena compañía esta noche. Gracias por la oferta.

Parecía una buena excusa, pero no suficiente para frenarlo.

Era perseverante. Mucho.

Estaba decidido a no dejarla escapar. Estaba preciosa, deseaba pasar tiempo con ella y ver si existía alguna esperanza para ellos.

Nunca había tirado la toalla.

Las conversaciones con Diego sobre el problema familiar le habían hecho pensar mucho en ella y, ahora que la tenía delante, no quería dejar pasar la oportunidad.

Estaba convencido de que necesitaba hablar y estar con alguien que supiera lo que había sucedido en su pasado sin tener que explicárselo. No quería ir de víctima y, en cuanto comenzara a hablar, lloraría como un géiser.

—Me quedo en Madrid por tiempo indefinido, puedo verlo cualquier otro día.

Esas noticias eran importantes.

Su vida itinerante se tomaba un descanso por el momento. Además, la tentación era fuerte. Beber sola era un aburrimiento.

Si aceptaba su plan, podía evadirse durante un rato y después irse a dormir la mona hasta que se despertara por el dolor de espalda provocado por las horas de más en la cama.

Lo echaba de menos cada día, lo había amado cada segundo, sin excepción, desde que lo conoció. Pensaba en él más a menudo de lo que debía y ahora lo tenía delante, invitándola a salir después de todo el daño que le había hecho.

—Debemos irnos. Falta poco para las doce y quiero estar con Jaime —dijo como brillante respuesta a su propuesta. El miedo es un mal aliado.

Luis no insistió más. Decidió esperar a que pasara lo peor y estar atento a su huida, porque estaba seguro de que huiría en cuanto el niño le diera la oportunidad.

Dejó que caminara delante de él hasta el salón solo para observarla con libertad, sin miedo a ser visto.

No había querido mencionar el vestido que había elegido para esa velada. Nunca se lo puso estando con él, no hubo ocasión... Estaba preciosa.

En cuanto el niño la vio aparecer, comenzó a hacer aspavientos con los brazos para que acudiera a su lado. Todos estaban preparados alrededor de la tele.

Nora tragó saliva y suspiró desde el umbral de la puerta. Podía sentir a Luis tras ella, algo que, como antaño, le daba seguridad y... valor.

Los sentimientos no desaparecen a no ser que verdaderamente hayas dejado de querer...

Ella no lo había hecho...

Nunca podría...

No puedes dejar de amar al hombre de tu vida...

—Todo irá bien —susurró en su oído—. Concéntrate en Jaime y no pienses en nada más. Lo eres todo para él.

Tanto la cercanía como la complicidad de esas palabras hicieron que temblara de pies a cabeza.

La entendía, sabía qué decir para sacarla de los malos momentos. Siempre había sido así.

Cerró los ojos un segundo reuniendo las fuerzas que necesitaba para caminar hasta el niño.

—Lo harás muy bien. Confía en mí.

Nora ya no confiaba ni en su sombra. Nada era seguro a su alrededor, pero él había regresado y, por arte de magia, volvía a serlo.

Como antaño y sin pensar, echó una mano hacia atrás, buscándolo. Disimuló un poco intentando recordar su altura, después rozó su estómago con la palma de la mano. ¿Era posible sentirse así de bien otra vez? No lo habría imaginado.

Luis sintió la caricia y sin pensarlo dos veces cogió la mano y la envolvió con la suya. Su atracción por ella estaba intacta.

Después de tanto tiempo separados, ese contacto no hacía más que confirmarle que nunca amaría a otra mujer como la amaba a ella.

Nunca.

Con un apretón en el lazo que formaban sus manos, le indicó que caminara hacia la mesa. Nora obedeció sin titubear y se soltó de su agarre.

Vacío, uno extraño y frío, fue lo que sintieron al separarse...

## CAPÍTULO 4

Jaime estaba eufórico y señalaba un sitio libre a su lado para que ella se sentara.

Una vez que tomó su lugar, suspiró tratando de mantenerse serena, levantó la vista y vio cómo Luis sonreía a escasos pasos de su posición, de pie.

Se la devolvió.

—Tía, va a ser genial —habló el pequeño haciéndola reaccionar—. Ya no me atraganto, ¿sabes?, y he conseguido tomármelas a tiempo.

Nora pestañeó intentando concentrarse en el niño. Estaba en una extraña nube mirando fijamente a Luis.

—¿Has estado ensayando? —le preguntó procurando ser divertida, prestándole total atención.

—Llevo un mes —confesó. Ella tuvo que reír por su ingenio. Solo a él se le ocurriría ensayar algo así—. Cada día a la hora de la cena, he hecho un... un... ¿Cómo se llama, tía? —contó de carrerilla sin dejar que preguntara nada.

—¿Simulacro?

—Eso, simulacro —afirmó con una sonrisa triunfal—. He hecho un simulacro de esos con el postre de la cena y los fines de semana por la mañana, a las doce, para que pareciera más real, ¿sabes? Y ayer mamá me llevó al reloj de verdad de la tele, al ensayo general que se hace. ¡Una pasada!

Era especial el simple hecho de estar allí sentada con él, hablando de simulacros de Nochevieja para no atragantarse con las uvas justo esa noche.

Sin darse cuenta los minutos pasaban.

Como era tradición, la Puerta del Sol de Madrid de la que hablaba el niño,

y donde se reunía una multitud esa noche para recibir el nuevo año, estaba tan llena que no cabía ni un alfiler.

La algarabía anunciaba una noche llena de alegría, bailes y diversión hasta el amanecer. Miles de cotillones tenían lugar por toda la ciudad. No había una discoteca, hotel o bar de copas que no diera una fiesta especial. Las mismas que Nora había disfrutado hasta los veinticinco años.

En la televisión ya se veía bajar la bola del reloj que anunciaba el comienzo del ritual cuando pasaran las primeras cuatro campanadas de diferente sonido y ritmo, aviso del gran momento.

—Ahora vienen los cuartos —anunció Jaime, dejando su copa atrapada entre las piernas para tener las manos libres.

La mujer se fijó en la cara de concentración del niño. Lo tenía verdaderamente estudiado y al parecer había ideado una técnica propia para conseguirlo como en sus ensayos. Era un genio para su edad.

Las campanadas sonaron mientras ella recogía su copa con las uvas de la mesa.

Intentó evitar a Luis. Él la miraba de una forma en la que prefería no pensar.

Le sonrió en señal de agradecimiento para no parecer grosera. Estaba segura de que no habría sido capaz de mantener la compostura sin él.

—Ahora —susurró Jaime sacándola del ensimismamiento.

Todos comenzaron a tomar las uvas en silencio mirando fijamente la televisión. Ella, a su sobrino, que cogía una uva en cada mano e iba introduciéndolas en la boca con precisión según iban repicando las campanadas.

Una... dos... tres... cuatro...

Trataba de no pensar en nada más. Solo en el número y en la cara de su pequeño.

Cinco... seis... siete...

El estrés que le causaba esa noche empezaba a hacer mella psicológicamente. Se concentró en tragar siguiendo los movimientos de la garganta del niño.

Ocho... nueve... diez...

La imagen de sus padres sonrientes la Nochevieja anterior al accidente

pasó por su mente.

El nudo en la garganta se instaló, impidiendo que los granos pasaran libremente hasta su estómago mientras cerraba los ojos por el dolor que le producían los recuerdos. Intentando ser valiente, los abrió y levantó la vista, encontrándose con la mirada de Luis.

Como por arte de magia, el nudo se aflojó un poco. Bajó la mirada al niño y...

Once... doce.

Todo el salón explotó en júbilo y aplausos.

Jaime levantó los brazos en señal de victoria. ¡Lo había conseguido! Y ella...

Se quedó mirando la copa vacía entre las manos, incapaz de comprender cómo lo había logrado.

Permaneció sentada mientras todos se abrazaban y besaban entre ellos.

Se sentía fuera de lugar saturada de recuerdos de tantas y tantas Nocheviejas... Veinticuatro llenas de felicidad, igual que la que se vivía a su alrededor.

No debería estar allí celebrando el cambio de año...

Los ojos se le encharcaron de lágrimas y apretó el cristal con fuerza.

—Feliz año, Nora —oyó decir a alguien junto a ella, pero no era Jaime.

Levantó la vista. Su hermana Sara estaba sentada junto a ella con los ojos llorosos y la gratitud reflejada en su rostro.

No sabía cómo actuar. Llevaba tanto tiempo sin estar rodeada de gente esa noche que no sabía qué debía hacer.

Sara abrió los brazos y la envolvió con ellos sin pedir permiso. Nora se dejó abrazar con las lágrimas resbalando por sus mejillas. La odiaba por hacer que pasara por aquello, pero a la vez la quería demasiado como para mostrárselo en ese instante.

Abrió los brazos y le devolvió el gesto.

Ambas lloraban ajenas a su alrededor. Oían el jaleo y a Jaime gritar aún su triunfo, pero todo era secundario. Estaban juntas, aunque Nora no estaba segura de desear pasar por eso otra vez.

Como salvador de situaciones que era, el pequeño se abalanzó sobre las dos intentando abarcarlas con sus pequeños bracitos mientras gritaba «Feliz

añoooooooooo» como si le fuera la vida en ello.

Las mujeres deshicieron su encuentro ante la intromisión y, secándose las lágrimas con el dorso de la mano, miraron al niño.

—Feliz año, cariño —gritó Sara imitando a su hijo.

Él sonrió de oreja a oreja y abrazó a su madre mientras dejaba un sonoro beso en su mejilla. Cuando Sara se lo devolvió, él se soltó para enfrentarse a ella.

—Feliz año, tía —dijo mirándola con ternura, como si supiese lo difícil que había sido estar allí. Era muy intuitivo, y últimamente se le había afinado ese don.

Nora lo miró unos segundos, empapándose de esa imagen feliz. Era su sol y, aunque al principio no quería acudir a la cena, ahora estaba contenta de haberla compartido con él.

—Feliz año, tesoro —contestó abriendo los brazos para atraparlo en ellos.

Jaime acudió feliz y se tiró literalmente encima para poder abrazarla con más fuerza. No se separó hasta unos minutos después, haciendo que todo el salón se percatara del momento.

Nora se sentía el centro de atención desde que había llegado, haciendo la situación incómoda, pero ahora, con el niño entre sus brazos, le daba igual. Él era sus pilas y se estaba recargando.

—Te quiero —susurró el pequeño elevando la cabeza lo suficiente para dejar un beso de regalo en su rostro.

—Y yo, mi vida... —contestó Nora con el nudo en la garganta de nuevo.

Luis asistía en primera fila al acontecimiento. La mayoría de los asistentes entendían la emotividad del momento, pero no hasta el punto que él había descubierto en solo unas horas.

Pensaba que Diego y Sara exageraban cuando hablaban sobre ella y que simplemente, después del accidente, no habían conseguido recuperar la relación tan buena que tenían, pero no era así, iba mucho más allá... Intuía que el esfuerzo que estaba haciendo por su sobrino era titánico aun sin conocer todos los detalles.

Por desgracia sabía de buena tinta que no todo el mundo supera los obstáculos de la vida de la misma forma, ni en el mismo espacio de tiempo, aunque también era consciente del daño que se hacía a sí misma y a los que

más la querían.

Estaba deseando que llegara su turno para acercarse a ella de nuevo, pero creyó prudente esperar a que retomara el control de sus sentimientos.

Dejó que Diego se uniera a ellos y le cautivó ver a la familia reunida. Significaba mucho para Sara y quizá un indicio de mejoría en su relación.

Algunos invitados se le acercaron para felicitar el nuevo año y poco a poco lo fueron alejando de su objetivo.

Cuando se quiso dar cuenta, Nora había desaparecido del salón.

Miró a la mesa, vio que estaba repleta de copas de champán, cogió dos y salió de la estancia.

Buscó en la cocina, en la terraza, incluso en las habitaciones de las dos plantas...

Se enfureció consigo mismo por no haber estado atento como debía. Sabía que se iría en cuanto tuviese ocasión y seguramente eso era lo que había sucedido.

Bajaba resignado la escalera, cuando por el ventanal del descansillo vislumbró en el oscuro jardín unos reflejos que llamaron su atención. Aceleró el paso, fue a la puerta y salió al exterior sin pensar en el frío.

Caminó más tranquilo hasta la zona de la piscina. Allí, en el sofá que hacía las veces de columpio, estaba sentada.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó Nora sin dejarle llegar. Ni siquiera había levantado la vista para saber de quién se trataba.

En cuanto oyó abrirse la puerta, intuyó que era él, aunque tenía la esperanza de que no la buscara en un buen rato.

—Tu vestido —contestó llegando a su altura.

Se abstuvo de sentarse a su lado. Decidió que la mesa frente a ella era mejor opción. No quería que se sintiera incómoda.

—¿Mi vestido? —preguntó sin comprender bien.

—Los cristales te delatan cuando te mueves —explicó ofreciéndole una de las copas—. Parece que hubiera mil luciérnagas en el jardín.

—Vaya —susurró sorprendida por la respuesta.

Cogió el champán que le ofrecía para ganar tiempo, intentando reponerse de aquellas preciosas palabras.

Siempre era tan galante...

Estaba allí escondida porque llevaba unos minutos sopesando la idea de marcharse, pero Jaime aún estaba despierto y además su hermana había dicho que tenían que hablar en cuanto organizase algo que tenía pendiente en la cocina. Que él la encontrara no era el plan...

Luis la observó en silencio, levantó la copa y la inclinó frente a ella.

—Feliz año, Nora.

No se habían felicitado aún. Con sonrisa triste, acercó su copa a la de él y la golpeó ligeramente.

—Gracias. Feliz año para ti también.

Sus miradas se cruzaron en ese brindis y... una tormenta de añoranza, nostalgia y sueños rotos los envolvió.

¿Qué hubiera pasado si hubiesen seguido con su relación? Probablemente estarían casados o vivirían juntos, incluso podrían tener algún hijo. Siempre habían querido compartir su vida y a los pocos meses del accidente iban a hacerlo realidad.

Nunca sucedió.

Sin apartar la mirada, le preguntó a bocajarro.

—¿Eres feliz, Luis?

Necesitaba saberlo.

Si había actuado como actuó en su momento era porque estaba convencida de que junto a ella no lo sería... Siempre estaría pendiente de su depresión y no le dejaría desarrollarse como el arquitecto de primera línea en que se había convertido. Tampoco como persona.

Eran jóvenes y él no se merecía vivir el mismo infierno que a ella le había tocado pasar...

Lo que no sabía era si se había equivocado. Deseaba que no fuera así.

Luis se sorprendió al escuchar aquellas palabras.

¿Que si era feliz? No. No lo era. Se sentía incompleto y, lo peor, como si le hubiese fallado.

Cada día pensaba en ella, si estaría bien, si se habría levantado de la cama, si habría conseguido comer algo, si habría parado de llorar, si alguien la habría hecho sonreír ese día, si alguien ocupaba su lugar y ella estaba mejor sin él...

La necesitaba como el aire para respirar...

—Me gusta mi trabajo y eso me hace feliz —contestó con una sonrisa triste que decía más que las palabras.

Nora tragó con fuerza. Le había hecho mucho daño con la ruptura, de eso era plenamente consciente, pero esperaba que lo superase y encontrara a una mujer que le diera todo lo que ella ya no era capaz.

—¿No has encontrado a nadie especial? —insistió.

Su corazón rogaba para que su respuesta fuese un no, pero su mente le dictaba que eso sería lo mejor.

Se merecía a una mujer completa, que pudiera amarlo como necesitaba... Ella dejó ese puesto por voluntad propia hacía mucho.

—No he tenido tiempo —contestó antes de beberse la copa de un trago. La conversación le estaba rasgando de arriba abajo—. ¿Y tú? —Ya puestos también podía preguntar, aunque no estaba seguro de querer saberlo.

—No.

Ahora fue ella la que se bebió la copa de golpe. Había contestado porque él estaba haciéndolo, pero no pensaba dar explicaciones.

—Nuestras carreras nos consumen, ¿verdad? —Luis excusó las respuestas, consciente de su mentira. No estaba seguro de la de ella.

Nora asintió con media sonrisa, dando gracias porque creyera eso.

—Me alegra que te vaya bien. Has trabajado muchísimo para conseguirlo —dijo de corazón. Era su sueño y lo había logrado.

—Los últimos años han sido una locura, sin fines de semana, sin vacaciones... pero ahora puedo elegir qué quiero hacer.

Otra mentira.

No tenía fines de semana porque no le apetecía ir de ligoteo con sus compañeros de proyecto, que se dedicaban a tirarse a todo lo que encontraban y se dejaba allá donde fueran.

Y no tenía vacaciones porque no quería tener tiempo para pensar. Si estaba sumido en algún proyecto, no tenía tiempo de curar la herida abierta y, si no tocaba la herida con recuerdos y planes fallidos para solucionarlo, podía sobrevivir más o menos, aunque todo eso no significaba tranquilidad mental.

Por las noches no podía dormir, se despertaba con pesadillas y alguna vez se había emborrachado hasta quedar inconsciente consiguiendo anestesiar su mente.

Regresando a la realidad, observó que ella había salido sin abrigo. Inmediatamente se quitó la chaqueta y se irguió lo suficiente como para poder colocarla sobre sus hombros.

—Gracias, pero no es necesario. Tengo que entrar.

—Aún se oye a Jaime gritar en el salón. No hay prisa —apreció tratando de retenerla un poco más. No quería que se fuera tan pronto. Deseaba seguir hablando y que aceptara salir a tomar algo más tarde.

Unos pasos irrumpieron en el jardín. Nora ladeó la cabeza a un lado y observó a su hermana caminar hacia ellos. Su vestido también brillaba bajo la luz de la luna.

—¡Al fin te encuentro! —exclamó antes de llegar a la mesa. Se percató demasiado tarde de que tenía compañía—. Perdón. Pensé que estabas sola.

Nora sonrió ante la disculpa. Era una soberana tontería. Su hermana sabía de sobra cuál fue su decisión respecto a Luis, aunque no la compartiera. No interrumpía nada.

—No seas tonta —dijo por respuesta señalando el hueco libre a su lado en el columpio.

Sara miró al hombre esperando que viera la disculpa en sus ojos, pero él tenía los suyos clavados en la copa vacía que tenía entre las manos. «Mierda», pensó sabedora de lo que quería a toda costa: volver con Nora y hacerla entrar en razón.

A ella le encantaba la idea, porque ya no aguantaba más a su hermana y su forma de afrontar la vida. Estaba perdiendo el tiempo, uno muy valioso que no se podía recuperar.

Lo que le había sucedido a su familia era algo espantoso que no debía haber sido así, pero no podía vivir en el pasado, ni permanecer en el dolor para siempre. Era joven, tenía un buen trabajo que le encantaba y una vida llena de posibilidades, ya fueran con él o no.

—En realidad también te incumbe, Luis —se explicó sonriente ante la idea que se le acababa de ocurrir.

—¿Qué es eso tan importante que me tenías que contar? —preguntó nada contenta porque también le influyera.

Sara tragó saliva rezando para que Nora no maldijera en todos los idiomas que se la ocurrieran en cuanto soltara el plan. Se preparó para los

gritos.

—Nos vamos a una casa en la montaña mañana por la tarde a pasar Reyes en la nieve. A Jaime le hace mucha ilusión y lleva dando la matraca con eso desde el año pasado.

Nora sonrió porque sabía de muy buena mano lo pesado que podía ser su sobrino cuando algo se le ponía entre ceja y ceja. Lo que no entendía era qué tenía que ver con ella. Acudir a cenar había sido un milagro y, para tan poco tiempo, no hacía falta regar las plantas o mirar el buzón.

—El tema es que... Jaime ha puesto varias condiciones *impepinables*, según sus palabras.

—A saber —suspiró Nora temiendo el camino que tomaba la conversación y, por supuesto, que la palabra clave era «imprescindibles», no «impepinables».

Sara miró a Luis en la oscuridad. Él no sabía por dónde iban las tornas, pero se temía que, de un momento a otro, un huracán barrería el jardín de punta a punta.

—La primera: que fuese en la nieve y en una cabaña, así que nos vamos a los Pirineos. La segunda: que fuese en Reyes, por eso la fecha, y la tercera... que tenía que venir la tita Nora.

Tenía claro que algo difícil le iba a proponer desde el mismo momento en que su hermana había mencionado que era idea del crío. Lo que su sobrino hacía con ella no tenía nombre. ¿Cómo se le podían ocurrir tantas cosas que no quería hacer en tiempo récord?

—Lo siento, pero no... La celebración de hoy ha sido suficiente por este año... —contestó aterrada.

Había sido una tortura psicológica aguantar la velada. No estaba preparada para pasar por ello de nuevo de forma inminente.

Luis se percató de su miedo y, obviando sus palabras para darle tiempo a reponerse, intervino.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

Sara suspiró para contestar. Jaime se iba a llevar un buen disgusto cuando se enterara de su negativa.

—Diego quería invitarte, pero no ha tenido tiempo. Pensaba pasar más tiempo contigo por si te marchas pronto.

Era mentira. Diego no había pensado nada de eso y sabía de sobra que se quedaba en la ciudad, pero, en cuanto se lo confesara, iba a decir que había hecho lo correcto.

—Contad conmigo. Hace mucho que no tengo tiempo libre y tenemos que ponernos al día —aceptó encantado y esperanzado con que ella cambiase de opinión.

Sara asintió con sonrisa triste. Estaba segura de que vendría en cuanto se lo propusiese, pero no era la persona a la que esperaba su hijo.

Rezando por un milagro, miró a su hermana fijamente.

Nora no daba crédito. No solo su sobrino quería hacerle pasar sus fechas de duelo divirtiéndose, sino que encima iba a estar todo el grupo al completo. Luis incluido.

Definitivamente no. Era demasiado en tan corto espacio de tiempo.

—Tengo que irme. Pasadlo bien en la nieve.

Se levantó como un resorte del columpio, haciendo que su hermana se tambaleara sobre él. Tenía que salir de allí antes de que su mente se bloqueara con tantas emociones.

Los amigos se miraron, mientras escuchaban los pasos de Nora alejarse hacia la casa.

—Lo siento, Luis.

—Era una apuesta perdida antes de intentarlo —contestó cogiendo con cariño una mano de la mujer entre las suyas.

—¿Alguna vez podrá ser feliz? —preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo sé, Sara... Cada día lo deseo, aunque no sea conmigo...

## CAPÍTULO 5

Nora entró en la casa como una manada de elefantes.

Tenía que salir de allí urgentemente. Incluso no volver en un tiempo.

Cuando estaba a punto de marcharse, abrigo y bolso en mano, Jaime apareció en el umbral de la puerta del salón.

—¿Te vas? —preguntó el pequeño con tono triste.

La mujer no sabía muy bien qué hacer, solo era un niño inocente que no tenía la culpa del accidente tan cruel que sufrieron sus abuelos años atrás, pero ella no era capaz de sobrellevarlo como debía.

Para colmo, la puerta de salida acababa de quedar bloqueada por la incorporación a escena de su hermana y Luis, que regresaban del jardín, y su cuñado, que había acudido a ver qué ocurría.

La joven, viéndose acorralada, miró a todos y cada uno de ellos, leyendo muchas cosas en sus ojos. La mayor parte nada buenas.

Regresando al pequeño, se situó frente a él para hablarle.

—Sí, cariño. Tengo que trabajar mucho mañana —mintió dedicándole toda su atención.

—¿Para poder venirme a la nieve? —preguntó ilusionado, atando sus propias ideas en la cabeza. Que ella fuera era uno de sus requisitos «impepinables».

No sabía dónde meterse. Decir a su hermana que no era una cosa, pero decírselo directamente al niño...

—Verás, Jaime —comenzó cautelosa, arrodillándose frente a él mientras le acariciaba la mejilla. Siempre intentaba ponerse a su altura para hablarle—, no voy a poder ir a la nieve. Tengo mucho trabajo y un plazo para entregarlo... Lo siento, cariño.

El crío no dijo nada, solo miró a su tía unos segundos que fueron eternos, envueltos en un silencio sepulcral matador, hasta que los ojos amenazaron con derramar un mar de lágrimas y salió corriendo escaleras arriba.

No había salido bien. Nunca habría acertado con las palabras adecuadas, porque un niño tan pequeño no entendía de trabajos, ni de excusas. Solo quería pasar unos días especiales y requetegeniales con su familia... Con toda la familia...

Nora suspiró mientras se incorporaba. Estaba mal lo que le había dicho, pero no podía evitarlo. No estaba preparada para tantos cambios inesperados.

Había caminado un paso escaso cuando Sara se acercó a ella con los labios apretados.

Estaba muy enfadada. Al límite de la furia.

—No le mientas más, ¿me has oído? No se te ocurra mentirle nunca más en tu vida o yo te diré lo que duele de verdad —siseó señalándola con un dedo amenazante. Nora se quedó clavada en el sitio. Nunca le había hablado así. Diego cogió el brazo de su mujer para calmarla. No era el momento ni el lugar, tenían invitados. Sara se soltó de un tirón llena de rabia. Él no insistió—. Si no quieres venir, perfecto, pero apártate de él. No quiero que lo veas, no quiero que hables con él, ni que le regales nada. Sigue en tu puñetero mundo de dolor, regodeándote en la jodida pena, y deja que los demás vivamos nuestra felicidad en paz. Sobre todo él... Solo tiene cuatro años...

Nora no sabía qué decir. Se mantuvo con la mirada fija en su hermana mayor aguantando el chaparrón como pudo.

—¿Qué te crees?, ¿qué los demás no los echamos de menos? Pues entérate, ¡mucho!, ¡muchísimo a cada segundo! ¿O piensas que ha sido fácil criarlo sin mamá? —confesó bajando la voz aunque el pequeño ya no estaba allí—, ¿sin sus consejos?, ¿explicándole que sus abuelos maternos están en el cielo y que por eso solo tiene dos y no cuatro como el resto de sus amigos? O mejor todavía —siguió explotando con todo lo que había guardado dentro durante tanto tiempo—, mintiéndole porque no queda otra, para que entienda por qué su tita Nora no viene el día de Papá Noel o Reyes.

A Nora le temblaban las piernas y el corazón se le desgarró más de lo que estaba.

No podía evitar lo que sentía, pero no se había parado a pensar que a los

demás les sucediera lo mismo. Se esforzaban para no sumirse en la tristeza y hacer la vida más fácil a los que les rodeaban.

—Cada momento especial es un suplicio. Cada día pienso en mamá y papá, pero también veo a mi hijo crecer, jugar, reír... a mi marido besarme cada mañana y cada noche... —Cogió aire limpiándose una lágrima rebelde—. Sé que no tienes tantas cosas a las que aferrarte, pero es porque tú lo quisiste así. Te apartaste de todo y de todos... Ahora no nos hagas pagar a los demás —finalizó abriendo la puerta de la calle de par en par para que se marchara. Era lo mejor.

Nora caminó sin decir palabra. Había descubierto muchas cosas de su hermana que desconocía y estaba bloqueada.

Era consciente de que su camino también había sido doloroso, pero nunca se paró a pensar en cuánto...

Jamás se lo había contado...

Estuvo a punto de preguntar por qué nunca habían hablado de ello, pero no lo hizo. Probablemente lo habría intentado, pero su depresión continua y la tristeza que arrastraba se lo habrían impedido para no empeorar la situación.

Una vez fuera, oyó cómo la puerta se cerraba con un estruendo que hizo temblar el marco de madera que la sujetaba.

Rápidamente se puso el abrigo y se apresuró todo lo que pudo hacia el coche. Necesitaba salir de allí.

Estaba a punto de coger el mando a distancia de su bolso para abrir el vehículo, cuando oyó pasos rápidos tras ella.

No quería hablar con nadie, solo irse a casa, abrir una botella de lo que fuera y bebérsela hasta perder el conocimiento.

Su voz profunda llamándola le erizó la piel.

—Vete —le exigió justo cuando accionó la apertura a distancia sin dedicarle ni una mirada.

—Espera, por favor —insistió Luis cogiéndola de la cintura para que no escapara.

Nora estuvo a punto de caer en sus brazos y llorar como seguramente lo hacía su sobrino en su habitación, pero no podía flaquear en eso. No con él.

—No quiero hablar —se esforzó en decir con el tono más sosegado que

pudo.

—No tienes que hacerlo, solo quiero acompañarte y asegurarme de que llegas bien a casa.

Lo miró un par de segundos. Él siempre sabía lo que necesitaba, contestaba lo que mejor le convenía a su maltrecho estado de ánimo y la consolaba como nadie podría hacerlo jamás. Solo lo conseguía su madre...

Pensó en lo que antaño le hubiese gustado su plan. Conducir en el silencio cómodo que te proporciona estar con la persona que más quieres y mejor cura tu corazón.

Abrió la puerta del todoterreno a la vez que cogía aire para huir de su lado cuanto antes. Él siempre sería esa persona para ella...

No se lo permitió, la giró de nuevo para que lo mirase a los ojos.

—Estás temblando y muy nerviosa. No creo que sea buena idea conducir... Por favor, hazme caso aunque solo sea por esta vez. Si te pasara algo... —«me moriría», pensó aterrado, pero no fue capaz de pronunciarlo. Siempre tenía la sensación de que estropearía cualquier posibilidad por mínima que fuera de recuperar su relación si le contaba sus sentimientos antes de tiempo—... Sara no me lo perdonaría —explicó en lugar de la verdad.

Nora apartó la mirada. Las palabras habían sido claras, pero sus ojos decían otra cosa. Estaban llenos de promesas a las que ella no era capaz de corresponder como habría hecho años atrás... como él esperaba...

Aunque lo intentara, había cosas que eran imposibles de ocultar para ninguno de los dos.

Pero él era con la única persona con la que podía hablar del tema en ese momento y... quisiera o no, tenía razón.

—Nunca me contó nada, ¿sabes? Jamás ha hablado conmigo de todo eso —confesó abrumada por los acontecimientos, con la vista puesta en la casa de la que acababa de salir.

Luis le levantó el rostro con un gesto suave de su mano para que lo mirase, deseando decirle muchas cosas que había pasado por alto en los últimos años, pero se las calló. No estaba preparada. Debía mantenerla a salvo.

—Déjame llevarte a casa —fue su respuesta mientras sus ojos suplicaban

un sí. Si comenzaba a hablar allí del tema, acabarían discutiendo, no le dejaría llevarla a casa y no la volvería a ver.

Resignada ante la falta de respuesta, aunque agradecida de que no la echara de su vida de una patada como Sara, montó en el coche y dejó que condujera hasta su piso.

Sara sabía que Luis iría tras ella.

Le había dolido en el alma hablarle así a su hermana. Lo había evitado durante los últimos cinco años, pero, cuando la escuchó mentir a Jaime sin ni siquiera intentar acudir a ese viaje que tanta ilusión le hacía, sin esforzarse en ello ni un segundo, no pudo más...

Desde la habitación del pequeño, tratando de apaciguar su lloro sosteniéndolo en brazos frente a la ventana, observaba a la pareja.

Aquel hombre no iba a cejar en su empeño, aunque ella le había repetido hasta la saciedad que Nora no le dejaría ser feliz y mucho menos le daría lo que necesitaba. Mientras su mente continuara reviviendo aquel día en bucle continuo y no dejara pasar todas las fases de duelo y dolor hasta asumir la pérdida como debía, nunca sería capaz de volver a amar.

—Mamá —preguntó el niño sorbiendo por la nariz, mirando también la escena—, ¿por qué la tía no quiere ser feliz?

Sara acarició su espalda mientras dejaba un beso en su cabello. Esa era la pregunta del millón y hasta el chiquillo se había dado cuenta.

—Tiene miedo, cielo.

No contestó durante un rato. Respiró profundamente, se sorbió la nariz de nuevo y pensó la respuesta a conciencia.

—Si le dejo a *Punky*... ¿tú crees que se le pasará? —propuso hablando de su elefante de peluche. Dormía con él desde que era bebé y jamás se habían separado. Aquella propuesta suponía un esfuerzo y sacrificio sin precedentes para él. Sara sonrió.

—No creo que *Punky* pueda solucionarlo —le aclaró incorporándolo un poco para poder mirarlo a los ojos—, pero es un detalle precioso, Jaime. Es tu mejor amigo.

—Y la tía es mi mejor amiga —contestó con rotundidad. Sara tragó. Él la adoraba y haría cualquier cosa por ella—, después de ti, claro —añadió con

media sonrisa pícaro.

La mujer sonrió feliz de que el disgusto se le fuera pasando y estuviese comprendiendo la situación a su manera.

—Lo sé, tesoro. La quieres mucho y ella a ti, nunca lo olvides —le explicó sentándolo sobre la cama para quitarle los zapatos.

—También es tu mejor amiga, mamá... Lo sé...

Sara asintió sintiendo la emoción en la garganta.

Levantó la vista para mirar a los ojos de su hijo. Estaba observando cómo Luis la cogía de la cintura y por fin entraban juntos en el coche. De nuevo los labios se curvaron hacia arriba de alegría. Los de ella también.

—El tío Luis lo arreglará —sentenció volviéndose hacia su madre—. Él la quiere casi más que nosotros.

La mujer enarcó las cejas, sorprendida.

El niño lo conocía, por supuesto, y le habían contado que hacía mucho habían sido novios, pero nunca les había visto juntos hasta hoy.

—¿Y tú cómo sabes que la quiere? —preguntó dándole un suave pellizco en la mejilla, sin aclarar que no era su tío aún.

—Porque sonrío cuando la mira sin que ella se dé cuenta.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es lo mismo que haces tú —Sara arrugó el ceño. Era cierto. Jaime sonrió ampliamente antes de seguir—, te he visto por el espejo y los cristales... y también miras así a papá. —La mujer afirmó emocionada secándose una lágrima rebelde—. No te preocupes, mamá, todo saldrá bien.

Sara abrazó a su pequeño.

La situación con su hermana era un tema preocupante que la tenía siempre nerviosa cuando se acercaban las celebraciones familiares. Jaime cada día se daba cuenta de más detalles y era urgente que Nora reaccionara.

Era cierto que Luis la quería, nunca había dejado de hacerlo aunque había intentado rehacer su vida en varias ocasiones sin conseguirlo, ya que no le había puesto mucho empeño al tema.

Lo iba a intentar. Ya lo habían hablado y era la última esperanza para que Nora cambiara su rumbo. Si él no lo lograba, era probable que ya no fuera capaz...

—Todo saldrá bien, cielo —contestó apretándole contra su pecho,

mientras las lágrimas se derramaban por sus mejillas. No había nada que deseara más que la felicidad de su hijo, su marido y su hermana—. Todo irá bien.

El camino hasta la casa de Nora transcurrió en ese silencio que ambos añoraban. El que mantuvieron en muchas ocasiones cuando las palabras no eran necesarias.

Frente a su apartamento, con Luis junto a ella parando el motor, pensó que quizá no había sido tan buena idea que la acompañara. Los sentimientos se removían y mezclaban.

Necesitaba estar sola, pensar cómo iba a arreglar el tema con su hermana y sobre todo con Jaime. De momento no había espacio para nada más.

Lo había estropeado todo.

La velada se había desarrollado mejor de lo que esperaba hasta que su hermana apareció con el dichoso plan...

Si quedaba algo a lo que aferrarse, lo había destrozado negándose a ir a ese viaje.

Luis la observaba, igual que había hecho todo el camino, en silencio, solo roto por las indicaciones para llegar a su casa.

Comprobó que era cierto que había regresado a sus raíces, al barrio que la vio nacer y donde tantos días había ido a buscarla para estar juntos.

Siempre había tenido información de primera mano. Diego y Sara le mantenían al corriente sobre ella. A veces porque preguntaba directamente, otras porque de forma inconsciente le daban esa información al contarle detalles de sus vidas como buenos amigos que eran.

—Carabanchel —afirmó mirando alrededor con una punzada de añoranza.

Estaban frente a un grupo de casas de nueva construcción cerca del colegio en el que había estudiado.

—Mi vida siempre ha estado aquí. No tenía por qué irme a otro sitio.

Así era. Su vida siempre había estado allí y durante mucho tiempo él también fue parte de aquella zona humilde de Madrid llena de gente trabajadora.

—Siempre has pertenecido a este barrio. No me ha extrañado que vivas

aquí —apreció con sinceridad.

Nora perdió su mirada en el horizonte desvinculándose de la conversación. Al final de la calle se veían las luces de los adornos navideños que decoraban la avenida principal. Antes paseaban juntos para verlos...

Cuando fueron a leer el testamento de sus padres, la decisión fue clara. Venderían la casa familiar. Ninguna de las dos quería conservarla. Demasiado doloroso. Así que, tras un tiempo buscando un comprador, consiguieron venderla.

Sara ya vivía a las afueras junto a su marido Diego, pero ella aún lo hacía con sus padres.

El plan era irse con Luis para llevar a cabo sus prácticas de arquitectura a Nueva York. Había conseguido una beca para realizarlas en una de las empresas más prestigiosas del mundo, viaje que aprovecharía para perfeccionar su inglés y llenar su mente de ideas para el desarrollo de la decoración de escaparates y espacios comerciales. Desde allí irían donde el destino los llevase, pero nada de eso se cumplió... al menos no para ella...

Tras el entierro, dejó a Luis, se compró su piso y comenzó a trabajar por su cuenta de escaparatasta a tiempo completo, cuando su depresión se lo permitía... También hubo muchos días en los que no salió de la cama, además de visitar psiquiatras, ingresos en clínicas especializadas... y otros en los que se excedió tanto que ni se acordaba de ellos. Estaba viva de milagro.

Él intentó hacerla entrar en razón; muchas veces, no se rendía, pero ella se encargó de ponérselo difícil, hasta que se cansó de intentar lo imposible.

Con un dolor que jamás pensó sentir, se apartó de su vida e intentó vivir la suya a duras penas.

—Entonces, ¿qué te extraña? —preguntó curiosa secándose una lágrima rebelde causada por los recuerdos. Hacía mucho tiempo que no sabían el uno del otro, que no se veían, ni hablaban... Eran otras personas que en muchos aspectos ya no se conocían.

—Que no quisieras vivir en la casa de tus padres. Siempre pensé que no serías capaz de venderla y te quedarías allí —contestó disimulando la pena que le causaba ver que la tristeza de Nora seguía tan viva como cinco años atrás. Esa lágrima no había pasado desapercibida a sus ojos aunque lo intentara.

Tenía razón. Estuvo a punto de hacerlo, pero por aquel entonces, incentivada por su hermana, visitó un par de veces a un psiquiatra. Después vendrían otros...

En un momento de lucidez tras la breve terapia, pensó que aquel médico tenía razón y era mejor no alimentar la pena en un lugar donde, cada día y a cada segundo, estaría recordándolos.

Todo estaba impregnado de su esencia, de las huellas que en cada rincón iba dejando la vida... Una vida que había sido truncada por un borracho irresponsable...

Embaló todo, alquiló un trastero y guardó su vida bajo llave.

—Estuve a punto —contestó cogiendo aire.

—Me alegra saber que fuiste valiente y lograste dar ese paso tan difícil.

Luis no quería ni pensar cómo habrían sido esos años si no hubiese salido de allí... Podía ser mucho peor de lo que veía.

Nora no lo miró. Ni siquiera respiró... La conocía a fondo. Lo conocía todo...

Sinceramente tampoco estaba preparada para mantener una conversación sobre esto con él, aunque sería más fácil que con cualquier otra persona. Era complicado...

—Gracias por traerme. No has cambiado nada... —se despidió abriendo la puerta del coche para bajar.

—Lo he hecho porque he querido, no porque era lo correcto —contestó sabiendo a qué se refería con esa última frase.

—Lo sé...

Sus miradas se cruzaron y durante unos segundos se entendieron sin palabras. No hacían falta.

Ambos se seguían queriendo, comprendiendo como antes y manteniendo esa conexión inexplicable que a veces une a las personas para siempre y no se puede desconectar a pesar de todo.

—Puedes llevarte el coche, no lo necesito. Ya me lo devolverás —propuso intentando dar por zanjado el encuentro. Cuanto más tiempo permanecían juntos, más se avivaban los sentimientos.

—Mañana a la hora de comer —propuso a la aventura con rapidez. Había sido una noche demasiado ajetreada psicológicamente y entendía que

necesitara poner su mente ya de por sí maltrecha en orden, pero no iba a dejarla escapar—. Come conmigo.

Nora resopló incapaz de ocultar sus sentimientos. Otro día señalado en el que solía ocultarse se tornaba movido.

—No salgo en Año Nuevo, Luis... En otro momento —se excusó con voz triste.

—No hace falta que salgas. Solo he dicho que comas conmigo — continuó decidido—. Además, no vamos a celebrar Año Nuevo. Celebraremos que dos amigos se reencuentran después de mucho tiempo.

La mujer negó con la cabeza mientras bajaba la vista a su pequeño bolso de mano. Tenía salidas para todo. Siempre las tenía...

—De todas formas tienes que comer, ¿no? —insistió con sonrisa seductora—. Yo lo prepararé todo. Solo tendrás que dejarme entrar.

Sonrió cerrando los ojos para controlar sus emociones. Sabía leer entre líneas perfectamente cuando le hablaba y aquella propuesta ocultaba mucho más.

—Siempre tendrás las puertas de mi casa abiertas. Nunca dudes de eso — aclaró inclinándose para dejar un suave beso en su mejilla.

—Lo sé —se atrevió escuetamente a contestar mientras recibía esa muestra de cariño inesperada.

Inhaló su perfume, el aroma que siempre desprendía para él, solo para comprobar que no había cambiado. Así era... y su efecto para sus sentidos, tampoco.

Deseó besarla, deseó tenerla entre sus brazos aunque solo fuese por unos minutos de rebeldía, pero, en lugar de eso, la dejó alejarse, bajar del coche y marcharse a casa.

## CAPÍTULO 6

Eran las cinco de la madrugada.

Nora seguía sentada en el sofá de su casa, en penumbra, con una copa de vino blanco Canei en las manos, la cubitera de hielo encima de la mesa con la botella vacía dentro y la mirada perdida en el gran ventanal que daba a la calle.

La cabeza era un torbellino de pensamientos, y el corazón, un cúmulo de sentimientos removidos sin piedad.

En el suelo, a sus pies, se podían ver un par de álbumes familiares abiertos. Fotos de Luis y ella felices en otra etapa de su vida se mezclaban con imágenes junto a su hermana, con sus padres, con Jaime...

Las lágrimas se derramaron mientras se bebía todo lo que quedaba de la copa de un solo trago y *Breathe again*,<sup>[4]</sup> de Sara Bareilles, inundaba el salón.

Una pareja a la que observaba desde hacía rato andando calle abajo de la mano acababa de detenerse por enésima vez para besarse, solo que ahora los gestos delataban que era diferente a las anteriores... Él le decía algo en el oído que desde su puesto de observación no podía escuchar, pero la chica le acariciaba el cuello sonriendo de forma sensual. Ese gesto poco a poco se fue difuminando por las palabras que escuchaba, hasta que cerró los ojos, se mordió el labio, apoyó la mejilla en la suya, le contestó también al oído y él la besó con pasión.

La cogió de la nuca con una mano, mientras con la otra apretaba su cadera contra la suya.

Ella, con calma, le pidió un minuto, sacó una llave del bolso, abrió la puerta y, con un tirón a la solapa de su traje, lo metió en el portal a oscuras.

Nora se secó las lágrimas levantándose a por otra botella. Estaba claro

cómo acabarían la noche. Ella ya no recordaba sentir ese momento... Había perdido apetito sexual... hasta hoy...

Otro día no le habría importado contemplar la escena. Ahora los envidiaba. Reencontrarse con Luis había reactivado su libido.

Le costó mantenerse erguida, pero agarrada al sofá consiguió llegar hasta el final del salón para pasar a cogerse al quicio de la puerta.

Buscó en la nevera otra botella fría para enterrar los sentimientos, solía tener varias, pero, cuando la tuvo en la mano, recordó la felicidad de Jaime al haber pasado un rato con ella en una fiesta tan especial, y automáticamente la dejó en el estante.

Si quería arreglar algo de lo que había roto horas antes, bebiendo no lo iba a lograr.

En otras circunstancias habría acabado con todas las existencias del frigorífico o hasta que se hubiese quedado dormida, pero ahora tenía una voz de la conciencia algo más fuerte: los recuerdos que le había regalado su sobrino esa noche.

Caminó a oscuras hasta la cama, dejando que la luz de la luna fuese la única que iluminara la habitación.

Miró el vestido que aún no se había quitado. Los diminutos cristales y lentejuelas brillaban.

Lo tocó con delicadeza, como un preciado tesoro, que lo era, que se fuese a romper.

—Mil luciérnagas en el jardín... —susurró a la nada, repitiendo la preciosa frase que le había dedicado Luis.

Sin desvestirse, se tendió de lado sobre la colcha negra, haciendo resaltar más su resplandor.

Y así se durmió, entre lágrimas y recuerdos antiguos mezclados con nuevos.

Luis arrancó el coche en cuanto la vio atravesar la puerta metálica principal y desaparecer por el gran recinto interior de la urbanización con jardín, piscina y parque infantil.

Necesitaba darse una buena ducha y tomar un trago para serenarse y aclarar las ideas...

Había intuido que la vería esa noche. Estaba seguro de que, por el niño, acudiría a aquella cena tan dolorosa, aunque Sara y Diego tenían sus dudas. Nora no querría nunca a nadie tanto como a Jaime. O al menos no de momento.

Siempre había creído que solo un hijo la haría despertar y, a falta de ello, Jaime era como si lo fuera.

Pero, aunque estaba concienciado y se había preparado psicológicamente para el encuentro, había sido demoledor.

Aparentemente había dominado la situación manteniendo a raya los sentimientos, pero, como se dice coloquialmente, la procesión iba por dentro.

Tras poco más de veinte minutos conduciendo, paró el coche frente a una puerta de acero negro, se bajó, introdujo la llave en la cerradura para accionar la apertura, ya que el mando a distancia estaba en su coche en la casa de Sara y Diego, y volvió a montar.

Entró a velocidad reducida en un camino de adoquines blancos rodeado de un impecable césped hasta llegar al acceso de un garaje. Detuvo el todoterreno y suspiró aliviado.

Con la serenidad que aporta estar en la seguridad del hogar, cerró los ojos unos segundos, pensando en lo diferente que era todo ahora, pero lo poco que había cambiado la situación, por no decir nada, desde que se marchó.

Se apretó el puente de la nariz con fuerza mientras *Memories*,<sup>[5]</sup> de Ne-yo lo golpeaba sin compasión. A veces el entorno era cruel...

Los abrió con pesar. Ante él tenía una preciosa casa de una sola planta vista, con paredes de cristal y luz tenue en su interior, que se activaba domóticamente cuando se accedía a la zona de aparcamiento, al igual que la iluminación del jardín.

La diseñó hacía mucho tiempo, pero, cuando todo sucedió, guardó el proyecto en un cajón...

Al confirmarle que regresaría a España en un plazo máximo de un año, activó su construcción en la parcela que adquirió con un dinero heredado de sus abuelos y que Nora ignoraba.

Nunca pudo contarle que su regalo del día de Reyes ese fatídico año era el comienzo del proyecto de construcción de la casa de sus sueños en aquel terreno donde comenzarían los cimientos de su futuro.

Sonrió recordando cómo lloraba emocionada cuando veía *El diario de Noa y Allie*, la protagonista, reconocía la casa de sus sueños en un artículo del periódico. La casa que Noa prometió que construiría con las ventanas azules, una sala para tocar el piano y una habitación para pintar como ella quería...

Nora solo deseaba tres cosas para la casa de sus sueños... Mucha luz, piscina a la que se pudiera acceder desde el dormitorio principal, con una zona de estar para las noches de verano, donde debía incluir una cama balinesa en un lugar especial para que no olvidaran lo que se amaban a pesar del paso del tiempo y a él...

Apretó los labios con tristeza...

Aquella casa no podía tener más luz... Le había construido un hogar con paredes de cristal y, para ocultarse de las miradas indiscretas o la luz en demasía del sol, había paneles que se deslizaban desde el techo con colores suaves y dibujos delicados, aunque predominaba el blanco.

La piscina, en la parte posterior del jardín, estaba rematada con suelo de madera alrededor, luces bajo el agua, tumbonas, un gran cenador con una mesa para pasar veladas juntos o en compañía de la familia o amigos y una cama balinesa preciosa traída de muy lejos con un grabado en la madera lleno de esperanza con sus iniciales.

Y él...

Él siempre había estado allí, incluso antes de pensar en aquel hogar... ¿Dónde iba a ir?

A aquella preciosa casa solo le faltaba ella...

Reuniendo fuerzas tras el dolor que le causaban todos aquellos recuerdos, observó el interior del vehículo. Estaba impecable, poco personalizado y sin nada destacado que le diera información adicional. Excepto la música...

Ella no era así...

Solo había un sello personal que permanecía impertérrito, igual que pasó con su propio coche cuando ella dejó de montar. Su perfume lo impregnaba todo...

Incapaz de inhalar una gota más por ese día, apagó el equipo de sonido, salió del vehículo, atravesó los escasos metros hasta la puerta principal, entró en la casa y fue directo al mueble bar del salón.

Se quitó la chaqueta, la dejó sobre el sofá color café, cogió un mando a distancia que había sobre la mesa, accionó el «Play» y la música inundó la estancia.

*Missin you*,<sup>[6]</sup> de Trey Songz, le hizo bufar, parecía que todo estaba confabulado contra él, pero no la quitó. Puestos a recordar, aguantaría el lote completo.

Con delicadeza, sacó una copa de boca ancha y echó cinco hielos. Los movió enfriándola bien, para después eliminar el agua sobrante. Sacó su botella de Tanqueray, sirvió la cantidad justa, posteriormente un toque de limón y hierbabuena y, para terminar, una tónica hibiscus Premium de color rosado.

No era un hombre bebedor, pero, cuando le apetecía un gintónico, se tomaba su tiempo en prepararlo a su gusto.

Se aflojó el nudo de la corbata mientras con la otra mano tomó la copa. Se sentó en el sofá contemplando las vistas a la preciosa piscina.

Nadie se podía hacer una idea de lo que había echado de menos a Nora en todo ese tiempo y lo doloroso que era seguir haciéndolo aun teniéndola tan cerca...

*I found my smile again*,<sup>[7]</sup> de D'Angelo, y su ritmo sensual lo noquearon...

Había perdido la cuenta de las veces que la había escuchado junto a ella, las veces que habían hecho el amor escuchándola de fondo en el coche...

Ahora no sabía cuántas había rememorado esos tiempos... Quizá más que las vividas en realidad...

Podía imaginarla delante de él, cantándola y bailando con movimientos sexis... los reflejos del agua de la piscina iluminada jugando con los cristales de su precioso vestido en la penumbra del salón, como la noche de la boda de Diego y Sara, cuando la miraba en el escaparate de la tienda...

Le dolía el alma de tanto que la echaba de menos...

No había mentido cuando le dijo que parecían mil luciérnagas. Lo eligió para regalárselo por ese motivo. Quería que lo llevara para su presentación en la empresa en Nueva York.

Nunca sucedió.

Fue solo a ese evento, aunque ella estuvo en su mente a cada segundo.

Le habría encantado aquel ático decorado con luces diminutas, velas y flores blancas colgadas en guirnaldas mientras disfrutaban de las vistas de Manhattan y de su admirado edificio Chrysler.

Al verla con él puesto, le había dado un vuelco el corazón.

Como esperaba, estaba preciosa y le sentaba como un guante. Creyó que jamás pensaría en ponérselo después de lo que pasó. Había sido una gran sorpresa.

Con la copa en la mano, se encaminó al baño principal en su habitación, activó la bajada de los paneles de toda la casa, se bebió de un trago lo que quedaba del licor, se desnudó y entró en la ducha.

Necesitaba despejarse para intentar dormir un poco.

Cebarse en el pasado no era bueno para nadie. A él también le atormentaba y cada vez pasaba de la nostalgia a la rabia y el enfado con más facilidad.

Tampoco quería pensar demasiado en lo que le depararía el día siguiente.

Esperaba pasar unas horas con ella y hacerla disfrutar de una comida relajada. Tenía todas sus esperanzas puestas en conseguirlo. Podría ser el principio de una nueva oportunidad, pero para ello debía descansar y dejar de recordar.

El pasado es algo que no tiene solución. Lamentarnos en lo que podríamos haber hecho o dicho no tiene sentido, no lo podemos cambiar. Hay que mirar al frente, pensar en el futuro, por supuesto, pero lo más importante es disfrutar de las oportunidades del presente.

La noche que el destino los golpeó y destrozó su relación, les enseñó que la vida no son los planes, ni las ideas para más adelante, tampoco guardar las cosas para mañana. Cuenta hoy. Ahora.

Tras el entierro, cuando ella lo apartó de su vida, solo pensaba en todos los besos que no le había dado, en las veces que no habían hecho el amor, en las discusiones por cosas sin importancia en las que habían perdido el tiempo...

Desnudo tras salir de la ducha y secarse ligeramente, se metió en la cama, se tumbó bocabajo y cerró los ojos pensando en dormirse rápido como hacían los niños al decirles que, si los Reyes Magos los pillaban despiertos, no habría regalos.

Cuando por trabajo estuvo un tiempo en Japón, conoció un arte llamado *kintsukuroi*, que consiste en rellenar las grietas de un objeto roto con oro o plata, en lugar de ocultar ese defecto.

En su cultura creen que, cuando algo ha sufrido daño, tiene una historia y se vuelve más hermoso. Por eso dejan que los defectos se aprecien, prueba de la imperfección y la fragilidad, pero también de la resiliencia; la capacidad de recuperarse y hacerse más fuerte.

Luis esperaba ser capaz de recuperar el tiempo perdido, reconstruir a su preciosa Nora y rellenar los huecos entre sus pedazos con un material más poderoso que el oro, el amor.

Solo quería ese regalo por Navidad e iba a luchar por conseguirlo.

## CAPÍTULO 7

La insistencia del timbre de casa hizo que Nora se levantara de la cama.

Con urgencia, salió de la habitación a oscuras debido a la programación de sus persianas para que se accionase el cierre automático y no le molestara la luz solar.

Estaba acostumbrada a trabajar durante la noche cuando no podía dormir y odiaba tener que levantarse a cerrarlas cuando el sol salía. Luis siempre le hablaba de ese sistema tan cómodo, así que ahorró lo suficiente para instalarlo.

Un nuevo timbrazo sonó justo cuando abría la puerta de un tirón sin mirar siquiera de quién se trataba.

—¿Se puede saber dónde está el fuego? —preguntó molesta por la insistencia.

Luis la observó sin decir nada.

Vestía con la misma ropa de la noche anterior. Su pelo estaba enmarañado, el maquillaje, difuminado en su cara, y los ojos, hinchados y entrecerrados.

Al parecer las cosas habían cambiado poco aunque los años pasaran.

Sonrió sin dar importancia a su aspecto, levantó las bolsas repletas de comida y, sin pedir permiso, entró.

—Servicio a domicilio, señorita. ¿Dónde dejó su pedido?

Nora lo miraba sin creer que de verdad hubiese aparecido a comer.

Después de tanto daño como le había hecho, seguía tratándola con cariño, arreglando sus peores momentos y tan galante que daban ganas de llorar.

—En la cocina —balbuceó incapaz de decir más.

Luis se encaminó en la dirección que ella señalaba con la mano, mientras con la otra cerraba la puerta.

Suspicaz, miró con disimulo su alrededor.

En el salón se veían cosas por el suelo, una cubitera de hielo con una botella y una copa vacía.

En la cocina, sobre la encimera, había un precinto de una botella de vino y un tapón.

No hacía falta ser adivino para saber lo que había estado haciendo. Él había hecho algo similar.

Nora le observaba sacar cosas de las bolsas desde la puerta sin saber qué decir. No eran formas de recibirlo, pero él parecía no darle importancia.

Le vio abrir el frigorífico para meter la botella de vino rosado que había traído y cómo, durante unos segundos, no supo dónde colocarla. La nevera estaba llena de ellas.

La mujer cogió aire, cerró los ojos y esperó el sermón igual que sucedía cuando venía su hermana con Jaime y quería guardar algo para el peque que necesitara frío.

—Bueno, esto ya está —afirmó Luis mirando de soslayo su rostro. Estaba avergonzada y le dolía haber causado ese sentimiento. Debería haber llamado y avisar que iba de camino, pero le dio miedo que huyera, arrepentida, antes de llegar—. Voy a preparar el aperitivo. Necesito la cocina —explicó divertido intentando hacer que se sintiera mejor—. Tú pon buena música, haz lo que tenías pensado y, cuando esté todo, comeremos.

Nora, a quien hacía mucho tiempo que nadie le hablaba con tanto cariño y comprensión, ahogó las lágrimas como pudo, se acercó hasta él, le besó en la mejilla con un «gracias» susurrado en un hilo de voz y desapareció en su habitación.

Luis se quedó congelado en el sitio con el cosquilleo de ese beso en la piel y el resentimiento de no haberla cogido por la cintura para besarla como deseaba.

La música de *Magic*,<sup>[8]</sup> de Robin Thicke, sonó sacándolo del trance.

Nora entró en el baño con lágrimas derramándose por sus mejillas, abrió la ducha y se metió en ella tras despojarse del vestido con delicadeza.

El hombre al que más había querido en su vida estaba en la cocina de su

casa, preparándole la comida e ignorando lo que sin duda había visto, solo para intentar no empeorar las cosas y que se sintiera bien.

Sin detenerse en demasía para arreglarse, apareció tras veinte minutos. Llevaba su largo pelo suelto y húmedo, ligero maquillaje en el rostro, un vestido granate de tela vaporosa ajustado bajo el pecho e iba descalza.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó en la puerta de la cocina observando cómo tarareaba *Sidestep*,<sup>[9]</sup> otra canción de Robin.

Luis se giró al oír su voz.

Estaba preciosa con su belleza natural ligeramente acentuada por el maquillaje sutil y ese color cereza de su vestimenta.

Sonrió negando con la cabeza. Ella se la devolvió y se encaminó al salón. Quizá él no había tenido tiempo de husmear por allí y podía esconder su tristeza antes de que la viera.

La mesa estaba puesta. Dos velas encendidas presidían el centro.

Miró alrededor. La cubitera de hielo había sido enjuagada y rellenada con una nueva botella de Canei, en este caso rosado.

Los álbumes de fotos descansaban sobre la pequeña mesa frente al sofá perfectamente ordenados.

Demasiado tarde.

Con delicadeza, los recogió y, un poco avergonzada, los colocó en un estante sobre el equipo de música sin dejar de tararear la canción para disimular.

Cuando se giró, lo tenía detrás.

Se asustó. No lo esperaba tan cerca y por poco tira la copa de vino que le ofrecía.

—Lo siento —se disculpó él, tendiéndole con tranquilidad la bebida.

Nora la recogió ocultando el temblor de su cuerpo.

Hacía mucho tiempo que no estaban a solas y su proximidad la tenía con los nervios a flor de piel.

Psicológicamente estaba débil y debía reaccionar para manejar la situación lo mejor posible. No esperaba que todos sus sentidos despertasen de forma tan brutal al tenerlo de vuelta. Estaba desconcertada por lo que su cuerpo y corazón sentían, llevando la contraria a su cabeza.

—Tranquilo. No estoy acostumbrada a tener compañía en casa —confesó

sin importarle todo lo que aquellas palabras decían. No lo podía engañar y no iba a perder el tiempo en intentarlo. Así era ella ahora y no se iba a esconder de nadie—. Suelo estar sola.

Luis la observó mientras bebía de la copa.

La tranquilidad con que le contaba su intimidad le extrañó, pero era buena señal. Estaba siendo sincera.

Tampoco le pedía explicaciones sobre lo que había visto y eso era un voto de confianza que, aunque costaba, quería demostrarle para que se sintiese bien con él.

—¿Trabajas en casa? —preguntó tratando de entablar una conversación interesante y amable, aunque sabía todo sobre ella gracias a Diego.

—Sí —le contó señalando el pasillo—. He montado un pequeño despacho.

Nora se encaminó hacia su habitación de trabajo, contenta de tener una distracción. La siguió.

Estaba decorada en blanco, con una gran ventana sobre el escritorio que daba a la piscina y el jardín del edificio.

Un ordenador de sobremesa, un portátil, una tableta, una torre de cajones transparentes llenos de rotuladores de colores, pinturas, pegatinas, figuras de fieltro diminutas y todo tipo de material de papelería.

Sobre la mesa impoluta, una agenda grande y otra para el bolso sobre ella, un par de cuadernos, varios USB y cargadores para los aparatos electrónicos.

—¿Qué tal te va? ¿Has creado un sello propio? —indagó.

La joven se volvió para mirarlo apoyándose en la mesa. Le había costado mucho sacar adelante su proyecto, pero lo había conseguido. Era lo único que había logrado mantener a flote en todos estos años.

—La ventana de Nora —contestó con sonrisa orgullosa.

Luis enarcó las cejas mientras con media sonrisa asentía complacido.

Ella creaba los escaparates y los espacios para las firmas que la contrataban mirando por esa ventana que había tras ella. No podía ser más apropiado.

—Enhorabuena. Te mereces el éxito, Nora.

Aquella frase estaba cargada de orgullo, amor y admiración, lo sabía. Él había apoyado cada paso y decisión en su carrera, fuera acertado o no.

—Gracias —susurró bajando la mirada.

Luis notó la tensión que aquella simple frase le había causado y con rapidez cambió de tema. Era pronto para discutir.

—¿Tienes hambre?

Nora asintió agradecida.

Con maestría, Luis sirvió un aperitivo templado de queso de cabra acompañado de mermelada de tomate, con un toque de orégano que sabía que a ella le encantaría. Después tomaron una lubina al horno especiada con un aliño de limón, aceite de oliva, ajo tostado y un ligero toque de guindilla.

—Está buenísimo, Luis. Recuerdo que cocinabas muy bien, pero te has superado —felicitó al hombre de corazón. La comida estaba exquisita.

—Me fallan los postres —se excusó arrugando la nariz antes de regalarle una gran sonrisa.

—Ya sabes que, con un buen helado de chocolate o menta con chocolate negro, está solucionado.

A Luis le brillaron los ojos. Cuántas noches habían pasado por el supermercado antes de que cerraran o por una gasolinera veinticuatro horas a por el helado que tanto les gustaba compartir.

—Lo sé —afirmó levantándose mientras la miraba con los ojos entrecerrados y un gesto en su rostro cargado de recuerdos.

Nora aguardó en silencio con imágenes en su mente de ambos juntos con uno de aquellos helados.

No hubo ni una sola vez que no hubiesen acabado en la cama...

La música de J. Cole y su *Wet Dreamz*<sup>[10]</sup> hablando de sexo no ayudaba nada.

Él regresó con una tarrina de helado de menta con trocitos de chocolate negro.

—¿Me acompañas? —pidió ofreciéndole una cuchara grande.

No se podía negar, ella era la culpable de que apareciera con el helado sin servir y dos cucharas soperas. Tenía la convicción de que así sabía mejor y a él le encantaba pegarse por una cucharada.

—Solo si me dejas sujetar la tarrina —contestó divertida por primera vez en mucho tiempo. Con él no tenía que esconderse. Sin caretas. La conocía mejor que ella misma.

Con una amplia sonrisa, colocó un par de copas de vino en la mesa baja frente al sofá, otra botella de Canei muy frío en la cubitera y el helado.

Nora tomó asiento nerviosa.

Si algún hombre podía hacerle sentir de nuevo lo que provoca el amor, desde luego era él. Ya lo notaba... Siempre había sido él...

Abrió el helado, cogió una cucharada y lo probó. Estaba tan bueno como recordaba. Hacía mucho tiempo que no lo degustaba.

Incapaz de ocultar el placer que le provocaba comer aquel manjar, gimió.

Luis sonrió disfrutando al escucharla. Sin preguntar, metió su cuchara y se llevó un buen pedazo a la boca.

Nora lo miró mientras comía un poco más y se lamía los labios.

Sintió cómo los nervios le pinzaban en el estómago, el escalofrío, en la piel, y sus ojos sobre ella colmados de deseo. Como si el tiempo no hubiese pasado. Igual que antes...

*Last chance to dance*,<sup>[11]</sup> de Ekkah, y su ritmo sensual les acompañaba desde hacía un minuto como si de una broma se tratara.

Última oportunidad para bailar...

Desde luego que, lo que fuera que estuviese pasando, era la última oportunidad para ellos...

No se pudo contener.

Luis se acercó a ella y sin previo aviso la besó en los labios suavemente, sin prisa, con delicadeza.

Nora estaba quieta, con la sorpresa congelando sus reacciones.

Él no cejó en el intento. Continuó esperando que le devolviera el beso de verdad y no que solo se dejase llevar.

*Better off without you*,<sup>[12]</sup> de Aquilo, invadió el espacio. Nora no la esperaba...

Mejor sin ti...

Durante mucho tiempo había sido mejor sin él o eso había creído...

Ahora que lo tenía delante y la besaba esperando a que ella le correspondiera, provocaba que todo el amor que había sentido por él y había ocultado resurgiera sin compasión tras años esforzándose en ignorarlo para sobrevivir... Lo echó de su vida. Sin preguntar, sin compasión, sin escucharlo...

Fue una decisión unilateral que los destrozó a ambos, pero ella no podía darle lo que necesitaba... Su corazón estaba roto por la pérdida de sus padres y él se merecía algo mejor, a alguien con ilusiones, que le diera una familia y no arrastrara lastres tan pesados como los suyos.

Incapaz de no hacerlo, le devolvió el beso.

Su voluntad estaba resquebrajándose desde el mismo instante en que lo vio y aquel muérdago inoportuno hizo el resto.

Lo besó con fuerza, con deseo, aunque intentaba controlarlo.

Él intentó reprimir sus impulsos, pero se conocían tan bien que era complicado no dar el siguiente paso.

Con esfuerzo, se apartó de sus labios.

La respiración entrecortada de Nora y su rostro encendido le decían todo lo que necesitaba saber. Aun así, esperó a que lo mirase y, con sus ojos brillando como lo hacían, no le cupo duda de lo que sentía.

La mujer no esperó a que reaccionara. El tiempo muerto corría en su contra y era más que probable que saliera huyendo y se arrepintiera de estar con él.

Entonces fue ella la que no pidió permiso para volver a su boca, lamiendo sus labios, su lengua...

Se subió sobre él, acomodándose encima de sus caderas.

Estaba excitado y su miembro erecto pedía liberarse.

Gimió de placer en su boca al notarlo en su sexo apretado contra la ropa.

Se cogió de su cuello para sostenerse mientras se apartaba ligeramente para coger aire.

Solo se miraron unos segundos, ambos en silencio evitando decir algo inadecuado que estropeará el momento.

Luis la besó en el cuello, rompiendo la conexión por miedo a que descubriera la profundidad de sus sentimientos y huyera, mientras ella, jadeante, le desabrochaba la camisa y sin tregua buscaba la cremallera de su pantalón negro de vestir.

Le acarició los pechos sobre el vestido, descubriendo que no llevaba sujetador. Mordió ligeramente la tela allí donde el pezón estaba erecto, haciendo que se apretara más contra su pene, mientras rastreaba el cierre de la prenda para quitarle la parte superior del vestido.

La encontró al tiempo que Nora le bajaba la de su pantalón.

Ambos encontraron lo que buscaban.

Nora se colocó sobre su erección y le dejó entrar en ella con suavidad entre gemidos de placer, mientras él cogía sus pechos, acariciándolos con la lengua y las manos.

Al compás, comenzaron un antiguo baile que conocían bien, moviéndose buscando su placer, pero con la magia de entenderse para dárselo también al otro.

Luis dejó que Nora encontrase su orgasmo y, cuando estuvo satisfecha, la tumbó con un movimiento ágil sobre el sofá para colocarse sobre ella y buscar el propio. No tardó más que un par de minutos en llegar entre los ecos de los espasmos del de ella.

Con delicadeza, la colocó a horcajadas sobre sus caderas de nuevo para poder mirar su rostro y abrazarla sin que tuviera que soportar su peso. Nora se dejó.

Permanecieron en esa posición durante unos minutos.

Él, sin creer que hubiese sido tan fácil llegar hasta allí. Ella, con el miedo de no saber manejar lo que estaba por venir.

## CAPÍTULO 8

Estaba avergonzada.

Habían pasado cinco años... Ya no tenía ningún derecho sobre él.

Además, no debía poner su vida patas arriba otra vez. Ya tenía suficientes problemas con su hermana y su sobrino para añadir más.

Pero allí estaba, abrazándola como si nunca se hubiera ido, como si no le hubiese dicho todas aquellas palabras que tanto daño le hicieron.

Las lágrimas aparecieron sin pedir permiso, sin planearlo ni tiempo para impedirlo.

No quería que la viese así e intentó apartarse de él.

—No tienes que huir más. Lloro conmigo —rogó apretándola contra él con la esperanza de que así fuera.

Nora cerró los ojos con fuerza. Era imposible intentar marchar.

Lo abrazó. Muy fuerte.

Cada noche cuando se acostaba, estuviese agotada, borracha o lúcida, el último pensamiento era para él. Nada ni nadie podía cambiar eso, ni siquiera ella misma ni su hasta ahora férrea voluntad.

Luis rezaba para que no se volviese a desvanecer entre sus manos.

Desde que se habían encontrado, vivía una continua tensión esperando el momento en que escapara de nuevo, pero no llegaba... Tampoco una prueba segura de que no fuese a suceder.

*Søndag Morgen*<sup>[13]</sup> una canción instrumental de Ukendt Kunstner, amortiguó las lágrimas de ambos...

Cada día que no habían estado juntos había sido un calvario sufrido en silencio.

Luis nunca entendió por qué Nora lo apartó de su vida. Era muy duro haber perdido a ambos progenitores de forma tan brutal... pero ¿por qué separarte de tu pareja si no hay problemas graves que no se pueden subsanar?

Tenían planes. Se marchaban en busca de una vida mejor a la ciudad de las oportunidades, donde siempre habían querido ir. Nueva York. Él, a terminar de formarse como arquitecto, y ella, a estudiar la ciudad más cosmopolita del mundo para intentar comprender su éxito y mostrar un pedacito en su trabajo cuando regresaran a Madrid.

La apretó con fuerza contra él. Seguía siendo doloroso, aunque ahora estuviese contra su pecho... entre sus brazos por unos minutos.

Los primeros acordes de la guitarra de Antonio Vega en su canción *El sitio de mi recreo*<sup>[14]</sup> hicieron temblar a Nora.

Luis no se podía creer que el destino les regalase su canción especial. Era una sorpresa inesperada.

La mujer, tras unos segundos sin poder respirar, apretó el rostro contra su cuello, abrazándolo con fuerza mientras escuchaba la letra que tanto decía de ellos.

Él no quería explicaciones, ni siquiera una disculpa por los años perdidos, solo deseaba retomar la relación donde la dejaron, poder llevarla a la casa que le construyó, la que siempre soñó y donde estaba seguro de que sería muy feliz... serían muy felices... No quería seguir despertando cada noche añorando a quien debía compartir su cama.

—Nunca me marché. Siempre he estado aquí... esperándote... —confesó en un hilo de voz.

Nora no podía hablar. Intuía por su comportamiento que la seguía queriendo o al menos atrayendo, pero, escuchar aquellas palabras, dolía.

Con esfuerzo, se incorporó para mirarlo a los ojos.

Cariñoso, le limpió las lágrimas de las mejillas y colocó su pelo por detrás de la oreja.

Nora solo lo podía mirar. Era el amor de su vida, nunca habría otro hombre por el que el corazón se parase cuando la miraba o sintiera un vacío desgarrador cuando no estaba a su lado... Nunca... pero aquella chica que conoció en una fiesta de la universidad ya no existía. Tras tomar la decisión de continuar su camino sola, se fue difuminando hasta casi desaparecer.

—No creo que pueda regresar —susurró entre nuevas lágrimas mientras le acariciaba el pelo y disfrutaba de su aroma tan masculino que tanto le gustaba—. Ya no soy ella...

—No quiero que lo seas. Quiero a la mujer que eres hoy, con tus problemas, tus inquietudes, tus anhelos, tus tristezas... Yo tampoco soy el mismo hombre... La vida nos cambia a cada minuto, solo quiero que superemos esto y nos descubramos juntos, como antes...

Esbozó una sonrisa triste mientras le acariciaba la cara. Seguía enamorado de ella como si el tiempo no hubiese pasado... Ella también...

Era muy bonito escucharle. Había pensado muchas veces en cómo reaccionaría él si se reencontraran en la vida y desde luego había superado todas sus expectativas, pero una cosa es soñar y otra tener delante la oportunidad.

—Te quiero, Luis —confesó sin tapujos. Era la verdad y nunca le había dicho lo contrario, ni siquiera como camino más fácil para la ruptura. No se deja de querer de la noche a la mañana sin un motivo contundente—. No te alejé de mí porque no te quisiera. Te alejé de mí porque te quería demasiado para arrastrarte con mis problemas.

El hombre entrecerró los ojos y arrugó la frente comprendiendo en parte todo lo que durante estos años había deseado saber.

Nunca pensó que lo dejara de querer, ese no era el problema. Creyó que necesitaba estar sola y solucionar todo lo que aconteció tras la muerte de sus padres, que era un paréntesis provocado por los acontecimientos, pero no lo llamó, ni hubo más explicaciones... No regresó.

—El amor consiste en eso, Nora. Las parejas se ayudan y se apoyan en los momentos difíciles...

Ella cogió aire. Conocía cómo eran las parejas que se amaban de verdad, lo había vivido día a día en su casa. Sus padres eran así... Ellos eran así, pero él lo hubiera dejado todo por estar a su lado, y era algo a lo que no estaba dispuesta. No debía sacrificar su futuro. Lo mejor fue no darle la opción.

—No quiero echarte de menos —confesó la mujer en un hilo de voz—, no quiero levantarme un día con la noticia de que ya no te volveré a ver nunca más... No quiero vivir de nuevo ese dolor...

Luis comprendió. Tenía miedo. Todo cobraba sentido.

—¿Y no has pensado en el dolor que siento cada día porque no puedo tenerte? —confesó con un nudo en la garganta—. ¿En la tristeza que me provoca llegar cada noche a casa y saber que deberías estar allí conmigo, pero no me has dejado cuidarte? —Nora se intentó levantar. No quería oír aquello. Luis no se lo permitió. La sostuvo contra él. Debía escucharlo todo—. ¿Has intentado ponerte en nuestro lugar, entender cómo nos sentimos porque no quieres que formemos parte de tu vida? Tus padres tuvieron un terrible accidente que nos los arrebató de golpe, a todos, pero yo no he muerto, Sara no ha muerto —cogió su rostro para que lo mirase—, tú no estás muerta, Nora. Estás aquí y mereces una vida llena de buenos momentos que recordar.

—No —negó en otro intento de levantarse.

—Sí, amor mío. La vida es dura, una hija de puta sin compasión, pero tiene tantas cosas que merecen la pena... a personas que merecen la pena...

Nora no contestó. Cerró los ojos con el eco de cada certera y dolorosa palabra en su mente esperando a que la dejase escapar.

Luis supo por su actitud que no iba a contestar. Impotente, contuvo la rabia que lo arrolló.

Tras tenerla entre sus brazos, sus besos y el sexo, pensó que le daría una oportunidad, pero estaba equivocado.

Ella tomó una decisión mucho tiempo atrás y todo apuntaba a que nada le haría cambiar de opinión.

Incapaz de verla destruirse una vez más, la levantó con cuidado, la dejó sobre el sofá, se incorporó y comenzó a vestirse.

Aún no había salido por la puerta y Nora ya sentía su ausencia...

—Espero que consigas lo que necesitas —dijo Luis cogiendo el abrigo que había colgado en el perchero tras la puerta de entrada y dejando las llaves del coche que debía devolverle en el estante—, pero no te olvides de Jaime. Solo es un niño demasiado pequeño para comprenderlo... Tienes que ir a la nieve con él. Debes hablar con él... —Ella cerró los ojos al oír el nombre de su sobrino. Cogió aire con fuerza para apaciguar las lágrimas un minuto más mientras apretaba los labios—. Los demás hemos aprendido a estar sin ti...

Tenía razón, Jaime era un crío sin culpa alguna sobre el pasado que no tenía la capacidad suficiente como para comprender lo que sucedía y ella tenía mucho cuidado para intentar no hacerle daño, incluso había ido a la

maldita cena de Nochevieja por él, pero debía procesar los cambios con más calma. Todo le había explotado en la cara de golpe y estaba saturada. No era justo que le dijese aquello.

—No metas a Jaime en esto —contestó dolida—. Jamás lo he dejado de lado. Me he esforzado mucho para brindarle la normalidad que mis sentimientos me permiten. No me digas lo que tengo que hacer.

Luis sabía que a la mínima oportunidad ella se pondría a la defensiva, y el momento tan mágico y especial se esfumaría.

—Adiós, Nora —susurró con una lágrima deslizándose por la mejilla.

La amaba sobre todas las cosas y ver su actitud le mataba. Era inútil insistir. Solo ella misma podía salir del agujero en el que se había metido y, cuando lo decidiera, estarían para coger su mano, tirar con fuerza y sacarla de allí. Hacía mucho tiempo lo prometió, prometió luchar por ellos. Ella lo había olvidado...

Sin más palabras, se volvió, abrió la puerta y se marchó sin querer ver su rostro por última vez. Sería un recuerdo desgarrador.

## CAPÍTULO 9

Luis se bajó del taxi frente al chalet unifamiliar de Sara y Diego.

Necesitaba hablar con ellos antes de que pusieran rumbo a su viaje a Los Pirineos junto a Jaime. Había tomado una decisión.

—¿Estás bien? —preguntó Diego tras ver su cara demacrada por la falta de sueño.

El hombre solo asintió. Jaime iba corriendo hacia él para saludarlo y no quería decir nada delante del pequeño.

—¿Cómo estás, campeón? —le preguntó mientras se arrodillaba y lo abrazaba con fuerza.

—Requetegenial —contestó con gesto divertido dejando un beso en su mejilla. Levantó la vista hacia la puerta que ya estaba cerrada y miró en derredor, buscando—. ¿Y la tía Nora? ¿No viene contigo?

Luis lo esperaba. Estaba seguro de que sería lo primero por lo que preguntaría el niño nada más verlo aparecer.

—No, cariño. Tiene mucho trabajo, pero está intentando por todos los medios terminar a tiempo.

Sara lo miró con gesto enfadado. No le gustaba que le dieran esperanzas a Jaime sobre cosas que era seguro que no iban a suceder. El hombre trató de tranquilizarla con un gesto de su mano sin que el crío se percatara.

—Pero tú sí vienes, ¿verdad? —preguntó Jaime esperanzado.

—Sí, pero solo un par de días. Tengo un viaje importante que no puede esperar. El avión despega el día de Reyes.

Sara y Diego se miraron confusos. Luis no iba a marcharse a ningún sitio por una temporada. Así se lo había comunicado cuando regresó. Algo había

pasado.

—Te perderás los Reyes Magos —apuntó Jaime con tristeza.

—Me encontrarán, siempre lo hacen. Son mágicos, ¿recuerdas? — contestó con complicidad.

Jaime sonrió de oreja a oreja ante aquellas palabras y, asintiendo feliz, obedeció a su madre, que le pedía que fuese a jugar al salón.

Los tres adultos se encaminaron a la cocina.

Nada más entrar, Diego sirvió tres cafés y tomaron asiento en la mesa donde por costumbre desayunaban.

—No quiero que mientas a Jaime —pidió Sara girándose para asegurarse de que el niño no los escuchaba.

—Lo sé. No le he mentado —afirmó Luis con rotundidad. Sara, escéptica, levantó las cejas esperando una explicación—. Creo que irá... Eso espero...

La mujer arrugó la frente al notar la nostalgia en su voz. Su intuición le decía que habían estado juntos como pensó que sucedería, pero no había ido bien o, al menos, no todo lo bien que él esperaba.

—¿Qué sucede? —interrogó Diego preocupado. El rostro de Luis decía que de lo que hablaban no era la razón por la que había ido a visitarlos.

El hombre cogió aire, agachó la cabeza y, tras unos segundos ordenando las palabras en su cabeza, los miró con tristeza.

—Me marchó. Regreso a Nueva York —declaró apenado.

Sara asintió comprendiendo mientras las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

No lo había conseguido.

—Pero ¿cómo te vas a marchar de nuevo? Acabas de regresar, Luis — continuó Diego confuso. Después de muchos años había recuperado a su mejor amigo, no quería que se fuese otra vez.

—Es por Nora, ¿verdad? —intervino ella sin dejarle decir nada al respecto. No había otra razón posible para una huida así.

Luis asintió rendido.

—¿Por Nora? —preguntó Diego alterado—. Llevas años sin ella, que no os podáis reconciliar no quiere decir que tengas que desaparecer.

Tenía razón. Así debía ser, pero lo mejor era marcharse. Resultaba más fácil.

—Necesito saber que no me la voy a encontrar un día por el centro o de copas o al venir aquí a verte o en un centro comercial... —Expulsó todo el aire de los pulmones por la rabia que le causaba tener que explicar aquello, pero ellos debían saberlo—. No puedo vivir así... Tengo que borrarla de mi vida y en Madrid no puedo.

Sara se levantó para que no la viese llorar. Le entendía tanto... pero era su hermana y ella no podía hacer lo mismo.

—¡Venga ya, tío! —contestó su amigo negando con la cabeza—. Ya somos todos adultos para saber llevar este problema. Lo que tienes que hacer es buscarte a una mujer que te haga feliz y disfrutar del hogar que tanto esfuerzo y sacrificio te ha costado tener.

El silencio que sucedió al comentario fue desolador.

Hoy por hoy, eso era imposible. Quizá nunca lo fuera...

Luis estaba decidido.

—¿Qué harás con la casa? ¿La vas a vender? ¿Alquilar? —inquirió Sara. Estaba siguiendo la conversación con la cabeza fría y de forma racional. Era su profesión.

—Quería consultarlo contigo antes de tomar una decisión —propuso sin quitar ojo a su amigo, que aún no daba crédito—. Quiero que me asesores al respecto.

Sara era gestora de inmuebles, trabajaba para una gran agencia en la ciudad y era la persona adecuada para tratar el tema.

—Es una casa de mucho valor y una venta rápida te haría perder una suma importante de dinero. Mi consejo es que alquiles.

—¿Estamos locos?! —intervino Diego levantándose de golpe de la silla—. Esa casa es tu vida, tío. ¿Os estáis escuchando?

Sara y Luis lo miraron comprendiendo su frustración; ellos ya habían pasado por esa fase.

—No hay nada que desee más en este mundo que poder estar aquí y disfrutar de lo que tanto me ha costado conseguir. Nada. Y si fuese con Nora, sería perfecto, pero no puedo... no la tengo... Necesito tiempo y espacio —confesó Luis con pesar y la voz quebrada. Decirlo en voz alta era desgarrador.

Era la segunda vez que se encontraban en esa situación, solo que la

primera era un viaje anunciado para labrarse un porvenir con un billete de vuelta. Ahora abandonaba todo por lo que había luchado para caminar hacia un futuro incierto.

Diego lo observó con tristeza. No era justo.

Luis miró a Sara para que continuara con las indicaciones sobre su casa. No había más que decir al respecto. Esperaba que lo entendiera.

La mujer se acercó a su marido, lo besó en la mejilla, comprensiva, y de nuevo habló.

—Yo te recomiendo que alquiles. Lo mejor sería un arrendamiento por seis meses o un año a lo sumo, con opción a renovar. Así, cuando quieras regresar, será más fácil recuperarla.

Luis asintió impotente. Aquella casa no estaba pensada para nadie más que para ellos. Nunca se le había pasado por la cabeza que otras personas vivieran allí, pero tenerla cerrada solo haría que se deteriorase.

—¿Te puedes encargar de las gestiones?

—No te preocupes por nada. Haré lo mejor para tus intereses. Confía en mí —declaró acercándose a él. Luis asintió antes de bajar la mirada. Sara se arrodilló ante él—. Ella te quiere con toda su alma, ¿lo sabes? —Intentó transmitirle sosiego. No era culpa suya, aunque lo sintiera así. Sara había pasado por el mismo estado creyendo que era ella la que hacía algo mal y por eso no era capaz de entender a Nora ni de recuperarla, pero no era cierto. Ellos no eran el problema. Él asintió—. Sé que nunca has dejado de amarla. Solo has aprendido a no tenerla —afirmó con rotundidad.

—Siempre la querré —susurró en un hilo de voz. Ella suspiró. Le daba tanta pena volver a verlo así...

—A veces las cosas no salen como queremos... Ahora te tienes que querer tú más. —Se limpió las lágrimas antes de continuar—. Te mereces ser feliz, Luis, tener a tu lado una pareja que quiera vivir y te dé una familia. Si mi hermana no puede ser esa mujer, busca quién pueda serlo, porque estoy segura de que muchas querrán estar contigo.

Incómodo por la tristeza con la que le hablaba de todas aquellas verdades que él se decía a menudo, pero que no se aplicaba nunca, dejó un beso en la frente de Sara sin estar seguro de si había terminado de hablar, ya era suficiente. A continuación se levantó para dirigirse a su amigo.

—Iré con vosotros a la nieve, pero regresaré a tiempo de coger mi vuelo a Nueva York. El día 7 me reúno con mis antiguos jefes y mentores para hablar de proyectos.

—Si es lo que necesitas, adelante. Tienes mi apoyo incondicional —fue lo único que Diego pudo contestar. La impotencia le podía.

Los dos hombres se abrazaron con fuerza.

Su amistad había sido complicada debido a los largos períodos de ausencia, pero seguían juntos desde el colegio. Dos grandes amigos ante la adversidad y así sería una vez más.

Nora no fue capaz de dormir más de veinte minutos seguidos.

Desde que se marchó Luis, permaneció en el sofá sin moverse, dejando que la música sonara a su libre albedrío, el tiempo corriese y las lágrimas no parasen de brotar de sus ojos.

Hacía cinco años que no lo veía, que no hablaba con él, que no la tocaba... En solo veinticuatro horas habían sucedido demasiadas cosas entre ellos como para asumirlas con calma en el estado de negación en el que se encontraba.

Todas sus convicciones respecto a lo que quería para su vida, y cómo lo quería tras el accidente, se estaban tambaleando de forma peligrosa. Sus sentimientos estaban en conflicto con sus decisiones igual que en el pasado, solo que ahora, después de haberle demostrado que seguía queriéndola aun con todos sus defectos y errores cometidos, era más difícil mantenerse firme y decidida al respecto.

Si lo pensaba con frialdad, todo se basaba en el miedo.

Era todavía muy joven cuando se quedó huérfana. Tenía solo veinticinco años y la situación la sobrepasó.

Es ley de vida que sobrevivamos a nuestros padres, pero con el tiempo y la vejez, poco a poco te vas haciendo a la idea, preparándote para el desenlace atesorando miles de recuerdos y momentos juntos, pero así... sin sentido y de forma tan cruel... No lo había superado... Posiblemente nunca lo haría, tan solo se acostumbraría a ello siendo capaz de sentir algo menos de dolor por su ausencia.

Pero no era capaz de atarse a nadie... Solo pensar que podría perder a

cualquier ser querido, la aterraba. Con su hermana, sobrino y cuñado tenía suficiente.

Por eso apartó a Luis. Pensó que con el tiempo dejaría de quererlo, él la olvidaría y las heridas se cerrarían siendo capaz de controlar sus sentimientos, pero no había sucedido. Ambos seguían enamorados como si la separación no hubiese existido.

Intentando apaciguar el dolor de cabeza, se dio una ducha de agua templada, preparó algo de comer y se dispuso a trabajar un rato. Era su vía de escape, la mejor forma de mantener la mente ocupada en otras cosas, pero a la vez la mejor forma de no enfrentarse al problema y seguir estancada en el mismo punto.

Un WhatsApp la sacó de su concentración.

Era Sara. Le enviaba una foto con la dirección de Los Pirineos donde estarían pasando la fiesta de Reyes.

¿Por qué se lo enviaba? Estaba muy enfadada con ella y ni siquiera habían hablado por teléfono desde la discusión.

Extrañada, contestó:

*¿Me perdonas? Siento lo que pasó.*

Durante un buen rato esperó la respuesta. Se veía en la ventana de la conversación que desde el otro lado de la línea estaban escribiendo, pero tardaban demasiado.

Consideró la opción de que se hubiese equivocado de destinatario.

Por fin el móvil vibró. Era un mensaje de voz.

Con miedo, pulsó el «Play» para escucharlo.

*Sí, tía, te perdono, pero no le digas a mamá que te he chivado la dirección. No soy un chivato, ¿vale?*

Nora no daba crédito. ¡Era su sobrino!

Alucinada aún por la capacidad que tenía el pequeño para manejar las nuevas tecnologías, pues no era la primera vez puesto que en el colegio también aprendían a usarla de forma correcta, contestó por escrito: «No se lo diré», pensando entre risas que, si no borraba todos aquellos mensajes, su

madre le descubriría cuando por fin quisiera hablar con ella, pero no quería convertirle en un delincuente infantil al decirle cómo eliminar pistas.

Otro mensaje de voz.

*¿Vendrás? El tío Luis ha dicho que estás intentando acabar el trabajo para venir. Será chachi, te lo prometo. Haremos guerras de nieve y por la noche, de almohadas. Ya verás qué requetegenial.*

A Nora le dio un vuelco el corazón al escuchar su nombre. Había estado en casa de su hermana, era la única forma de que Jaime supiera aquello...

¿Le habría contado a Sara su encuentro? ¿O a Diego?

Cogió aire cerrando los ojos mientras se pasaba las manos por el rostro sin saber qué hacer.

Era importante para el pequeño pasar esos días juntos y, sin querer, también lo era para continuar con la buena relación con su hermana y su cuñado o se distanciarían de forma irreversible.

Su actitud la había conducido a un callejón sin salida.

Debía replantearse muchas cosas si quería evitar la soledad de verdad. Seguramente tenía delante su última oportunidad para dar el primer paso para salir de la depresión que padecía, aunque se negaba a llamarlo así.

Con manos temblorosas, escribió:

*Lo intentaré. Te lo prometo.*

No hubo más respuestas.

Nora intuyó que Sara o Diego habían regresado y Jaime había dejado el móvil.

Tenía que tomar muchas decisiones y era mejor hacerlo cuanto antes.

Horas después había caído la noche, el cansancio empezaba a hacer mella y llevaba tiempo dando vueltas al tema sin poder concentrarse en nada. Era ahora o nunca.

Con decisión, cogió el móvil y marcó.

—¿Y ahora qué quieres? —preguntó Sara con dureza. No estaba dispuesta a ceder.

—Feliz año a ti también —contestó Nora con sarcasmo—. Cíñete a mi

pregunta. ¿Dónde vive Luis? Necesito su dirección.

Sara se sorprendió y todos lo notaron.

Estaban ya en la casa alquilada en Los Pirineos, preparados para salir a cenar. Con un gesto dijo a su público que guardara silencio.

Segura de lo que hacía, recitó la dirección.

Tras un «gracias» precipitado, Nora colgó.

Luis se acercó a Sara esperando que le explicara qué demonios estaba pasando.

Ella lo miró unos segundos antes de hablar.

—Era Nora. Va a tu casa.

El hombre, desconcertado, guardó silencio.

Si ella iba a su casa, vería que era tal y como le pidió. Se podía contemplar un poco la estructura desde fuera y se daría cuenta.

—¿Por qué no le has dicho que estoy aquí? —preguntó sin embargo.

—Para que se desilusione. Para que entienda que no estamos cuando ella quiere. Nuestras vidas siguen su curso y, quizá, un día, cuando llame a la puerta, no le abramos porque ya nos habremos cansado de remar por ella.

El hombre suspiró asintiendo. Sara tenía toda la razón. Hasta ahora siempre habían estado para ella.

—Pero la verá... —apostilló inquieto refiriéndose a su mayor obra.

—Eso quiero, que la vea. A ver si así se da cuenta de lo mucho que la quieres, de todo lo que significa para ti, y deja de hacer el tonto de una santa vez.

Bajó la cabeza, avergonzado.

Visto así parecía algo romántico, pero a él comenzaba a parecerle que había sacrificado demasiadas cosas para alguien que no le quería lo suficiente como para corresponderle.

—Me encantaría ver su cara cuando llegue y descubra que no estás —intervino Diego con media sonrisa maléfica—. Espero que se dé un buen susto.

## CAPÍTULO 10

Nora condujo nerviosa hasta la casa de Luis.

En cuanto se cercioró de que el lugar donde le había llevado el navegador de su coche era la dirección correcta, paró el motor.

Permaneció dentro del vehículo incapaz de mover un músculo durante unos minutos.

Desde su posición podía verse una casa de líneas modernas con paredes de cristal, que se parecía demasiado a lo que tantas y tantas veces habían hablado cuando planeaban dónde les gustaría vivir juntos.

La imagen que contemplaba, asustaba. Fue incapaz de moverse del sitio durante un buen rato.

Él había construido su casa.

No la veía del todo desde su posición, la verja se lo impedía, pero no era necesario. Apostaba a que tenía una gran piscina en la parte trasera con un jardín dispuesto para disfrutar de cenas con amigos, tardes de diversión y días de intimidad...

La disposición no se veía con las luces apagadas en la oscura noche invernal, pero podía imaginarla de forma clara en su mente.

Muebles de líneas sencillas, modernos, con decoración minimalista, paredes blancas; muebles en acero, blanco y gris... Su habitación con vistas a la piscina y un acceso directo... Una cama balinesa...

En su cabeza, imágenes de ellos en las estancias que recordaba en sus planos mentales hicieron que se estremeciera.

El miedo le atenazó el corazón.

Esa barrera que había construido día tras días desde que decidió seguir

sola su camino tenía ya unas cuantas grietas, pero permanecía el temor al dolor.

Después de un buen rato, se dio cuenta de que no había ninguna luz en la vivienda.

Se puso su abrigo sin abrochar y salió al exterior. Hacía mucho frío. La escarcha sobre los setos le indicaba que estaba helando.

Caminó con decisión hasta el acceso peatonal junto a la gran puerta metálica de entrada de vehículos donde había estacionado, llamó y esperó nerviosa.

Nadie contestó.

Volvió a intentarlo. No hubo respuesta.

Resignada, se montó en el coche y regresó a casa por el camino más largo. Conducir la ayudaba a tranquilizarse y pensar con serenidad.

El valor del ímpetu inicial de la decisión comenzaba a menguar cuando entró en su piso, dejando paso a las dudas de siempre, que desembocaban en el miedo habitual.

Pero ahora ya no se trataba de Luis. La mente estaba puesta en su siguiente paso importante, Jaime.

Sin pensar en ello en demasía, sacó una maleta del despacho, entró en su habitación y comenzó a meter todo lo necesario para pasar unos días en la nieve.

En un intento de calmar sus nervios por el paso que iba a dar, se dio una larga ducha caliente antes de meterse en la cama. Necesita descansar para emprender el largo trayecto en coche. Llevaba muchas horas sin dormir debido a los últimos acontecimientos.

Sara estaba inquieta.

Nora no había dado señales de vida desde que le había pedido los datos de la casa de Luis. Esperaba que, una vez comprobara que no había nadie allí, la llamaría para preguntar más, pero no había sido así.

¿Se habría arrepentido? ¿Habría desistido tan pronto de intentar un acercamiento al hombre que sin duda más amaría en su vida?

—¿Estás bien? —le preguntó Diego mientras miraba la pantalla de su teléfono móvil por quinta vez en diez segundos durante la cena.

La mujer asintió, pero a su marido no se le escapa ni por asomo el motivo de su inquietud.

—Vendrá —aseguró Jaime, también consciente de lo que sucedía, convencido hasta el infinito de sus palabras.

El matrimonio lo miró asombrado por esa afirmación tan rotunda. Ni siquiera habían dado una mínima pista del tema que estaban medio hablando y él contestaba de forma muy concreta.

—¿Quién vendrá? —preguntó su padre en tono inocente.

—La tía Nora. ¿Quién va a ser? —contestó poniendo los ojos en blanco mientras se llevaba otro bocado de su filete a la boca.

Todos guardaron silencio, incluido Luis. Estaba hecho un manojito de nervios solo de pensar en reencontrarse con ella después de la dura decisión que había tomado, sumado a la incertidumbre generada al saber que vería su casa.

—Y... ¿por qué estás tan seguro? Además, no sabe exactamente dónde estamos —continuó Diego intuyendo cómo sería capaz su cuñada de llegar hasta donde estaban.

El niño abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar y guardó silencio unos segundos bajo la atenta mirada de los adultos. Tenía que idear una excusa si no quería que lo descubrieran. Nadie sabía de la conversación nocturna con su tía.

Con una mirada aparentemente inocente, dijo:

—El tío Luis se lo dijo. ¿Verdad, tío?

El hombre lo miró con cara de circunstancias. ¿A qué se refería? ¿Qué había hecho el pequeño diablillo? Pero, aun así, asintió.

Jaime no pudo disimular su cara de triunfo y agradecimiento por seguirle la corriente, pero nadie dijo nada al respecto. Todos siguieron el juego como si nada.

Mientras tanto, Sara, que conocía a su hijo mejor que nadie, comenzó a pensar cómo había contactado el niño con Nora.

Disimuladamente revisó el registro de llamadas de su teléfono, pero no encontró nada.

Realizó el mismo procedimiento con el WhatsApp y, con sorpresa, asistió a la conversación de la tarde anterior del sospechoso y su tía del alma.

Estaba claro, por la foto adjunta, que Nora sabría llegar sin problemas hasta ellos si así lo deseaba. Ignoró las notas de audio para oírlas cuando estuviera a solas.

Con cautela, Sara se guardó la información, sin regañar al crío ni contar nada a ninguno de los hombres. Si Diego lo averiguaba, era probable que se lo contara a su amigo.

Era mejor guardar el secreto para evitar que adelantara su viaje de regreso a Madrid si se enteraba de que Nora iba de camino a su refugio.

Para bien o para mal, ellos debían verse de nuevo, hablar y comprobar qué les sucedía a sus sentimientos después de que su hermana descubriera lo que él había sido capaz de hacer para cumplir sus deseos.

—Será mejor que termines tu cena antes de que te deje sin postre —apuntó Sara con seriedad contemplando a su pequeño.

—¿Tarta de chocolate? —preguntó Jaime imitando a su personaje de dibujos favoritos, Peppa Pig.

—Come —contestó Sara acariciando la cabeza de su hijo con cariño y media sonrisa, mirando divertida la confusión de los dos hombres que tenía delante.

Nora estaba de camino al refugio invernal antes de las seis de la mañana.

Cinco horas de descanso eran suficientes para ella. Además, los nervios no le dejaban dormir más.

Hizo varios cafés expresos largos, los echó en un vaso térmico de Starbucks, cogió su abrigo de plumas, la maleta, el bolso y salió de casa.

En cuanto entró en el coche, dejó el tanque de café en el posavasos, conectó su iPod, eligió la carpeta de Trey Songz, uno de sus artistas favoritos, dejó que la música de *Love around the world*<sup>[15]</sup> invadiese el vehículo y, cantándola, introdujo en el navegador las señas de la casa donde su sobrino la esperaba.

Ese pequeño era su único resquicio de felicidad y debía seguir siéndolo.

# CAPÍTULO 11

Cuando Nora entró con su todoterreno en el camino a la casa donde se encontraría con su familia, los nervios se le dispararon descontrolados.

La discusión con su hermana no había sido la más grande que habían tenido, pero sí la que más daño les había producido.

Su estado depresivo había construido una cortina a su alrededor que no le permitía ver nada más allá de lo que sentía ella misma. Había sido incapaz de ponerse en el lugar de Sara, que se enfrentaba a la misma situación que ella con la carga de un bebé para el que no tenía la ayuda ni el consejo de su madre, sumado a una hermana enferma de la que cuidar.

¿Quién se había ocupado de ella todo este tiempo? Era obvio que Diego, su marido, que la amaba con locura y había sido capaz de mantenerla a flote con apoyo, paciencia y mucho amor...

Habían sido muchos kilómetros los que había conducido en solitario, muchas horas compartidas solo con la música y la carretera, que daban para pensar.

No iba a ser fácil. Eso lo sabía. Sobre todo porque era ella la que debía convencerlos de que intentaría cambiar su actitud y, hasta que no lo demostrara con hechos, lo iba a tener complicado, pero dar aquel paso era ya un hito importante que esperaba supieran apreciar.

Jaime era esencial para ella y lo principal en todo el asunto era que él no se viera afectado por su situación más de lo que lo había hecho hasta entonces.

El niño había sufrido sus huidas, excusas y ausencias imperdonables cuando era demasiado pequeño para entender por qué estaba o no en ciertos

momentos familiares.

Ahora todo había cambiado; había crecido y pensaba por sí mismo, algunas veces con mayor precisión que ella misma. Debía tener mucho cuidado de no repetir el error de un par de noches atrás.

Paró el vehículo frente a la casa, bajó sin sacar su equipaje y llamó a la puerta.

Nadie salió a abrir.

Lo intentó de nuevo.

Nada.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo del abrigo para comprobar que el GPS la situaba en el lugar correcto.

Estaba en la dirección que Jaime había enviado en la foto.

Se dispuso a entrar de nuevo en el coche y marcharse, cuando el sonido del motor de otro vehículo hizo que mirase a la entrada del camino.

Era el todoterreno de su cuñado Diego.

Los nervios le revolvieron el estómago. No estaba segura de cómo sería el recibimiento después de lo que había pasado en los últimos días.

Esperó a que aparcaran disimulando el miedo y la impaciencia.

En cuanto se abrió la puerta del coche, Jaime saltó al suelo gritando de alegría al verla.

—¡Has venido! ¡Lo sabía! —vociferaba el chiquillo corriendo hacia ella con los brazos abiertos.

Nora lo recibió de rodillas con un cariñoso abrazo, sonriendo contenta de haberle hecho feliz. Eso era lo único importante en ese momento...

Hasta que vio bajar a Luis del asiento del copiloto. Entonces el mundo se le vino encima.

Era cierto que Sara los invitó a ambos a compartir aquellos días en la nieve, pero, después de lo sucedido, no pensó que aceptara.

Al contrario de lo que esperaba, él lucía una suave sonrisa en sus labios. Eso destensó un poco la situación.

La expresión seria de su hermana era otro cantar.

Con el niño entre sus brazos, esperó a que los tres adultos se acercaran hasta ellos mientras analizaba sus expresiones. Los hombres estaban sorprendidos de verla; su hermana, no.

Segura de que había pillado a Jaime y su plan, lo soltó y esperó paciente.

—¿Veis? Os dije que vendría —sentenció el pequeño dejando un beso en la mejilla de Nora para después cogerse fuerte a su mano mientras esta se incorporaba.

—Sí, eso dijiste y aquí está —contestó Sara prudente. Estaba enfadada con su hermana, mucho, pero también sabía apreciar el esfuerzo que le había supuesto haber llegado hasta allí. Unos días atrás no lo hubiese hecho—. Será mejor que entremos antes de que se nos congelen las pestañas.

No eran más de las tres de la tarde, pero el sol ya comenzaba a esconderse y la temperatura bajaba con rapidez.

Diego y Luis la saludaron más cariñosos mientras Sara abría la puerta. Nora, sin dudar, fue a recoger sus cosas al coche.

Antes de poner la pequeña maleta en el suelo, una mano la cogió al vuelo con destreza.

—Yo la llevaré —propuso Luis tras ella.

Esa cercanía le ponía la piel de gallina, pero lo disimuló bien girándose con media sonrisa mientras bajaba el portón del maletero.

Caminaron juntos en silencio hasta la puerta. Sin decirse nada.

Ambos sentían el mismo miedo a lo que estaba por suceder, cada uno con sus propias decisiones ya tomadas.

Entraron en la vivienda, donde se podía oír al terremoto de Jaime hablar con sus padres en el salón. Estaba eufórico.

—Gracias —susurró Luis antes de que nadie más los escuchara. Nora se volvió sin comprender. No había vuelto por él, ni siquiera sabía que estaba allí. El hombre sonrió consciente de su confusión—. Les dije que vendrías. No me has hecho quedar mal.

La mujer lo miró con los ojos entrecerrados. Cuando decía que él la conocía mejor que ella misma, no mentía. Allí estaba la prueba.

—Has tenido suerte —contestó divertida negando con la cabeza.

No pudieron seguir con la conversación, Jaime ya estaba corriendo de un lado a otro proponiendo cosas que hacer.

—Será mejor que salgamos a dar una vuelta con este potro desbocado o le dará un ataque —propuso Diego sin dejar que nadie más hablara.

Pasearon por las calles del pueblo de montaña atestadas de esquiadores

que regresaban de las pistas a descansar, entre risas y frases *made in Jaime*.

No se soltó de la mano de Nora y Luis en todo el camino, como si también supiera que necesitaban solucionar cosas entre ellos.

Compraron chucherías, tomaron chocolate caliente y disfrutaron del ambiente festivo previo a la última fiesta de las Navidades, los Reyes Magos. Todo el mundo estaba feliz, incluidos ellos.

Extrañamente para Nora, volvían a parecer una familia.

De regreso a la casa y tras una cena temprana, consiguieron acostar a Jaime. Estaba agotado, pero aun así no quería dormir.

Sara estaba deseando escuchar lo que su hermana tuviera que decir, pero, tras sopesar la situación, se retiró junto a Diego a descansar. Luis se marcharía pronto y la pareja debía hablar.

Solos en el salón, con la chimenea encendida y la copa de vino a medias, permanecían en silencio como si después de tanto pasado no supieran qué decirse.

Nora observaba sus movimientos, incapaz de decidir por dónde empezar.

Después de un par de tragos a su copa, habló.

—Tienes una casa muy bonita.

Luis la miró incapaz de contestar con la verdad. Esa casa debía ser de ambos.

—Gracias —dijo en un susurro tímido, evitando preguntar los detalles que la habían llevado hasta allí. Si lo hacía antes de tiempo, se sentiría acorralada, presionada, aunque no fuese su intención, y no contaría nada.

La joven apretó los dientes contra los labios con nerviosismo antes de continuar.

—Se parece mucho a la que soñamos hace años... —continuó con el tema. Cuanto antes, mejor.

Él dio un largo trago a su vino para coger fuerzas, las iba a necesitar. Había empezado directa a lo que más temía. Mentalmente alabó su valentía.

Se levantó sin contestar para servir otra copa a cada uno. Regresó hasta el gran sofá frente al fuego, se la ofreció y, mirándola a los ojos, contestó:

—Es exactamente como tú querías.

—Pero yo ya no estaba en tu vida —replicó, devolviéndole la mirada con intensidad. Ahora no podía frenarse. Estaba lanzada y era lo mejor—, podías

construir lo que te diera la gana.

Luis sonrió irónico.

—Para otras personas. Para mí, no. No sabría vivir en otro sitio —dijo callando el final de la frase, quedándose para él quemando en sus labios... «aunque me faltas tú».

A Nora se le congeló el alma.

Siempre quiso creer que, después del dolor inicial y de un tiempo en que guardara su ausencia, habría rehecho su vida, habría olvidado...

Sus palabras estaban llenas de amor y devoción, igual que antaño, como si nunca hubiese dejado de amarla... como si aún le fuese fiel... pero su mirada era triste y apagada.

—Es preciosa —susurró en un hilo de voz.

Él solo asintió para que supiera que lo había escuchado, se levantó y caminó hasta la ventana.

Estaba agobiado y necesitaba respirar. La tenía delante, estaba allí hablando con él, pero no era la mujer que amaba, no era la Nora de la que se enamoró, no encontraba su esencia... Quizá nunca volviera...

No sabía hasta dónde podría llegar la conversación, ni qué podría decirle, pero debía ser prudente y, sobre todo, fiel a su decisión.

Nora sabía que no sería fácil resolver la situación, pero desconocía cómo era él ahora, cómo habría cambiado su carácter en todos estos años y cuán dura sería la coraza. Debía tener paciencia y ser sincera.

—Siento todo lo que sucedió. Siento mucho todo el daño que te hice, pero no podía estar contigo... no podía estar con nadie, ni siquiera conmigo misma...

Luis se volvió asustado al escuchar esa confesión. ¿Qué quería decir?

—Sí —afirmó avergonzada—, dos veces intenté quitarme de en medio convencida de que sería la mejor forma de no haceros sufrir, pero no fui lo suficiente valiente como para terminar lo que empecé.

—Gracias a Dios —susurró impactado por la revelación. Estaba seguro de que Sara no tenía ni idea de aquello. Nadie sabía nada de esos episodios...

Nora apartó su mirada y, tras dar un largo trago al vino, continuó hablando.

—No sé si estoy preparada para cuidar de alguien más en mi vida que de

mí misma... Hasta eso me cuesta... —Guardó silencio unos segundos que Luis respetó con el corazón en un puño. Jamás le había hablado con tanta sinceridad de su problema, era posible que no lo hubiese hecho antes con nadie—. Tampoco sé si algún día podré ser madre sin volverme loca al pensar que una personita tan frágil depende de mí y... nunca podría quitarte algo así. No soy tan egoísta como para eso... Cuidar de Jaime ya es demasiado en muchas ocasiones.

El hombre comprendió un poco más los motivos por los que lo alejó de su vida. Su explicación era lógica y estaba seguro de que él habría actuado de forma similar. Pero era muy duro escucharlo...

A Nora le encantaban los niños y, cuando se enteró de que sería tía, no hubo otro tema de conversación más importante que el pequeño príncipe que estaba por venir. ¿A cuántas cosas había renunciado por el miedo que la consumía?

Las experiencias de la vida nos cambian para bien y para mal. La mayoría de las personas son capaces de procesar los sentimientos y seguir adelante. Algunas necesitan ayuda profesional para conseguirlo; otras, como Nora, aunque acuden en busca de esa ayuda, en el fondo se niegan a todo y solo podrán cambiar si un hecho extraordinario les saca de su agujero.

Si algo había aprendido en todo ese tiempo era que él no era ese motivo excepcional... Mantener esta conversación había sido gracias a Jaime, el pequeño era quien había provocado los últimos acontecimientos...

—Pero podías haberme contado todo esto. Yo habría cuidado de ti...

Ella sonrió con tristeza. Aún no lo había comprendido.

—Lo sé —confesó emocionada—. Eso es lo que hacen las parejas... Es lo que hacen las personas cuando se aman, sacrificarse por su otra mitad. Por eso te alejé de mí... Debías seguir tu camino. Tu futuro estaba en Nueva York, no conmigo...

Nora no le dejó opción porque sabía que haría lo que fuera por ella, incluso aparcar sus sueños.

—Ese viaje lo íbamos a hacer juntos. Se trataba de nuestros futuros... Debías haberme dejado decidir... —replicó dolido con la mandíbula apretada.

Ella se levantó con el corazón destrozado. Verlo sufrir tanto por algo que

sucedió cinco años atrás era brutal.

Ahora entendía lo que quiso decir en su casa antes de marcharse. El dolor que sentía al no tenerla y que ella ignoraba...

Consciente de sus sentimientos, se acercó hasta él, que escondía su expresión mirando por la ventana, aunque se hacía una idea de cuál sería...

—¿De verdad crees que hubieses tenido elección? —preguntó pegada a él haciendo que la mirase.

—Ambos hubiésemos podido elegir, Nora. Siempre se puede elegir...

Posiblemente tenía razón, siempre se puede escoger, pero la realidad era que esa elección ya estaba hecha en el mismo momento en el que decidieron amarse y compartir la vida. Solo puede cambiar si dejas de querer y ellos nunca habían dejado de amarse a pesar de todo.

La mujer no continuó. Había contado mucho más de lo que se creía capaz. Los recuerdos se le hacían cuesta arriba.

Respiró hondo, cerró los ojos y, con valentía, retomó la conversación.

—De poco sirve recrearnos en el pasado. Ya no tiene solución. Sucedió lo que sucedió y cambió nuestras vidas. La de todos... —Calló unos segundos cogiendo aire—. Antes me costaba un triunfo mirar más allá de la siguiente hora. Solo sentía pánico a que algo malo sucediera. Después de mucho tiempo cayendo en picado, con ayuda de psiquiatras, mi hermana y mi cuñado, conseguí afrontar en parte el miedo y la depresión, llevando mis pensamientos seguros hasta el día siguiente... —continuó explicándose por si no tenía otra oportunidad. Luis escuchaba su confesión con los nervios a flor de piel. Era muy duro ser consciente de todo aquello mientras él había viajado de ciudad en ciudad descubriendo preciosos rincones del mundo. Ella siempre había sido una mujer independiente, dinámica y muy activa—. Me costó dos años ser capaz de trabajar y planificarme, al menos, los encargos a una semana vista. Increíble en mí, ¿verdad? —Intentó quitar hierro al tema al ver cómo él se estremecía a cada palabra—. Poco a poco ese espacio de tiempo se fue alargando hasta lograr no ponerme histérica al pensar en ello. Solo me inquieto a veces cuando hay algo importante que está por venir, como fechas señaladas del año, cumpleaños y cosas así...

—Deberías haberme llamado... —susurró totalmente superado por la confesión. No era lo mismo que Diego y Sara dieran su versión de lo que

estaba pasando que escuchar a Nora contarle de primera mano. Resultaba estremecedor.

La mujer sonrió con tristeza antes de alejarse de vuelta al sofá y a su copa de vino. Sincerarse no era trabajo fácil.

—¿Y qué habrías solucionado? —preguntó tranquila—. Absolutamente nada, solo habrías estropeado tu vida y ahora no tendrías la reputación laboral que te precede y por la que muchos matarían, ni la casa que ideaste para vivir, ni serías el hombre íntegro y noble que tengo delante. Si te hubieses quedado conmigo, te habría destrozado la vida y eso es algo que jamás haré mientras me quede un resquicio de lucidez.

Con el peso de aquellas palabras, Luis aguantó las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos desde hacía rato. Sin volverse.

Aquella declaración le hablaba de amor, no de una enfermedad. Nora no quiso contaminar su futuro con su problema, deseó para él una vida llena de los proyectos, alegrías y felicidad que, de estar juntos, no habría tenido, pero lo que no pensó en su plan maestro era que él ya no sabría vivir solo... no sabría vivir sin ella.

Desde que le contó su decisión de separar sus caminos, tuvo la certeza de que se estaba equivocando, pero también la esperanza de que se daría cuenta a tiempo y volvería a él.

No sucedió.

Aunque Nora lo deseara o se le pasara por la cabeza a cada segundo, no regresó, ni lo llamó, ni le habló nunca más. Desapareció, pero lo que desconocía era que nunca borró su huella. Era imposible.

A pesar de lo que estaba escuchando, él había decidido emprender un viaje que no iba a anular. El reencuentro estaba siendo más duro de lo que esperaba y, aunque ella estaba contándole todo aquello propiciando un obvio acercamiento entre ellos, no era suficiente.

Aun así, se guardó la decisión para sí. Disfrutaría de las horas que le quedaban junto a la familia y volaría a Nueva York como estaba previsto.

—Eso es algo que ya no podremos saber —contestó girándose con sonrisa triste.

Con calma, se acercó hasta ella, se sirvió otra copa de vino y tomó asiento a su lado.

Remover el pasado era un arma de doble filo.

Saber los motivos que llevaron a Nora a tomar sus decisiones, equivocadas o no, era algo que necesitaba, pero darle vueltas a un tema que ya no tenía marcha atrás resultaba absurdo y peligroso.

Tampoco serviría explicarle que la vida es una continua despedida. La gente va y viene. Desamor, traición, muerte, enemistad... La lista es larga, y el camino que recorreremos, duro y cruel.

Fuera como fuese, habían sido actos que les habían llevado a ser lo que eran hoy y a encontrarse en aquella casa.

Con cariño, Luis cogió la mano de Nora, que descansaba a su lado, la apretó ligeramente y la entrelazó con la suya.

—Todo está bien. No te preocupes. Todo irá bien... —añadió él al gesto, mientras escuchaba un suspiro de alivio de sus labios que lo reconfortó.

## CAPÍTULO 12

Hacía horas que se habían ido a descansar a sus respectivas habitaciones.

En las montañas, las noches de invierno eran muy largas. A veces podía parecer que demasiado.

Nora, en realidad, no había pegado ojo. Desde que se despidió de Luis en el pasillo y cada uno entró en su cuarto, no paraba de dar vueltas a lo que habían hablado en el salón.

Creía que no sería capaz de contar todo lo que había confesado, pero lo había conseguido. Ahora él era consciente de una mínima parte de su infierno personal y tal vez comprendería un poco su actitud.

Asumía lo difícil que era asimilar muchas de las cosas que le había revelado, necesitaría tiempo. Ella, en cambio, sentía alivio al habérselo contado.

Pero esperaba otra reacción por su parte, que hubiese dicho algo más... que hubiese hecho algo más...

Se había mantenido en un silencio que habría sido inusual en él hace años. No había mostrado ningún sentimiento al respecto, aparte de la pena que delataban sus ojos... pero ella no necesitaba su compasión.

Era consciente de que no tenía derecho a exigir o esperar nada, puesto que si no estaban juntos era por culpa suya, aunque la ilusión a que él reaccionara con afecto había estado latente.

Dio vueltas en la cama recordando las palabras que se habían dicho en aquella última conversación, de la actitud de él ante su confesión... Ya no tenía solución.

Los copos caían sin tregua con suavidad. Hacía horas que lo hacían.

Sonrió al pensar en Jaime y el día tan divertido que se avecinaba. Era lo único positivo que encontraba allí.

Decidió disfrutar de la paz de la madrugada para contemplar la nevada.

Se levantó de la cama, se calzó con unas botas Mou de piel negras, similares a las que usan los esquimales, cogió su abrigo y salió de la habitación.

Atravesó la casa con sigilo sin encender ninguna luz. El fuego de la chimenea aún iluminaba la estancia, aunque ya amenazaba con extinguirse.

Se puso el abrigo de plumas, abrió la puerta del porche trasero con cuidado de no hacer ruido, la entrecerró y se acomodó sentándose con las piernas cruzadas como los indios en uno de los sillones helados del jardín.

Aún era pronto para el amanecer, pero el cielo estaba espectacular con el tono rojizo que se distinguía en las nubes de la noche.

Metió la mano en el bolsillo para coger el paquete de «cigarrillos de pensar» que por suerte ya casi no usaba. Había dejado de fumar hacía tiempo, pero siempre llevaba una cajetilla encima para cuando el estrés podía con ella y necesitaba ordenar las ideas con urgencia. Sacó uno, lo encendió y dio una calada con calma. No había prisa.

El silencio que la rodeaba era extraño.

Allí en la montaña, sin ruido ambiental que contaminase el espacio, era abrumador. Solo escuchaba el suave crepitar del tabaco al consumirse y su propia respiración.

Durante un par de minutos con los cinco sentidos puestos en la nieve precipitándose, creyó que podía distinguir el sonido de los copos al caer unos sobre otros.

Cuando oyó cómo la puerta se deslizaba, se sobresaltó.

Luis la miró sorprendido. No la esperaba.

Nora comprobó que su rostro delataba que no había pegado ojo, y su expresión, que no le apetecía la compañía.

Lo saludó con un gesto de la cabeza, le dio otra calada al cigarrillo y se giró de nuevo mirando al frente.

—Siento haberte estropeado el escondite, he llegado antes —se disculpó.

—Debí imaginarlo. Te encanta salir al jardín.

La mujer sonrió sin mirarlo. En realidad buscaba los rincones en los que

nadie molestara, ni siquiera sus pensamientos, o donde no tuviera que dar explicaciones. El exterior durante el invierno era perfecto.

—Es un buen sitio donde esconderse —confesó cerrando los ojos para calmar su ansiedad. Tenerlo cerca le seguía acelerando el corazón, pero, desde que tuvieron el encuentro en su casa y el desenlace tan amargo, había quedado claro que a él ya no.

Luis la observó mientras permanecía de pie junto a la puerta, aun decidiendo si debía marcharse. Todavía no había asimilado su conversación anterior. Dudaba de estar preparado para otra igual de importante tan pronto.

—Parece que te doy miedo —apreció Nora con tono triste—. No te preocupes, ya he hablado suficiente. Te dejo tranquilo.

Sin más palabras, apagó el cigarrillo en la tierra de una maceta que había junto al lugar donde estaba sentada, se levantó y se dispuso a marcharse. Era doloroso ver la confusión en el rostro de Luis, aunque lo comprendía.

Tocó su brazo con cariño al pasar por su lado y entonces él, consciente de que solo le quedaban unas horas junto a ella y lo injusto que era lo que iba a hacer al desconocer que se marchaba, cogió su mano, tiró hacia sí y la besó.

Sabía que Nora estaba abriendo su corazón más de lo que jamás había hecho con nadie desde que se sumergiera en la profunda depresión que padecía, podía hacerse a la idea de lo difícil que había sido la conversación de horas antes y lo mucho que le dolería averiguar que él se iría después de todo ese esfuerzo, pero no podía evitar tenerla entre sus brazos una última vez. Al menos hoy tendría la oportunidad que no tuvo entonces...

La mujer le devolvió el beso con ternura, dejando que sus lenguas jugaran tranquilas mientras sus sentidos se volcaban en él. Siempre había sido él y nunca habría otro.

Luis buscó su piel por debajo del abrigo, le acarició la cintura y apretó los dedos en ella. Aunque estaban preparados para cruzar a otro nivel, no iba a pasar de ahí. Él quería tenerla entre sus brazos, pero era cruel hacerle el amor engañada. Aun con todo el daño que le había hecho y el dolor que arrastraba, la quería demasiado como para hacerle algo así.

Ella se aferró a él con fuerza, interpretando aquel beso como un paso más hacia su acercamiento como pareja, contenta de que, después de todo, la comprendiera un poco, pero él la apartó de su lado demasiado pronto.

Estaba desconcertada. Pensaba que la deseaba, pero seguía viendo la tristeza en los ojos que la contemplaban, mientras le acariciaba el pelo apartándolo del rostro que lo miraba confuso.

—Lo siento —susurró con el corazón destrozado—, no sabes cuánto...

Nora parpadeó sin comprender. Él no tenía nada por lo que pedir perdón.

—No, Luis, tú no...

El hombre asintió mientras colocaba un dedo en sus labios para hacerla callar.

Quizá la decisión que había tomado en aquellos días había sido la más difícil de su vida, pero hasta este preciso momento no había sido consciente de cuánto.

Era lo mejor para ambos, estaba seguro de ello y, si en el futuro seguían necesiéndose el uno al otro para estar completos, entonces sería el momento de reencontrarse como pareja. Hasta entonces estaría en Nueva York o donde su trabajo lo llevase, pero no en Madrid. Sería insoportable.

—Me marchó, Nora —confesó emocionado—. Me voy de España.

Para ella la noticia fue como si cayera al vacío. Tuvo la misma sensación. Nada le había hecho pensar en algo así, por eso se había decidido a hablar con él...

—Pero dijiste que te quedabas, que ya no viajarías más —le recordó aturdida.

—Y así era...

Ambos permanecieron en silencio mientras se miraban durante unos segundos. Luis, buscando la mejor forma de afrontar la conversación, y Nora, asimilando que, aunque no lo hubiese dicho, estaba claro que la culpable de su huida era ella.

—Es por mí, ¿verdad? —le preguntó sin rodeos. Necesitaba saber la verdad. Él no contestó; en parte era por ella, pero no por lo que imaginaba—. No hace falta que te marches, no volveré a molestarte nunca más —dijo aguantando las lágrimas. Estaba dolida y humillada. Quería salir de allí.

—Espera, por favor, deja que te explique —pidió intentando mantenerla entre sus brazos, pero no estaba dispuesta a seguir ante él aguantando el bochorno.

—No hace falta. Ya me imagino que volver con la loca de tu ex no

entraba en tus planes. No te preocupes, me hago cargo —borboteó nerviosa tirando de la puerta corredera para entrar al salón.

Luis cogió aire tratando de mantener el control. No era así como esperaba llevar la situación. No tenía que haberla besado.

—No digas eso, por favor. No es cierto —inquirió siguiéndola inquieto. Estaba provocándole una nueva crisis de inestabilidad y no era su intención.

—Es igual, uno más que piensa que estoy loca, no importa. Que tengas suerte —dijo con furia atravesando la habitación.

Luis fue tras ella, la cogió del brazo y tiró hasta recogerla entre sus brazos. Inesperadamente ella le dejó, pero solo tenía su cuerpo, la rabia podía con su atención y sus sentimientos.

Aun así debía decirle lo que necesitaba.

—Te amo, Nora, nunca he dejado de amarte, y saber todo lo que has pasado estos años sin querer que estuviera a tu lado ha sido muy doloroso, porque yo hubiese hecho cualquier cosa por ti, te habría ayudado, te habría cuidado... pero lo comprendo, entiendo que no soportaras arrastrarme contigo a un vacío incierto y solo puedo agradecértelo porque, como tú dijiste, me has dado un futuro como siempre soñé... Y ahora apareces en mi vida de nuevo, hacemos el amor, después me rechazas, luego te lo piensas y me vas a buscar a mi casa... Vienes aquí y me cuentas un resumen de todo este tiempo separados y sé que esperas que te comprenda, te bese, hagamos el amor de nuevo y retomemos lo nuestro... —No lo miraba, solo esperaba a que acabase, pero estaba convencido de que lo escuchaba y, aunque ahora saliera corriendo en cuanto la soltara, ella lo comprendería, con el tiempo lo entendería—. Necesito que estés segura de lo que quieres; necesito que, si vuelves a mi lado, sea con sentimientos sólidos sin vuelta atrás, no arrastrada por un encuentro inesperado que ha descolocado tu vida, porque, si te arrepientes, si vuelves a marcharte, no creo que sea capaz de perdonarte y no quiero odiarte... —Cogió su rostro entre las manos para que lo mirase a los ojos—. Necesito que te recuperes, que echés de menos lo que ha pasado esta Navidad entre nosotros, pero que lo echés de menos de verdad. Y, cuando te duela mi ausencia, entonces ven a buscarme. Te estaré esperando.

Nora cogió sus brazos con manos temblorosas, se aferró a ellos con el corazón roto y la cabeza a mil por hora.

Tenía razón, debía estar segura porque no habría más oportunidades. Debía recuperarse lo suficiente como para ser capaz de llevar una relación sentimental medianamente sana, pero no podía reconocerle que estaba en lo cierto, era incapaz...

Con lágrimas en los ojos, tiró de sus brazos para que la soltara; él lo hizo de inmediato.

Se miraron durante unos segundos llorando en silencio sin tocarse ni decirse nada, como si un muro invisible los mantuviera alejados.

Nora fue la primera en marcharse con un débil «adiós» pronunciado con todo el dolor de su corazón mientras le dejaba un beso en la mejilla.

Luis deseaba otro beso diferente, un abrazo, una caricia, pero, seguro de lo que acababa de decir, susurró:

—Confío en ti. Solo será un hasta pronto.

Ella, que sabía que su enfermedad era una montaña rusa con un recorrido desconocido, no confiaba tanto.

Llorando y sin mirar atrás, se marchó del salón haciendo un gran esfuerzo.

Lo abandonaba...

Dejaba una vez más al amor de su vida.

## CAPÍTULO 13

Cuando Nora se levantó aquella mañana, Luis se había ido.

Sin saber por qué, allí sentada en la cocina mirando por la ventana, recordó uno de los días más importantes de su relación, uno donde él le hizo una promesa que, después de tantos años, era increíble que siguiera cumpliendo.

Cada detalle estaba tan vivo en su memoria que parecía que estuviera viviendo aquel día de nuevo...

*Madrid. Verano de 2007...*

Hacía un calor insoportable.

Nora intentaba avanzar en el curso sobre escaparatismo que estaba a punto de terminar, algo que le sonaba a chino a la mayoría de la gente, pero que ella adoraba y quería aprender para desarrollar espacios comerciales y escaparates únicos.

Estudiaba los que más le llamaban la atención o fueran especiales por algún motivo, tanto en Madrid como en cualquier ciudad del mundo donde descubriera uno por medio de Internet, amigos viajeros o cualquier reportaje de prensa donde aparecieran en segundo plano. Tenía una caja llena de fotos y recortes de los más peculiares.

Eran más de las ocho de la tarde y, aunque el sol ya había bajado un poco y comenzaba a anochecer, sin aire acondicionado era difícil concentrarse. Una avería en el dichoso aparato de su habitación la tenía sudando como un

pollo a pesar del ventilador que giraba sin descanso. Con el pelo recogido en un moño mal hecho con un par de lápices y un vestido ligero de algodón de tirantes muy finos, permanecía sentada en el escritorio.

La puerta se abrió a su espalda.

—¿Quieres dejarme en paz un rato, por favor? No quiero saber nada de Diego y vuestras historias. Sois un coñazo. No hay quien se concentre —exigió a su hermana sin comprobar que lo era porque la única que nunca llamaba era ella. Ese gesto la exasperaba.

—Entonces me voy.

Nora saltó del asiento apretando los labios. Quien hubiese dejado entrar a Luis allí sin avisar, lo iba a pagar muy caro. Se jugaba cualquier cosa a que había sido la misma que no llamaba.

Hacía dos días que no se veían; él tenía un proyecto importante que finalizar antes de acabar el curso extra sobre el estudio arquitectónico de algunos edificios de Madrid y lo había echado mucho de menos... mucho...

Nerviosa, se giró en redondo en la silla. Solo escuchar su voz la excitaba. El día que se decidieran a completar su relación, no sabía qué iba a suceder... Llevaban un par de meses juntos, conociéndose y saliendo, pero quisieron esperar a acabar el año académico para dar un paso más y tener sexo. Sus relaciones anteriores habían fracasado por precipitarse en ese punto entre otras cosas. Se gustaban demasiado como para cometer el mismo error.

Sabían que ese día se acercaba y eso les mantenía alerta y nerviosos.

Estaba guapísimo con su camiseta blanca de manga corta, vaqueros desgastados y zapatillas deportivas.

Le sonrió dedicándole una mirada enamorada. Él hizo lo mismo.

—¿Qué haces aquí? Pensé que estabas ocupado con el proyecto —preguntó sin moverse ni un milímetro. Si lo hacía, detectaría ese sutil temblor que provocan las mariposas en el estómago al ver a la persona que te hace sentir especial.

Luis, viendo su actitud y consciente de que su fuerza de voluntad estaba cada día más mermada, guardó las distancias. Si le daba pie, era capaz de cometer una locura y sus padres estaban en casa.

Decidió apoyarse con las manos en la cómoda baja de cajones frente al escritorio donde estaba sentada, era lo más seguro. Sobre todo la parte de

tener las manos ocupadas... La espera se había convertido en una tortura.

—Ha sido un día intenso —dijo por respuesta asintiendo—. Veo que tú también lo has aprovechado —apreció señalando el ordenador.

—Al menos lo he intentado... —se sinceró, porque la realidad era que mucha rentabilidad no le había sacado. Cada segundo y medio pensaba en él, en el tacto de sus manos contra su piel, sus besos, incluso se levantó un par de veces a oler la camiseta que había llevado el último día y aún conservaba un ligero recuerdo a su perfume, impregnado tras besarse durante mucho tiempo—. Espero que el tuyo haya sido productivo.

Luis pensó en todo lo que había hecho a lo largo de los últimos días y... lo había conseguido. Quería terminar lo antes posible el estudio para poder dedicarse a ella y había cumplido sus objetivos. Estaba oficialmente de vacaciones.

—Lo fue —contestó apretando la madera. Había dormido apenas cuatro horas en las últimas cuarenta y ocho. Su mente se dispersaba continuamente pensando en ella, con intensidad enfermiza en el último mes juntos, algo que no le había pasado antes. La única forma de lograr algo de provecho era acabar lo más rápido posible para poder estar con ella sin otros compromisos.

Nora sonrió sin saber qué más decir porque su mente le dictaba actos, no palabras.

Incapaz de permanecer quieta un segundo más, apagó el monitor del ordenador, se incorporó y se aproximó hasta él.

Habría jurado que estaba aguantando la respiración y apretando los dedos contra la madera... Solo quería darle un beso de bienvenida. Algo sutil.

Se acercó entrando ligeramente en el hueco que había entre sus piernas, puso las manos sobre sus hombros y, sin darle tiempo a reaccionar, lo besó.

Luis le devolvió el beso con los nudillos blancos de la presión de sus manos contra el mueble. No quería parecer distante, pero era lo mejor hasta que salieran de allí.

Nora se apartó ligeramente para mirarlo.

—Siento este aspecto, pero no te esperaba —se disculpó mirándose a sí misma bajando la cabeza. Hacía una hora que había salido de la ducha y se había puesto lo primero que había encontrado en el armario, y solo tuvo en cuenta que fuera ligero para soportar el calor. Sin maquillar, sin peinar.

Él negó sutilmente con la cabeza. No le hacía falta nada, era perfecta sin añadidos artificiales.

—Estás preciosa —susurró cogiéndola por la cintura para acercarla a él y poder besarla otra vez. Estaba ansioso por hacerlo desde que se separó de sus labios días atrás y había sido desesperante hasta decir basta.

Nora lo deseaba, deseaba sus labios, sus manos sobre la piel y su cuerpo pegado al suyo. Cuando sintió cómo su lengua exigía paso en su boca sin perder la delicadeza, se apretó contra él acompañando el movimiento con un gemido. Demasiado tiempo aguantando el deseo, demasiadas horas separados, demasiado calor.

Luis profundizó el beso. Sus manos impacientes acariciaban su tersa piel por debajo del vestido hasta que ella mordió ligeramente su labio inferior y la pasión lo desbordó.

Bajó sus manos hasta los muslos y, con fuerza, la elevó para que enredara las piernas en su cintura. Ella obedeció sin dejar de besarlo con la respiración agitada y la piel ardiendo.

Sentir su erección la dejó sin aliento. Llevaba días pensando en lanzarse de una vez si él no daba el paso, pero ese no era el momento. ¡Estaban en casa de sus padres! ¡Con ellos en el salón!

—Espera —consiguió pronunciar.

Ambos interrumpieron el beso dedicándose una mirada apasionada mientras recuperaban la respiración.

—Viene mamá —se oyó tras la puerta en un susurro.

Luis la soltó a regañadientes con cuidado, sin apartar la mirada de sus ojos encendidos. Ella se colocó el vestido y el pelo lo mejor que pudo y él se intentó acomodar dentro del pantalón lo máximo posible.

Regresaron corriendo a su posición inicial. Él apoyado en la cómoda, ella sentada en el escritorio.

La puerta se abrió.

—¿Todo bien por aquí?

La madre de Nora entró sin llamar revisando cada rincón con ese radar especial que tienen las madres, que escanea al milímetro el habitáculo, ropas, caras, respiraciones y hasta olores.

Nora asintió mirando la pantalla del ordenador. Tenía las mejillas

coloradas y la respiración no había vuelto a su paz habitual ni creía conseguirlo de momento.

—Vamos a pedir algo de cena. ¿Contamos con vosotros? —propuso intentando mantener a sus princesas a salvo en el castillo.

Ambos se miraron. No podían quedarse allí. Ella le rogaba que la sacara con urgencia y él lo deseaba igual.

—Muchas gracias, señora, pero he venido a buscar a Nora para salir.

La mujer asintió con una sonrisa afable y cerró la puerta de nuevo, aunque en realidad tenía la esperanza de que se quedaran. Nora ya era adulta y podía hacer lo que quisiera, pero siempre sería su pequeña a pesar de que aquel chico le gustaba mucho para ella.

Luis no era como los anteriores: era responsable, seguro de sí mismo y de lo que quería en la vida, muy trabajador... y, lo más importante, miraba a su hija de la misma forma en que su marido la miraba a ella. Ese detalle la tenía ganada desde hacía tiempo.

Y Nora... Estaba preciosa, sus ojos llenos de ilusión brillaban como nunca. Estaba sacando lo mejor de ella misma junto a él. Siempre había sido una niña creativa y estaba convencida de que su carrera tendría algo que ver con ello, pero ahora estaba especialmente inspirada, hablaba y se comportaba con una seguridad pasmosa, como cuando te sientes respaldada por la persona más importante y sabes que no tienes que tener miedo a nada...

Ojalá se acompañaran en la vida. Se complementaban tan bien...

Cuando se quedaron solos de nuevo, Luis cogió aire, se incorporó y le tendió la mano.

—¿Me acompañas a un sitio? —preguntó pensando en lo que le deparaba la noche si todo salía como estaba previsto. El corazón se le aceleró en el pecho.

—Claro que sí. Deja que me arregle un poco.

Tiró de su mano hacia él dejando un rápido beso en los labios antes de hablar.

—No lo necesitas. Estás preciosa y, además, no nos va a ver nadie. Solo estaremos nosotros dos.

Como había prometido, el ático donde estaban era un lugar especial. En la

Gran Vía y rodeados de edificios comerciales de las firmas número uno en ropa y complementos, que se ubicaban en construcciones de principios del siglo XX que formaban parte de la historia de Madrid. La arquitectura que amaba él, los escaparates que soñaba crear ella...

Luis cogió su mano y caminó cerca de la barandilla desde donde se podía contemplar la gran avenida. Nora lo siguió aferrada a él bajo el cielo rojizo del anochecer de verano en la ciudad.

—Este sitio es increíble —susurró la chica apretando fuerte la mano que mantenía entrelazada la suya.

—Solo tengo acceso hasta mañana. Era la última noche y tenías que venir conmigo —declaró deteniéndose. La miró con dulzura y colocó un mechón rebelde de su recogido tras la oreja—. Pero no es aquí donde quiero llevarte. Hay un sitio más especial.

Nora arrugó el ceño. Aquella terraza era fantástica. ¿A qué se refería?

Luis sonrió al mirar su rostro confundido.

—Tenemos que hacer trampas. ¿Confías en mí?

La mujer asintió sin palabras con un gesto en la cara que decía claramente. «¿Lo dudas aún?».

Él se mojó los labios y cogió aire antes de besarla. Sentía vértigo y no se lo producía la altura.

Retomaron el camino hasta llegar a una valla de separación entre edificios. Luis se subió a la baranda y saltó al otro lado. No era muy alta, Nora llegó sin problemas poniendo su pie en un saliente que él le indicó. Con agilidad, bajó por el otro lado. Él la estaba esperando por si le fallaban sus sandalias.

El vestido se le ahuecaba con el movimiento y, aunque intentó no hacerlo, se fijó en su ropa interior color burdeos. Soltó todo el aire de golpe y cerró los ojos un segundo para controlarse. No podía estropearlo ahora...

Cuando estuvo cerca, la sostuvo por la cintura para que terminara el descenso hasta el suelo.

Puso un dedo en sus labios y miró alrededor.

—A partir de aquí no tengo permiso. El sitio al que vamos está cruzando esta terraza. Estaremos solos, nadie nos interrumpirá, ni sabrá que hemos estado, pero este edificio hay que cruzarlo sin hacer ruido. El ático está

habitado. Haz lo que yo te diga.

A Nora los nervios se le colocaron en la garganta.

No tenía miedo, con él nunca se sentía expuesta, solo sentimentalmente, pero la adrenalina por el posible peligro zumbaba en sus oídos.

Luis cogió su mano y tiró de ella con suavidad. Caminaron en silencio sin separarse. Podía sentir el corazón de ella a cien por hora cuando se acercaba a su espalda. Esperaba que todo saliera bien. El plan era perfecto, salvo aquel inconveniente que debían superar.

Al acercarse a la zona construida, se volvió y le hizo una seña para que guardara silencio. Ella asintió y lo siguió.

Una pareja estaba en aquella pequeña casa. Ella cocinaba en ropa interior y él la miraba apoyado en la pared con la toalla de la ducha en la cadera.

Nora cogió aire y sin querer le apretó la mano. Podían ser ellos dentro de un tiempo... Luis giró la cabeza sonriente.

—Hay que pasar de prisa. Esto es propiedad privada —susurró en su oído, haciéndole sentir un escalofrío por el ligero contacto.

Ambos pasaron delante de aquella escena sin ser vistos. Estaban demasiado ocupados en su vida como para darse cuenta de su presencia.

De nuevo saltaron una valla y entraron en otra terraza.

—Bienvenida —dijo el joven señalando un espacio decorado con una especie de cama balinesa, flores y plantas cuidadas con mimo junto a una pequeña piscina de agua cristalina.

—¿Cómo puede existir esto aquí? —preguntó incapaz de creer algo así si no era porque lo estaba viendo con sus propios ojos.

—¿Es especial o no? —preguntó en el centro del espacio con los brazos abiertos, mientras le dedicaba una preciosa sonrisa.

—Ya lo creo... pero...

—No te preocupes —se adelantó para tranquilizarla—, están de vacaciones.

La mujer respiró por fin. Se lo estaba pasando muy bien. Estar al borde de la ilegalidad era algo excitante que vivir con él. Además, era tan íntegro que nunca lo hubiera imaginado haciendo algo así.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó divertida—. ¿Aquí se acaba tu plan?

—Creía que tenías mucho calor —contraatacó mientras se quitaba la camiseta ante sus ojos, las deportivas y se desabrochaba el pantalón.

Ella entrecerró los ojos. Sin contestar, se quitó el vestido con sensualidad, las sandalias y, sin darle tiempo a reaccionar, se tiró al agua. Estaba fría, algo que su cuerpo agradeció.

Se lanzó detrás, incorporándose rápido. Cuando salió a la superficie, la estaba esperando.

Nora sintió su cercanía, y se quedó bloqueada. Le gustaba tanto que tenía un miedo atroz a lo único que le aterraba, a equivocarse, a dar un paso en la dirección indebida y echarlo todo por tierra...

Luis besó su hombro sin tocarla nada más que con sus labios. Sintió el temblor de su cuerpo y oyó el gemido de la sorpresa. Arrastró su boca por la piel hasta el cuello haciendo que se estremeciera, paseando su lengua con delicadeza, sin tocar ni un milímetro más de su cuerpo con el suyo.

Cuando Nora intentó girarse para buscarlo, la sostuvo por la cintura para que mantuviera la posición.

Ella sentía sus manos calientes en el agua fría incendiando su piel, y los labios besando su cuerpo mientras se quedaba sin respiración. Cerró los ojos.

—Estaba deseando hacer esto —susurró Luis sobre su piel.

Nora volvió el rostro para encararlo y poder besar su boca. La recibió cuidando de no dejar rienda suelta al anhelo que había sentido días atrás. No quería parecer exigente y mucho menos forzar la situación. Todo debía fluir con naturalidad, como siempre entre ellos...

—Yo también, pero... necesito más... —confesó la mujer haciendo que él se detuviera. Lo miró apretando los labios, asustada por haberse precipitado, pero tenía que decirlo—. Quiero más...

Él cogió su nuca con la mano envolviendo el pelo en ella, acariciando su rostro con los pulgares intentando mantener la tranquilidad. Se acercó hasta su oído rozando los labios en su piel.

—¿Estás segura? —preguntó. Retrocedió con rapidez unos pocos centímetros para contemplar sus ojos cuando contestara.

Nora lo miró con intensidad, se humedeció los labios y, sin contestar, se lanzó a por sus labios. No hacía falta otra respuesta.

Sin dejar de besarse, Luis recogió a Nora entre sus brazos y la llevó hasta

el borde de la piscina. Era su primer encuentro sexual y quería disfrutarlo al máximo sin perder detalle.

La elevó lo suficiente como para poder sacarla del agua, él salió después.

De pie en el borde, empapados en ropa interior, la cogió por la cintura clavando los dedos en su piel, mientras con la otra mano agarró su cuello para darle un beso apasionado y profundo.

Sus lenguas jugaron mientras los cuerpos se encendían en la noche. Solo la luz del fondo de la piscina y de los neones comerciales los iluminaba.

El deseo era palpable por ambas partes. Entre besos, las miradas lo decían todo.

Poco a poco, Luis la dirigió hasta aquella especie de cama, que con cuidado había decorado con telas limpias solo para ellos antes de marcharse a buscarla.

Nora entró en el colchón de rodillas, Luis se quedó detrás buscando algo en su pantalón.

Con manos temblorosas, rozó su piel para retirar los tirantes del sugerente sujetador de los hombros, antes de besar su piel de nuevo. La mujer dejó caer la cabeza hacia un lado cogiendo aire. Sus besos y caricias eran fuego.

Pero ella también quería acariciarlo, quería tocarlo y fundirse contra su cuerpo.

—Espera —pidió él bajando su lengua por la columna en un paseo excitante.

Ella esperó. Se dejó acariciar, besar y lamer con el deseo haciéndose cada vez más fuerte.

—Quiero besarte —rogó con la respiración entrecortada mordiéndose los labios por las sensaciones que le producía.

Luis lo sabía, él también quería besar su boca, pero tenía claro que aquel juego le gustaría y la prepararía para lo que estaba por llegar.

Hizo que aguantara un poco más, pero su cuerpo también pedía atenciones y necesitaba que ella se las diera.

Se colocó frente a Nora sin dejar de acariciar su piel con la boca, hasta llegar a los labios.

Le rozó la boca con ternura, intentando medirse, podía sentirlo, pero esa tranquilidad duró poco. Se aferró a él con fuerza, cogiéndose de su cuello y

enredando los dedos en su pelo.

Luis desabrochó el sujetador y sin tregua pasó la mano por sus pechos. Nora se apretó contra su piel aguantando un nuevo gemido. Él dejó su boca para que pudiera liberar su deseo. Cogió aire nerviosa. Nunca había sentido tanto placer como el que él le provocaba.

Sin esperar más, se deshizo de su ropa interior y también de la que faltaba quitarle a ella. La tendió sobre las telas y se colocó encima de su cuerpo mientras se besaban.

—Estoy nerviosa... Lo siento... —se disculpó antes de cometer ninguna torpeza. Se sentía como si fuese la primera vez...

—Yo también... —confesó mientras se colocaba el preservativo dispuesto para penetrarla.

Cuando lo sintió entrar en ella, su cuerpo se arqueó, quedándose sin respiración. Quiso gritar, algo que nunca había tenido necesidad de hacer, pero el sonido se quedó mudo en su garganta por la fuerza de lo que sentía. Luis seguía acariciándola, besando sus pechos, estimulándola, y ella creía que iba a morir allí mismo, al sentir todas aquellas sensaciones maravillosas que estaba descubriendo con él.

Sus movimientos, seguros y rítmicos, hacían que no tuviera tiempo de pensar, solo de sentirle.

Aceleró las embestidas, tras besarla unos segundos, y ella se apretó contra él con fuerza, ayudándolo en busca del orgasmo, hasta que llegó, primero para ella, después buscó el propio.

Luis estaba asustado... Nora le había descubierto un nuevo nivel sexual que desconocía sin dejarla hacer prácticamente nada... Estaba deseando descubrirla...

La sostuvo contra él girándola para colocarla encima y que no soportara su peso. Aún se hundió más en él, excitándose ambos.

Ella estaba en disposición de llegar a un nuevo orgasmo solo con rozarla otra vez, seguía excitada, y él no perdió la oportunidad para ello. Con habilidad, acarició su clítoris con delicadeza haciendo que en poco tiempo se rindiera de nuevo.

Después de aquello, necesitaban recuperar el aliento. Nora se abrazó a él pensando que no creía encontrar a otro hombre que le hiciera sentir tanto en

todos los aspectos de la vida.

Luis miró el cielo de Madrid sin estrellas. Él quería para ella cielos plagados de ellas... Los buscarían...

—¿Me acompañarás? —preguntó sin explicar nada más.

—Sí —contestó ella sin preguntar.

Luis le apartó el pelo de la cara y giró el cuello para mirarla a los ojos.

—No te he dicho adónde.

—Eso no importa ya —confesó levantándose lo justo para poder mirarlo—. Iré donde tú vayas.

Él cogió su rostro con una mano, emocionado. El sentimiento era mutuo y una vez que lo sientes, no hay vuelta atrás.

—Dentro de un tiempo, tendré que viajar por el mundo, marcharme de aquí e ir donde mi trabajo me reclame, Nora —explicó antes de que fuese demasiado tarde. Ella debía saberlo. Aún estaban a tiempo de parar y no hacerse más daño—. Me gustaría que fueses mi compañera en esa aventura y vinieras conmigo, porque lo que acabamos de hacer ha superado cualquier probabilidad imaginable... Casi desde que nos conocimos pensé que sería difícil alejarme de ti, pero, después de esta noche, no creo que pueda hacerlo nunca...

Ella sentía lo mismo... Lo deseaba y quería compartir su camino con él...

—Quiero ir contigo. Donde sea. Cuando sea... Cuando no estamos juntos, me siento incompleta... —Luis sujetó su pelo con la mano para poder mantener el contacto visual—. Después de este encuentro y sentir lo que acabo de sentir... no creo que pueda alejarme de ti...

—Nunca digas nunca... La vida es complicada, pero te prometo que lucharé por nosotros siempre.

Nora lo besó con pasión desbordada.

Solo un hombre que ama de verdad es capaz de decir algo así.

## CAPÍTULO 14

A Sara no le extrañó encontrar a Nora sentada sola en la cocina.

Luis se había marchado y era probable que no supieran nada de él en un tiempo. Todo lo que había sucedido era doloroso para él. Tanto ella como Diego eran muy conscientes de la tristeza y angustia que le provocaba aquella situación.

La pareja se quedó hablando mientras ellos se retiraban a dormir y, cuando de madrugada fue a la cocina a por un vaso de agua para Jaime, sin querer presenció la escena del salón oculta entre las sombras.

Tenía dudas sobre si finalmente Luis se iría como tenía planeado. Alababa su valentía de hacerle frente y no dejarse llevar por los recientes acontecimientos. Lo más importante para él en la vida había sido Nora... La decisión no era fácil...

Lo había pasado muy mal, quizá solo ella sabía cuánto. Era consciente de lo mucho que callaba y nunca contaría, pero la vida seguía a su alrededor. Necesitaban que supiera que la paciencia tiene un límite.

O comenzaba a caminar fuera del agujero en el que estaba, o las pocas personas que aún se preocupaban por ella se marcharían de su lado.

Lo más probable era que tuviesen que retomar la terapia tras el rechazo, pero era una mujer muy fuerte y lo superaría como había hecho antes, aunque no tuviese ese concepto de sí. Había llegado hasta allí con voluntad y esfuerzo, solo tenía que creer en ella misma y sus capacidades un poco más.

Verla sentada en el banco de la cocina, con el café en la mano y la chaqueta de lana cruzada en el pecho apretándola contra su cuerpo como si el calor la hubiese abandonado y la prenda de abrigo no fuese suficiente, le

rompía el corazón, pero no había vuelta atrás.

—¿Quieres otro café? —le preguntó desde la barra americana con la cafetera italiana en la mano. Dudaba de si se había dado cuenta de que lo preparaba. Estaba tan concentrada en lo que fuese que estuviera pensando que no había querido decir nada antes.

Nora regresó de aquel ático de tantos años atrás donde confirmó que Luis era el hombre de su vida al escucharla. Se alegró de que estuviera allí.

Aun así, negó la oferta con un gesto de la cabeza sin volverse. Fuera seguía nevando y la melancolía del cielo gris la tenía atrapada.

Sara la observaba con el corazón dividido. Seguía furiosa por lo que había sucedido días atrás, pero verla así le partía el alma...

Quería mucho a su hermana, pero se hacía tanto daño a ella misma que había aprendido a no sentir pena por lo que le sucedía, convirtiendo ese vacío de sentimientos en rabia por la impotencia de ver que no cambiaba su actitud.

Sin embargo, por Luis sí la sentía. No era capaz de dejar de quererla, aunque durante años intentó hacerle ver que era mejor que la olvidara...

Lo comprendía. Obligarle a no amarla era como si a ella le dijeran que dejase de querer a Diego... Imposible.

Guardando la exasperación que le producía la situación, se sentó junto a ella y, con cariño, le rozó el hombro en una caricia.

Nora palmeó su mano agradeciendo el gesto sin cambiar de posición. No estaba segura de si sabía lo que había pasado, pero, con la determinación que Luis había hablado, era probable que Diego y ella estuvieran al tanto de su inminente viaje.

Además, ellas tenían asuntos pendientes que resolver...

No era un buen día para hablar...

—Sé que es doloroso, pero Jaime está a punto de levantarse... —informó Sara en tono suave. El niño no debía verla así.

En el fondo se ponía en su lugar y le desgarraba lo que podía sentir en ese instante.

—No te preocupes. Estoy bien —contestó volviéndose para mirarla.

La mujer se sorprendió. Ver esa convicción en sus ojos y en el tono de voz no era habitual. La pena se reflejaba en su rostro, pero sus palabras eran verdad.

—Lo siento —se disculpó sincera. Le habría encantado que acabaran bien, que aquel encuentro hubiese sido una nueva oportunidad para su historia de amor.

—Yo también, pero él se merece a alguien mejor... Perdóname, Sara. No me he portado bien con vosotros —añadió consciente del daño causado al menos en parte.

Sara cerró los ojos midiendo las palabras que quería gritar de impotencia.

—No te preocupes por nosotros, estamos bien —obvió el tema. Estaba allí y era lo importante. Ya hablarían más adelante, cuando se recuperara de esta nueva situación—. En cuanto a Luis, se merece tener a la mujer de la que siempre ha estado enamorado y no puede olvidar. Él necesita a la Nora que le robó el corazón y con la que era el hombre más feliz del mundo... —Ambas mujeres tenían los ojos humedecidos por la emoción. Eran conscientes de lo importante que fue lo que hubo entre ellos e impreso en aquellas palabras. Nora acababa de revivir uno de los muchos momentos especiales con él. Sabía lo grande que era su amor por ella—. No te rindas. Lucha, hermanita, porque la vida sigue aquí fuera y es maravillosa. No pierdas más el tiempo, nunca lo recuperarás... —Cogió aire mientras metía un mechón rebelde tras la oreja como hacía desde que eran pequeñas—. Algún día te encontrarás con él y ya no estará... Habrá aprendido a vivir sin ti, a querer a otra... —Cogió sus manos con fuerza y buscó su mirada—. No permitas que suceda. Vuelve con nosotros. A este lado te espera una vida feliz y es lo que papá y mamá hubiesen deseado para ti. Vívela.

Tras mirarse unos segundos, se fundieron en un abrazo mezcla de pena, nostalgia y mucho amor.

—Quiero intentarlo, pero no creo que lo consiga... Será demasiado tarde... —confesó abatida. El túnel era muy largo, y la luz, solo un hilo luminoso a mucha distancia. Quizá tardara años en volver a ser la mujer que él esperaba... Ya no estaría.

—Nunca es tarde, Nora, porque lo tienes que hacer por ti, no por Luis, ni por mí, ni siquiera por tu sobrino... Eras una mujer independiente, divertida, emprendedora... Eras fantástica y puedes volver a serlo, cariño, y... si él se ha cansado de esperarte, habrá otro hombre que te quiera y del que te enamorarás. —La cogió de los hombros y tiró de ella para separarla un poco



Sorprendida al principio, le devolvió el beso. Amaba a su marido sobre todas las cosas. Él era su norte y deseaba que Nora dejase que Luis fuese el suyo.

Tras otro grito del pequeño y oír los pasos de las carreras en el piso de arriba, Diego culminó el beso.

—Sube antes de que construya una rampa de salto olímpico en trineo desde el balcón... pero esta noche, tú y yo, tenemos una cita —ordenó él sosteniéndole la intensa mirada llena de deseo.

Sara no contestó, dejó otro breve beso en sus labios como respuesta y salió de la sala. Diego observó sus pasos con anhelo hasta que desapareció por la escalera.

El camino de Luis hasta Madrid en la soledad de su coche resultó difícil.

Cada kilómetro lo alejaba más de la mujer que siempre había querido para crear una vida, una familia. Era la única con la que no le hacía falta una conversación para hablarse... Cuando las cosas iban bien, todo era fácil entre ellos.

Había sido muy valiente esos últimos días. Ahora, tras contarle una pequeñísima parte de su enfermedad, era plenamente consciente de ello y por eso le costaba más no dar media vuelta y echar por tierra sus planes.

Pero, si lo hacía, sabía que no la ayudaría. Era más probable que no se recuperara teniéndolo cerca. Marchándose le daba un motivo por el que intentarlo.

*Solo*,<sup>[16]</sup> de Sôber, lo acompañó gran parte del viaje. Años atrás, también. Entonces sí se sintió herido por el abandono, ahora se sentía como un cabrón.

Le había costado mucho esfuerzo y voluntad rechazarla. Probablemente había sido lo más doloroso que había tenido que hacer en la vida, mucho más que lo que le sucedió cinco años atrás, pero todo era por ella, igual que cantaba Ne-yo en la otra canción que puso en bucle durante el viaje, *She is*<sup>[17]</sup> ... Esperaba no equivocarse...

Al llegar a Madrid, no esperó. Dejó un mensaje a Diego y Sara para que se ocuparan de su coche y la casa como habían acordado, y le enviaran en cuanto pudieran sus enseres personales a Nueva York, cambió el billete y se marchó.

Si ella lo seguía y aparecía por allí, no tendría fuerza de voluntad para volver a negarse.

Ya en el asiento del avión, cuando nada podía cambiar el rumbo de las cosas, se dejó llevar por el corazón. Llorando como un niño, sintió la pena arrasando su alma.

En esta historia habían perdido los dos.

Ojalá la vida pensara que era injusta con ellos y les regalase otra oportunidad...

Esperaba que no fuera pedir demasiado...

Nora jugó con Jaime sin descanso durante toda la jornada. Era la mejor forma de no pensar.

Después de desayunar y abrigarse bien, se habían tirado con el trineo por las pendientes de la montaña permitidas para tal fin, habían hecho un precioso muñeco en el jardín de la casa y, para rematar, había acontecido una batalla de bolas de nieve con Sara y Diego, que terminó con todos empapados riendo sin parar.

El niño, aunque solo tenía cuatro años, había sido prudente al preguntar por «el tío Luis». En cuanto su madre le explicó que se había tenido que marchar por trabajo antes de lo previsto sintiendo mucho no poder despedirse, él asintió pensativo, calló lo que cavilaba y no volvió a mencionarlo. Su tía Nora estaba allí, jugaba con él divertida, pero a veces sus ojos se perdían y el pequeño intuía que era pensando en ese hombre.

Cada vez que podía, la abrazaba con fuerza y dejaba besos cargados de mucho amor. Pensaba que quizá así no estaría tan triste.

Cuando regresaron a casa, y tras ver las miradas que su hermana y Diego se dedicaban, Nora aceptó que salieran a cenar mientras ella cuidaba del niño.

Después de que se marcharan muy acaramelados cogidos de la mano, tía y sobrino fueron a la cocina.

Jaime se sentó en uno de los taburetes altos, mientras Nora miraba qué había aprovechable en la nevera.

—¿Y si pedimos unas *pizzas*? —propuso el pequeño mirando un folleto de un restaurante italiano sobre la mesa.

—Creo que es una gran idea, porque aquí se espantaría hasta un ratón —

apreció Nora ante la nevera prácticamente vacía.

Se colocó frente al pequeño, al otro lado de la barra, y fue nombrando una por una las *pizzas* y sus ingredientes.

—Tía, la *pizza* carbonara es la mejor del mundo. Pide esa.

Nora lo miró enarcando las cejas con sorpresa.

—¿Desde cuándo la carbonara ha quitado el puesto a la Bacon Crispy? — Era la que siempre pedían en Madrid.

Jaime subió y bajó los hombros sin saber qué contestar.

—Lo dice tu madre, ¿verdad? Para que no te sienta mal la salsa barbacoa.

El pequeño asintió repetidas veces. Nora suspiró.

—¿Qué te parece si pedimos mitad carbonara, mitad barbacoa, y así comemos de ambas?

El niño le regaló una sonrisa de oreja a oreja que la emocionó. Había propuesto una solución sencilla, pero para él, a su corta edad, era como si arreglara el mundo.

—Hecho entonces. Si aquí las hacen como creo, te encantarán las dos.

Como estaba previsto, el restaurante tenía horno de leña y las *pizzas* sabían como si estuvieran en la misma Italia.

Entre risas, sentados en el suelo del comedor mientras veían en la televisión un especial de vídeos musicales navideños que hacía días habría evitado a toda costa, Nora comenzó a caminar fuera del túnel que le quitaba la vida sin darse cuenta.

De forma sencilla y silenciosa se entra en él, pero cuesta mucho esfuerzo, sacrificio y voluntad salir.

En aquella casa en las montañas, rodeada de la familia que le quedaba, celebraron la festividad de los Reyes entre regalos, nostalgia y alegría.

Sara y Diego, conscientes de lo que suponía su esfuerzo, la sostuvieron en silencio en cada momento, ayudándola a superar lo que quedaba de sus primeras Navidades en familia después del accidente y, por supuesto, a plantarle cara a cada nuevo día con la meta de conseguir volver a ser parte de la mujer que fue cinco años atrás. Más madura, con experiencias que curten el alma a sus espaldas, pero con ilusión y sueños por cumplir, como debía haber sido siempre.

# CAPÍTULO 15

*Navidades del año 2015*

Durante muchos años, Nora había escuchado *Empire State of Mind (part II) Broken down*,<sup>[18]</sup> de Alicia Keys, soñando que, en el momento en el que pusiera un pie en la ciudad de Nueva York, escucharía esa canción.

Y allí estaba, en la proa de un barco en mitad del río Hudson, mirando a su alrededor emocionada, con el iPod conectado en sus oídos y escuchando la canción que hablaba de la ciudad de sus sueños.

Cerró los ojos unos segundos dejando que el alma de la canción se apoderara de la suya y, cuando los abrió, todo el *skyline* de Manhattan la recibió.

El Empire State, Rockefeller, su adorado Chrysler y el impresionante One World Trade Center.

Como decía la canción, era como estar dentro de una de las películas que tantas veces había visto.

Recordó a Melanie Griffith en *Armas de mujer*, sentada en el interior de un *ferry* parecido a aquel, encontrando la inspiración que cambió su vida.

Quizá aquella ciudad llena de magia, y a la vez muy cruel, le enseñara su mejor cara y también hiciera que cambiara la suya.

Nueva York...

Un sueño cumplido...

Inevitablemente, las lágrimas aparecieron en sus ojos, pero no de tristeza como tantas y tantas veces habían sido en los últimos tiempos, eran de

alegría, de emoción por haber conseguido ser una mujer parecida a la que se perdió por su incapacidad de afrontar lo más triste que le había sucedido en la vida.

El móvil vibró en el bolsillo del abrigo. Lo sacó y leyó el WhatsApp.

*¿Ya?*

Con una sonrisa, hizo una foto a las preciosas vistas que tenía ante ella y la envió al instante.

Un montón de emoticonos de admiración, sonrisas, corazones y besos invadieron la pantalla, seguidos del texto:

*Enhorabuena, Chiquitina!!!!!!!!!!LO HAS CONSEGUIDO!!!!!!!!!!*

*Siiiiiiiiiiiiiii.*

*No te rindas. Sé fuerte.*

*Te queremos.*

Emocionada, envió besos y guardó su teléfono.

—Nueva York, allá vamos —susurró para sí cogiendo aire. Lo iba a necesitar.

Era Fin de Año y Nora se vistió para la ocasión.

Había pasado Nochebuena en casa con su familia, pero en Nochevieja, aunque fuese el día más duro del año, esta vez se guardaría el miedo y la tristeza para intentar recuperar lo que le faltaba en la vida.

Los últimos meses habían sido difíciles, mucho, y aunque su hermana y los chicos no la habían dejado parar a pensarlo ni un segundo, también se había sentido muy sola, algo que desde el accidente no había sido un problema. Antes era como más a gusto estaba.

Su corazón anhelaba a Luis. Lo echó de menos desde el mismo instante en que sus cuerpos se separaron en aquella casa en la nieve y, aunque no había luchado tanto por él, sino por ella misma como su hermana le aconsejó, cumplir lo que le pidió era una parte importante del proceso.

Durante los últimos meses se había preparado psicológicamente para el rechazo. Era lo más probable a estas alturas. Había pasado demasiado tiempo

y esperaba que todo lo que había trabajado para cuando llegase ese «no» sirviera de algo.

Gracias a Diego, sabía que Luis estaría en el hotel Strand, en el barrio de Chelsea, en Manhattan. Allí se celebraba la fiesta que ofrecían sus mentores en el espectacular Top of the Strand, el salón y la terraza del ático que se habían acondicionado para poder ver «la caída de bola» que daría la bienvenida al nuevo año.

Ella estaba alojada en el hotel Room Mate Grace de la calle 45.

A pesar del frío, lo mejor era bajar caminando por la Sexta Avenida hasta la 47. Muchas calles estaban cortadas para celebrar la fiesta navideña y el concierto que tendría lugar en la explanada de Times Square hasta que llegara la medianoche. La gente llevaba horas desplazándose a la zona. Todo era bullicio y algarabía.

Caminando por el centro neurálgico de la ciudad entre luces navideñas, nieve, el frío que se calaba en los huesos por la humedad y la alegría por la noche que tenían por delante, los nervios la consumían.

Sabía que tendría acceso a la fiesta gracias a su hermana. Había conseguido hablar con uno de los amigos de Luis, que conoció por casualidad años atrás en un viaje que hicieron a Madrid.

Todo estaba dispuesto para la sorpresa. Ahora solo faltaba que la magia que la ciudad regala a algunas personas afortunadas fuera amable con ellos.

Durante el ascenso al ático, cerró los ojos intentando calmar la ansiedad. Posiblemente iba camino del momento más importante de su existencia en la noche más triste... porque sí, recordaba cada minuto de aquel maldito día, pero se había prometido a sí misma que no regiría su vida nunca más.

Abrió los ojos, soltó el aire de los pulmones y salió del habitáculo cuando se abrieron las puertas.

Un hombre con traje negro y un iPad en la mano le pidió amablemente su nombre. Se lo dijo casi en un susurro, en parte por miedo a que no la dejaran acceder, en parte para que, si él estaba cerca, no lo oyera.

Con una sonrisa, el hombre le dio la bienvenida, ella le entregó la tarjeta dorada que le pedía y entró.

Había mucha gente elegante con copas de champán en la mano charlando y riendo.

Un pianista tocaba en un pequeño escenario junto al mirador donde la ciudad se imponía ante ellos.

Era impresionante. La contempló inmóvil, emocionada. Llevaba tres días allí y aún le parecía un sueño.

—¿Nora? —oyó que la llamaban a su espalda. No era la voz de Luis, intuyó que sería el hombre al que debía dar las gracias por el acceso a la fiesta.

—¿John? —preguntó con una sonrisa.

Él asintió devolviéndole el gesto mientras se daban la mano.

—Encantado de conocerte —se presentó mirándola con sorpresa y picardía a la vez. Igual esperaba a una loca desaliñada y en pijama... Era probable, todo dependía de cuánta información tuviera respecto a ella. Hablaba inglés americano, pero, aunque el suyo era británico y algo oxidado, le entendía bien—. Luis aún no está aquí. Tenía trabajo y se retrasará. Puedes disfrutar de la fiesta mientras llega. Tranquila, no sabe nada. —Nora asintió con timidez—. Si te sitúas en aquella zona, lo verás llegar, pero él a ti no. —El hombre había señalado una mesa alta en un rincón junto al mirador—. Está en penumbra y te será más fácil ocultarte.

—Gracias —contestó sin saber muy bien qué decir. No tenía confianza con él, a lo que se sumaban los nervios.

—Se alegrará de verte. No tengas miedo —la animó ofreciéndole una copa de champán rosado que cogió de la bandeja de un camarero que se había acercado a ellos.

—Eso espero —musitó con la vista puesta en el ascensor y el corazón en la garganta tras recoger esa copa.

—Unos minutos antes de las doce, saldremos a la terraza para ver la tradicional caída de la bola de Times Square. No te lo puedes perder.

Nora agradeció su amabilidad y, tras unos minutos charlando, se disculpó por robarle su tiempo.

—Será mejor que te deje en paz. No te preocupes por mí, estaré bien. Disfruta de la fiesta y muchísimas gracias por hacer posible que esté aquí.

John, que solo sabía una pequeña parte de la historia pero conocía los sentimientos de su amigo por aquella mujer desde hacía muchos años, se acercó a su oído con complicidad para que nadie más pudiera oírlos.

—Si no puedes, yo te ayudaré. Solo tienes que decírmelo y haré que te vea. No tengas miedo.

Nora se sorprendió, pero solo en parte. Estaba segura de que había sido motivo de muchas conversaciones tomando una copa o en días difíciles para Luis.

—Gracias, no sé qué decir —se disculpó nerviosa.

—Tranquila. No tienes que decir nada. Vamos a comer y tomar algo mientras aparece. Ya decidirás qué hacer después.

Sobrepasada por la ansiedad, accedió. Era mejor estar acompañada y entretenida que sola. La compañía retrasaría una posible huida si los nervios podían con ella.

Cenaron disfrutando de las vistas del *rooftop* mientras John le explicaba lo que se veía desde allí. Estaban en el *high line* y podían ver, por un lado, la estatua de la Libertad y el río Hudson y, por el otro, el fastuoso *skyline* de Manhattan.

A las once y media de la noche, comenzó a pensar que Luis no aparecería. John lo había llamado un par de veces al teléfono móvil, sin respuesta. Todo su plan se estaba desvaneciendo por momentos.

El hombre intentaba quitarle importancia a la situación, pero Nora comenzaba a pensar en marcharse.

—John, te quiero dar las gracias por ser tan amable conmigo y hacerme pasar una velada increíble. Nunca pensé que estaría en un lugar como este en la ciudad que siempre he soñado —aseguró mirando alrededor. Era un sitio muy especial—. Ha sido inolvidable, pero será mejor que me vaya. Creo que no pinto nada aquí.

Él la miró sobrecogido. Su amigo era muy tonto si no se presentaba de inmediato en aquella fiesta.

La mujer que tenía delante había realizado un esfuerzo estremecedor para llegar hasta ese punto tan difícil en su vida, no se merecía un desprecio así, aunque Luis lo hiciese de forma inconsciente.

—Nora, si el gilipollas de mi amigo no está aquí para las campanadas de medianoche, prometo que te besaré. Eres una mujer excepcional y, si él no te quiere, me gustaría conocerte mejor.

Lo escuchaba atónita. No recordaba la última vez que un hombre le había

dicho algo así... Ni siquiera se había fijado en él físicamente hasta ese instante. Era muy guapo, elegante y *sexy*. No supo qué contestar.

John sonrió para darle confianza, cogió su mano y salieron a la terraza acondicionada con grandes estufas de pie para proteger del frío a los invitados.

Los preparativos para la medianoche comenzaban y las luces exteriores eran más tenues para no quitar protagonismo a la gran bola de cristal que podían contemplar en la distancia.

Nora había cogido un chal de lana como bufanda, que ahora le servía de abrigo para ese momento, dejando ver su precioso vestido de cristales y lentejuelas negro en el que se reflejaban las luces que la rodeaban. No podía ponerse otra prenda en esa noche...

Luis, que había estado horas pegado a sus planos, maquetas y ordenador, llegaba desganado a la dichosa fiesta de Nochevieja.

No era un buen día, ni en lo laboral ni en lo personal, pero tenía que dejarse ver por allí aunque solo fuese una hora. Los recuerdos le tenían muy irascible en estas fechas delicadas.

Tras dar su nombre en la puerta y entregar la invitación, saludó a sus mentores, a los socios del proyecto en el que trabajaba y a sus esposas.

Se giró en dirección a la terraza para coger un buen sitio en la barra del bar exterior antes de que toda aquella gente saliera a celebrar una de las noches más tristes del año, aunque la algarabía hablase de todo lo contrario.

De nuevo se encontraba en esa ciudad celebrando las Navidades, solo y alejado de la gente a la que más quería. No hallaba ningún motivo para estar feliz.

Caminó hacia la terraza saludando a las personas que amablemente lo felicitaban por su último proyecto, la restauración de un edificio en el Soho, que había sido alabada por la prensa de la metrópoli.

Una de las veces que miró al exterior, vio que una mujer acompañaba a su buen amigo John. Sonrió al pensar que por fin había acudido a una fiesta con pareja. Era un *playboy* en toda regla, uno de los solteros más cotizados de la ciudad. No le creyó cuando le dijo que iría con acompañante. Su estilo era más de ligar en las fiestas y no le faltaban eventos a los que acudir.

Cogió una copa de champán de la bandeja que le ofrecía el camarero que había aparecido frente a él tapándole las vistas. Un nuevo invitado le dio la enhorabuena por su trabajo y retomó el camino.

La respiración se le cortó y el corazón se le paró de golpe.

Aquella mujer...

Aquel vestido...

—Mil luciérnagas en el jardín —susurró sin pensar. No podía creer lo que veía. Era imposible. Su anhelo de ella jugaba con él.

A paso lento, se acercó sin quitar ojo de su cuerpo.

Las piernas definidas y largas, los zapatos de tacón alto haciéndolas más esbeltas, el pelo recogido a un lado... sus brazos alrededor de su cuerpo abrazándose a sí misma como tantas y tantas veces le había visto hacer cuando estaba nerviosa o tenía miedo. Cuando tenía frío se frotaba las manos...

Entre la gente que ya acudía al exterior, se situó tras ella y aspiró su aroma.

No había duda...

—Nora —la llamó con calma, pero estaba muy nervioso.

La mujer oyó su nombre tras de sí y todo su cuerpo tembló como si la sacudiera el viento.

John la miró observando su reacción.

Aunque Luis no hubiera aparecido, nunca jamás hubiese podido conquistar su corazón. Tenía dueño desde hacía mucho tiempo. Solo siendo así, una mujer reaccionaba a las palabras como si fuesen caricias. Ojalá encontrara a la persona que le sintiera así...

Lo miró con una disculpa en los ojos. Se había portado muy bien con ella y, aunque agradecía su gesto y sus intenciones eran honestas, Luis era su razón para estar allí.

Con media sonrisa, John le guiñó un ojo a modo de despedida, se acercó a su amigo para darle un apretón de manos que desembocó en un abrazo y desapareció.

Ella se volvió para enfrentarse a él. Estaba muy guapo, vestido muy elegante para la ocasión.

—Hola —lo saludó con timidez. No estaba segura de qué pasaba por su

cabeza. Estaba serio y la miraba con intensidad.

—Estás aquí —balbuceó mientras la gente comenzaba a llenar la terraza para el gran momento.

Nora asintió mirando a su alrededor. Él sabía lo que deseaba estar en aquella ciudad.

—Es impresionante —declaró tímida. No era momento de guardarse nada, ni de tener miedo, aunque lo tenía.

—Sí, lo es —afirmó acercándose hasta ella. Ambos se contemplaron unos segundos sin creer que estuviesen uno frente a otro después de todo.

—No me extraña que quisieras volver. Cuando llegas aquí puedes sentir que todo es posible —confesó retirando de él la mirada para observar el *skyline* de Manhattan iluminado.

Luis se mordió el labio para callar lo que estaba a punto de salir de su boca. Quería decirle que ahora sí creía que todo era posible en Nueva York, todo lo que la había echado de menos, lo que la amaba, lo que la anhelaba en el día a día y en su cama, lo que la deseaba...

—Es una ciudad llena de posibilidades, si quieres aprovecharlas —se obligó a decir siguiendo su mirada. Estaba fija en el edificio Chrysler, su favorito. Incapaz de esperar a que le contase por qué estaba allí, apretó la mano que guardaba dentro del bolsillo del pantalón, mientras en la otra sostenía su copa, y preguntó—: ¿Cómo sabías que estaría aquí? ¿Por qué has venido?

Nora sonrió mirándolo de nuevo. Tenía tanto que decirle, tanto que contarle sobre los últimos meses, que no acabaría antes de cambiar de año.

—Hace tiempo me dijiste que me esperarías, que estarías aquí aguardando a la Nora de la que te enamoraste... —Luis aguantó la respiración. Estaba preciosa y en su mirada ya no había tristeza, había vida—. He venido a decirte que esa Nora ya no volverá nunca más, se perdió hace seis años una noche como está y no la recuperaré jamás. —Él se bebió de un trago el champán. No estaba seguro de qué iba a decir a continuación. Por primera vez sintió miedo de verdad a perderla, porque no habría más oportunidades. Su corazón y el sentido común no lo aguantarían. Ella cogió aire y sonrió con tristeza antes de continuar—. Ha sido muy duro y difícil, no te voy a engañar. Me ha costado mucho llegar hasta aquí, venir a verte...

pero creía que era lo justo. Debía contarte la verdad.

—Y... ¿cuál es? —preguntó con rapidez intentando disimular los nervios.

—Nunca he dejado de quererte, ni siquiera cuando te obligué a alejarte de mí. Era todo lo contrario, lo hice porque te amaba demasiado para estropearle la vida. —Luis cerró los ojos reviviendo el dolor que ese momento le provocó mientras ella continuaba hablando—. Cuando te fuiste de la casa de la nieve el año pasado, comencé un proceso de recuperación, pero no por ti, sino por mí misma. Después de mucho trabajo, esfuerzo y días muy malos, he conseguido ser una mujer independiente, con iniciativa, más segura de lo que esperaba... aunque no como antes, pero sobre todo que lucha por vivir día a día una vida plena y feliz. —Cogiéndose fuerte el pecho con los brazos cruzados, apartó de nuevo la mirada observando cómo su alrededor se había llenado de gente—. Entiendo que no sea lo que esperabas. Un año es mucho tiempo y probablemente mis pequeños avances no sean suficientes, pero quería realizar este viaje y darte las gracias por hacer posible el cambio.

Luis la observaba impactado por lo que escuchaba. ¿De verdad creía que no apreciaba sus logros? ¿Tan duro había sido con ella para que no se sintiera lo suficiente para él?

Confuso por lo que leía a través de sus palabras, se acercó a su cuerpo y le rodeó la cintura con su fuerte brazo.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó desconcertado.

—No te preocupes, no he venido a pedirte ni a exigirte nada. Solo quería verte...

El hombre negó con la cabeza, incrédulo. Había llegado hasta allí, había trabajado para ser libre otra vez y había ido a buscarlo. ¿Cómo no iba a ser suficiente?

—Te has puesto mi vestido —apreció paseando la mirada por su cuerpo. Nora asintió expectante por el cambio de conversación.

—No tengo muchos vestidos apropiados para una fiesta en un *rooftop* en Manhattan. Me pareció que este fabuloso regalo de mi mejor amigo, que bautizó como «mil luciérnagas en el jardín», iría perfecto para la ocasión.

Sonrió con los ojos entrecerrados. Aún no se había dado cuenta de que era ella quien brillaba para él, no el vestido.

Pero su tono de voz era diferente, sus palabras... era Fin de Año y,

aunque la nostalgia estaba latente, allí estaba.

—¿Tu mejor amigo? —preguntó mientras los gritos por la proximidad de la medianoche los envolvían.

—No creo que ningún hombre más pueda tener ese título nunca —confesó sincera—. Ningún hombre podrá conocerme jamás como lo has hecho tú.

La bola de Times Square comenzó a descender y ambos fijaron la mirada en ella.

Nora había dicho todo lo que necesitaba y se sintió reconfortada. Estaba preparada para el rechazo, era para lo que había trabajado tanto tiempo.

Contemplando la esfera de cristal, pensó en la suerte que tenía de vivir aquel acontecimiento tan especial en un lugar único como aquel, aunque una parte de ella estaba triste y necesitaría mucha atención.

Luis era consciente de a qué se refería. Habían compartido demasiadas cosas malas como para volver a revivirlas aunque fueran relatadas. Ella nunca contaría aquella parte de su vida, la guardaría con celo en un lugar muy profundo.

Tampoco él amaría a otra mujer como a ella. Lo había intentado en el pasado y no salió bien. Solo consiguió hacer daño a aquella pareja y a sí mismo.

—No quiero ser tu mejor amigo —replicó en tono serio obligándola a mirarlo preocupada—. Quiero ser mucho más. Lo quiero todo —confesó emocionado.

Los gritos, el confeti y los empujones de la celebración del cambio de año los rodeaban, pero ellos solo se veían el uno al otro.

Nora repetía mentalmente las palabras que acaba de escuchar para convencerse de que no eran una invención de su cansada cabeza, mientras lo miraba incapaz de moverse.

Luis cogió su rostro con delicadeza, lo acarició con calma borrando las lágrimas que comenzaban a brotar de sus ojos y lo levantó ligeramente para que lo mirase.

—Te quiero, Nora. Te quiero como eres. Con lo bueno y con lo malo. Yo cuidaré de ti. Déjame cuidar de ti de una vez...

La mujer, incapaz de decir nada al respecto, asintió feliz.

Él sonrió y, tras humedecerse los labios, la besó con todo el amor y la pasión que había guardado en su corazón durante tanto tiempo, en la ciudad que ella adoraba, rodeados de un sueño que se había hecho realidad a pesar de todo. Estaban juntos en Nueva York.

El camino iba a ser difícil, de eso estaban seguros, pero también de que, juntos, lo sería mucho menos.

Juntos todo era posible.

## EPÍLOGO

*Navidad. Un año después...*

—No lo encuentro... ¿Cómo he podido perder algo así? —susurraba mientras rebuscaba entre cajas y cajas vacías de las que había sacado los objetos navideños con los que estaba decorando la casa.

Nora, desesperada, se levantó del suelo donde permanecía arrodillada y comenzó a buscar en el resto de embalajes que había al otro extremo del salón.

Habían regresado a Madrid, a aquel lugar que tanto significaba para ellos. Era la casa de su vida y, aunque estaban en plenas Navidades, habían realizado la mudanza sin querer perder un minuto.

—No puede ser... No, no, no... no es posible...

Luis la observaba desde el quicio de la puerta que comunicaba el salón con la cocina. Estaba casi seguro de saber qué buscaba. Solo había una cosa que hubiese cambiado de sitio sin que ella lo supiera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó acercándose. Estaba muy nerviosa.

—No. No estoy bien —contestó sin mirarlo. Solo tenía ojos para buscar lo que había perdido—. ¿Has visto la estrella? No encuentro la estrella... — Luis cogió aire. Era justo lo que esperaba—. He perdido la estrella de mi madre... ¿Cómo me ha podido pasar?

Era la primera vez desde el accidente que Nora decidía poner los adornos de Navidad. Muchos eran nuevos, comprados en Nueva York en el mercado artesanal de Union Square Park para traerse un pedazo de aquella ciudad que

amaba tanto... Pero la estrella era tan antigua que no recordaba otra...

—Tranquila. No la has perdido —contestó con seguridad.

Nora, que estaba de espaldas a él, con una mano en la frente y la otra apoyada en la cadera haciendo que el jersey largo de lana que llevaba como vestido se subiera insinuante hasta el borde de sus nalgas, ya que cubriendo las piernas solo llevaba unas medias de lana que llegaban hasta un poco más arriba de la rodilla, paró en seco la búsqueda. Aquel tono de voz lo delataba.

—¿Qué has hecho con mi estrella? —inquirió muy seria, girándose para encararlo al borde del ataque de nervios, pero más tranquila al confirmar que, estuviera donde estuviese, el objeto se encontraba a salvo.

Se fijó por fin en él. Estaba muy guapo y *sexy* con tan solo un simple pantalón negro de algodón, pero no quería desviarse del tema.

Luis levantó la cerveza pidiendo un segundo, mientras se deleitaba en lo guapa que estaba.

Con tranquilidad, la dejó en la cocina, caminó hasta un mueble del salón, abrió la puerta, sacó una caja roja preciosa y se acercó a ella.

—Ábrela —pidió con calma a su oído.

La mujer cerró los ojos ante aquel susurro que le erizó la piel. Cogiendo aire, abrió la caja con manos temblorosas. Envuelta en papel de seda y terciopelo, estaba la estrella del árbol. Era blanca, de cristal, con purpurina y cristales diminutos que la hacían brillante y preciosa.

A Nora le resbaló una lágrima por el rostro. Estaba más bonita de lo que recordaba...

—Tengo un amigo que restaura objetos y le consulté si podía hacer algo para recuperar un poco el cristal. —Nora lo miró sorprendida. ¿Cómo sabía lo importante que era para ella? Y, lo principal, ¿cómo sabía que iba a decorar la casa? Él la conocía tanto... Luis sonrió. Sabía lo que pensaba y todas esas preguntas que rondaban su cabeza hacían que arrugara la frente y entrecerrara los ojos. Se explicó para sacarla de dudas—. Sara me habló de los adornos de Navidad que guardaste en el trastero alquilado cuando vendisteis la casa de tus padres. Tenía una copia de la llave y no fue difícil encontrarla con aquellas letras gigantes escritas sobre el embalaje. —Acarició su rostro con dulzura consciente de los sentimientos que estaba experimentando. Ya habían tenido otras ocasiones en que gestionarlos había

resultado complicado, pero habían trabajado mucho para que no le afectaran más de lo que debían—. Tenía la esperanza de que algún día quisieras usarla aquí... Ellos forman parte de nosotros aunque no estén, y no encuentro forma más bonita para recordarlos que decorando la casa con todos estos adornos que han sido parte de tu vida, mezclados con los de la nuestra.

Nora dejó la caja sobre el mueble con sumo cuidado mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Se acercó a él, agarrándolo del cuello con sus delicadas manos, y susurró un «gracias» emocionado acariciándole la boca con los labios a la vez que él limpiaba su rostro con ternura. Tras unos segundos en que ambos se miraron intensamente, lo besó.

Luis no estaba seguro de su reacción, eran fechas difíciles de asumir aunque ella le había demostrado que estaba preparada para vivirlas sin temor a recaer. Se había propuesto generar recuerdos nuevos que las hicieran menos dolorosas.

Le devolvió el beso con pasión, no sabía hacerlo de otra forma desde que la conoció y, tras superar la separación y los obstáculos que la vida les había puesto, ahora sentía su atracción con más intensidad.

Este último año había sido un reencuentro en todos los aspectos para ellos. Como pareja, como personas, en su vida profesional... Se habían descubierto otra vez, sorprendiéndose de que, en lo básico, no habían cambiado tanto...

Con ganas de jugar, Luis metió la mano por debajo de su jersey, que, al agarrarse a él, se había vuelto a subir, provocándolo. Acarició su piel hasta la cintura, donde apretó sus dedos lo suficiente como para que ella sintiera la exigencia de algo más que una caricia, haciendo que se acercara a su pelvis. Continuó su asalto incapaz de parar, dejando caricias que le erizaban la piel y hacían que temblara bajo su tacto.

Sus bocas continuaban unidas, el beso se había endurecido más y las respiraciones competían, a cuál más agitada.

La levantó lo necesario para sentarla en la mesa del salón. Ella, al notar el frío cristal que cubría la superficie, gruñó divertida. Luis sonrió en su boca.

—Lo siento —susurró, mientras le quitaba la ropa interior con rapidez.

Nora le devolvió la sonrisa apretando los labios por las sensaciones que en ese momento reavivaban su cuerpo.

—No lo sientas —lo incitó cogiéndose de nuevo de su cuello después de que colocara dos sillas cerca de sus piernas para que pudiera apoyarse, dejando un hueco en medio para él.

Luis no dijo nada más. La miró con deseo mientras se colocaba ante ella con media sonrisa llena de picardía.

Nora, impaciente, lo atrajo contra su cuerpo encerrándolo con sus piernas. Él entrecerró los ojos, acusador.

El corazón se le aceleró cuando Nora metió los dedos en la cinturilla del pantalón, cogió el cordón que los ajustaba a su cadera y deshizo el nudo, haciéndolos caer al suelo.

Sin hablar ni esperar a nada más, Luis la penetró con calma, disfrutando de cada milímetro.

Nora se sostuvo cogida a su cuello dejando que él besase el suyo mientras le sentía dentro.

—Te amo —susurró la mujer en su oído.

—Lo sé —contestó con la voz quebrada por el deseo—, lo prometiste.

Ella lo miró comprendiendo a qué se refería... El recuerdo de su primera vez juntos, que había hecho que reaccionara cuando él se marchó, también lo tenía presente.

Luis se movió en su interior haciéndola gemir.

En respuesta, Nora lo besó con pasión, agradecida por no abandonarla, por luchar por ellos aunque a veces tuviera que apartarse para conseguir llegar hasta allí... hasta ese día, víspera de Nochebuena, en el que había decorado la casa y preparaba cenas y comidas para, por fin, celebrar la vida de las personas que más quería junto a ella, atesorando en su corazón el recuerdo de los que ya no estaban.

En solo unas horas, Jaime aparecería por la puerta cantando villancicos y pidiendo su aguinaldo, con sus padres tras él y el pequeño Óscar, de tan solo unas semanas.

Cuando Sara le dijo que iban a ser padres otra vez, Nora solo pensaba que también se iba a perder la infancia de aquel bebé, aunque esta vez fuera por la distancia al vivir en Nueva York.

Luis, que a esas alturas de su carrera podía vivir y desarrollar su trabajo donde quisiera, no lo dudó y lo preparó todo para regresar a Madrid en cuanto

fuera posible, aunque cada cierto tiempo hicieran viajes a la Gran Manzana para firmar contratos y asistir a reuniones.

Nunca se le olvidaría su rostro cuando le dijo años atrás que irían a Nueva York, su ciudad soñada, pero tampoco la alegría y agradecimiento que le regaló cuando le dijo que volvían a casa. Ese día se sintió como Papá Noel y los Reyes Magos juntos.

Ella había conseguido superar gran parte de su enfermedad, por eso él tenía la esperanza de que, con el tiempo, quisiera que formaran su propia familia, con sus propios hijos, sin miedo... Quizá la llegada de Óscar, ese bebé adorable al que no quería soltar cuando estaba con él y que le había enseñado una parte de su mujer que desconocía e incluso creía que ella tampoco era consciente de tener, fuera la llave para abrir la puerta que les quedaba por superar.

Si ella no estaba preparada, si no sucedía, él lo aceptaría sin problemas. Aquellos sobrinos serían suficiente si así lo quería. Él solo deseaba que fuera feliz, que viviera la vida de forma sana y plena...

Y en aquella casa que planearon mucho tiempo atrás y fueron construyendo de sueños, se amaron aquel día entre recuerdos, nostalgia y esperanza...

La vida les había enseñado que ni el tiempo, ni la distancia, ni la enfermedad son un obstáculo cuando el amor es tan profundo.

# AGRADECIMIENTOS

*Son muchas las personas que en cada nuevo proyecto están presentes alentando el camino.*

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi editora, Esther Escoriza, por darme una nueva oportunidad para trabajar juntas y poder contaros una historia diferente a lo que os tengo acostumbrados.

Deseo recordar también a mi familia y amigos, siempre a mi lado y apoyando mis pequeños pasos. Gracias por estar ahí, venir a verme cuando hay alguna firma o evento, contar a los que os rodean cosas sobre mis novelas animando a que las lean, regalándolas y, en definitiva, hacer que este sueño continúe creciendo.

A toda la gente que me seguís en mis páginas de Facebook, tanto personal como de escritora, o en la que mi amiga Soraya Marín creó en 2015, Los SEALS de Mar Vaquerizo —en honor a los militares de los que hablo en mi anterior trabajo, *Todo lo que deseas*—, así como en las demás redes sociales, os quiero decir que lo hacéis todo mucho más fácil; se sobrelleva mejor la soledad ante el ordenador, pues, cuando os leo, hacéis que todo tenga sentido.

A mis chicas que, como siempre, son las primeras en dar un paso al frente. Elena, Ana, Soraya y Ángela. Os quiero.

A Merche Diolch, que siempre está dispuesta a todo, aunque no tenga tiempo ni para ella. Eres grande. Te quiero.

A Belén López por, una vez más, apoyarme, ayudarme y hacer que *Mil luciérnagas en el jardín* sea lo que es hoy. Gracias. Te quiero.

A Sara, Sara RM en Facebook, por ayudarme con Nueva York desde la propia ciudad, ya que no he tenido la oportunidad de visitarla aún. Sin ti no habría sido capaz de encontrar un sitio tan especial como el ático del hotel que aparece en la novela. Gracias infinitas por tu ayuda para que fuese diferente. Ojalá algún día nos tomemos algo juntas desde ese mirador.

A mi marido, Luis, que se parece mucho al protagonista de esta novela y lidia cada día con infinita paciencia con mi carácter y locuras. Te quiero. Tú eres ese hombre del que hablo en este libro y por eso he sido capaz de escribir esta historia tan dura llena de sentimientos.

A mis padres y mi hermano, por estar siempre apoyando mis decisiones, acertadas o no, y por hablar a todo el mundo con orgullo de mi trabajo. Os quiero infinito.

A mis sobrinas Julia, Pilar y María, y en especial a mi sobrino Jaime y a mi hijo Daniel; gracias a vosotros he creado el personaje de Jaime y lleva un pedacito de cada uno. Decir que os quiero se queda corto.

Gracias de corazón a todas las personas que me leéis, me escribís, os interesáis por mi trabajo y por mí. Vuestras palabras y gestos son pilas para seguir adelante en esta profesión tan complicada.

Gracias a los blogs, webs, páginas y perfiles de todas las redes sociales que os hacéis eco de mis novelas. Sin vosotros, no sería posible llegar a mucha gente. Hacéis un gran trabajo.

Por último, a todas las personas que, leyendo esta novela, os habéis sentido identificadas en algún momento y habéis reconocido los estados y los sentimientos, aunque en una historia ficticia nunca lleguen a ser tan profundos como en la realidad; os dejo aquí en forma de palabras un abrazo de aliento y os ruego que no desistáis en vuestra lucha.

Ojalá tod@s tengáis un Luis en el que sosteneros, pero, si no es así, hacedlo por vosotr@s mism@s. El tiempo perdido es irrecuperable y la vida, aunque cruel a veces, es maravillosa. ¡Vividla!

## NOTA DE LA AUTORA

La vida está llena de música y todos tenemos nuestra propia banda sonora. Como bien sabéis, todas mis novelas tienen la suya particular. Esta no podía ser menos y, para que no haya ningún problema con los derechos de autor de la misma, ya que las canciones no son mías, sino de otros artistas, manifiesto que:

Toda la música que aparece en la novela está disponible en la plataforma Spotify.

Todos los artistas mencionados en este libro tienen sus canciones en dicha plataforma, tanto en cuentas de pago como en las de acceso gratuito, para disfrute de los usuarios de forma legal.

En mi perfil personal en dicha plataforma tenéis disponible la *playlist* para escucharla mientras leéis esta historia, al igual que la del resto de mis novelas.



MAR VAQUERIZO es una escritora madrileña que, tras sufrir un accidente doméstico en 2008, comenzó a tomarse en serio su *hobby*: escribir. Aquella dolorosa y prolongada baja derivó en varias obras aún inéditas, como *El guardián de tormentas* y *Más de ti*.

Tras ellas llegaron pequeñas colaboraciones como relatos en diferentes antologías, revistas y concursos, hasta que en mayo de 2014 publicó su primera novela corta, *Lady Shadow*, que quedó en segundo lugar como mejor novela de suspense 2014 en la web RNR. Tras ella, *Mi vida en tus manos*, en octubre del mismo año, y finalmente, en febrero de 2015, *Todo lo que desees*, obra que recibió el premio Dama 2015 a la mejor novela de suspense de Club Romántica.

# Notas

[1] I found my smile again, © 2008 Virgin Records America, Inc., interpretada por D'Angelo. (N. de la e.) <<

[2] Seduction, LaFace Records LLC, interpretada por Usher. (N. de la e.) <<

[3] Fuel, © 2012 Blackened Recordings, interpretada por Metallica. (N. de la e.) <<

[4] Breathe again, Epic, interpretada por Sara Bareilles. (N. de la e.) <<

[5] Memories, © 2010 Vtribe Media & Entertainment/Requiem Entertainment, interpretada por Ne-yo. (N. de la e.) <<

[6] Missin you, Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International Inc. for the world outside of the United States, interpretada por Trey Songz. (N. de la e.) <<

[7] I found my smile again, © 2008 Virgin Records America, Inc., interpretada por D'Angelo. (N. de la e.) <<

[8] Magic, © 2008 Star Trak, LLC, interpretada por Robin Thicke. (N. de la e.) <<

[9] Sidestep, © 2008 Star Trak, LLC, interpretada por Robin Thicke. (N. de la e.) <<

[<sup>10</sup>] Wet Dreamz, Ron Nation LLC, interpretada por J. Cole. (N. de la e.) <<

[11] Last chance to dance, Year One Recordings, interpretada por Ekkah. (N. de la e.) <<

[12] Better *off* without you, © 2015 Island Records, a división of Universal Music Operations Limited, interpretada por Aquilo. (N. de la e.) <<

[13] Søndag Morgen, ForbundetUngdom, interpretada por Ukendt Kunstner.  
(N. de la e.) <<

[14] El sitio de mi recreo, © 2005 18 Chulos Records, interpretada por Antonio Vega. (N. de la e.) <<

[15] Love around the world, © 2014 Atlantic Recording Corporation for the United States and WEA International Inc. for the world outside USA. A Warner Music Group Company, interpretada por Trey Songz. (N. de la e.) <<

[16] Solo, © 2011 Universal Music Spain, SL, interpretada por Sôber. (N. de la e.) <<

[17] She is, © 2012 Motown Records a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Ne-yo y Tim McGraw. (N. de la e.) <<

[18] Better *off* without you, © 2015 Island Records, a división of Universal Music Operations Limited, interpretada por Aquilo. (N. de la e.) <<